CANÓNIGO BEAUDENOM

FORMACIÓN EN LA HUMILDAD

Quinta edición refundida y adaptada por el Rdo. P. ADRIÁN PÉPIN, A. A.

Versión española por el Rdo. D. CIPRIANO MONTSERRAT, Pbro.



EUGENIO SUBIRANA, S. A., Editorial Pontificia Puertaferrisa, 14, entio. BARCELONA, 1955

NIHIL OBSTAT

El Censor: Dr. GABRIEL SOLÁ, Canónigo Barcelona, 9 de marzo de 1955

IMPRIMASE: + GREGORIO, Arzobispo-Obispo de Barcelona.

Por mandato de Su Excia. Rvma.,

ALEJANDRO PECH, Pbro.,

Canciller-Secretario

ES PROPIEDAD COPYRIGHT, 1955, BY E. SUBIRAN A, S. A.

Impreso en España

19283. — Imprenta Subirana.

PRÓLOGO

Este libro se ha escrito para las almas que, desconfiando de la espiritualidad superficial y mentirosa, aman la sinceridad y la profundidad en la vida cristiana. Los verdaderos espirituales han sido muy humildes. No existe perfección real sin la humildad; la Iglesia nunca ha canonizado a un orgulloso.

Es esta una verdad tan evidente, que parece una ingenuidad recordarlo. Sin embargo, en nuestros tiempos de acción y de agitación en los que el celo se antepone a todas las cosas — cuando no se reduce a un puro activismo — ¿qué papel se reserva a la virtud de la humildad? ¿No se la arrincona prácticamente, no se le da un trato de pariente pobre en la familia de las "virtudes?

En todo tiempo ciertas virtudes han sido bien vistas; se las ha acogido favorablemente, se las ha admirado y deseado; todas las llamadas virtudes activas, como la abnegación, la beneficencia, la fortaleza. Otras han recibido el nombre de pasivas y, por decirlo así, han adolecido de un complejo de inferioridad. Entre éstas se encuentra la humildad.

San Francisco de Sales escribe en su Introducción a la vida devota: "Hay virtudes abyectas y virtudes honrosas. La paciencia, la mansedumbre, la sencillez y la misma humildad son unas virtudes que los mundanos consideran como viles y abyectas, al tiempo que hacen gran aprecio de la prudencia, la fortaleza y la largueza." Sin que lleguen a mostrar hacia aquellas virtudes un franco desdén como los mundanos, ¿no abundan los cristianos que las subestiman y las desprecian, reservando a las otras virtudes el más entusiástico aprecio y sus mejores esfuerzos?

Nada más noble, más necesario y más relevante que la caridad activa, el celo ingenioso y la constancia en el apostolado. Así parece. Y, con todo, nada de esto subsiste ni triunfa sin la humildad. Todas las industrias del celo no valen ni fructifican sin la gracia divina. Ahora bien, ésta no se derrama ni mora de asiento sino en las almas trabajadas por la humildad.

Siempre será verdadera la lección que un día recibió San Simeón Estilita, el cual pedía a Dios que le indicara el camino de la perfección. Viose en sueños cavando la tierra con ardor, y oyó una voz que le decía: "Cava, y sigue cavando." Comprendió que es menester ser humilde, y serlo más cada día. La perfección personal se compra a este precio, y no es otro el de la fecundidad en el celo y el éxito en los trabajos de apostolado.

De estos pensamientos estaba imbuido el canónigo Beaudenom cuando escribió su libro de meditaciones y ejercicios sobre la humildad. El mérito de este libro, que han puesto de relieve las numerosas ediciones del mismo, consistía en presentar en vigorosa síntesis las diversas enseñanzas de los maestros sobre una materia delicada. De un estilo muy personal por haber sido objeto de prolongadas reflexiones; de solidez en la doctrina; de relevante espíritu analítico y lo suficiente completo para que el lector no ignore nada en punto a la naturaleza de la humildad, a los caracteres, motivos, ejercicios, efectos y valor de la misma, este libro ha hecho mucho bien y ha contribuido a crear en las almas que lo han manejado una plenitud de vida espiritual.

No es, pues, de maravillar que ciertas personas, ansiosas de utilizarlo como valioso instrumento para formarse en la humildad, hayan manifestado el deseo de que esa obra se reeditara con adaptaciones útiles. Si para mucha gente la humildad es como un incunable dormido en el polvo del olvido, nosotros nos hemos propuesto sacudir ese polvo y mostrar las riquezas sin par de esa virtud a aquellos que saben apreciar las cosas sin fijarse tan sólo en el brillo de las mismas.

El valor y la eficacia de esta obra resaltarán mejor, a nuestro parecer, en las modificaciones de que se la ha hecho objeto, y con las que se pretende adaptarla a los espíritus y ambientes de nuestra época. Se ha reducido a treinta y una el número de las meditaciones, para dedicar una a cada día del mes. Las dos meditaciones suprimidas se salían del tema concreto de la humildad. Los materiales de diversas disquisiciones y estudios, insertos sin orden en la serie de meditaciones, son presentados al principio de cada una de las cinco partes del libro.

La supresión de los preludios y de las resoluciones, que enmarcan cada meditación, responde al respeto y a la confianza que reclama el espíritu de libertad e iniciativa. Llevado de su convicción y de su facilidad, el autor se abandonaba a ciertas amplificaciones destinadas a los lectores que disponen de tiempo y mantienen tensa la atención. Muchas han sido reducidas de suerte que, sin quitar nada a la fineza de análisis, puedan hacer la doctrina más asequible con su concisión y relieve. Algunas adiciones de escasa importancia, algunas modificaciones de pura redacción, la transcripción de las citas latinas en francés y otros cambios llevados a cabo, respetando enteramente la sustancia de la obra, tienen por objeto corregir ciertos giros desusados, revestir las ideas de una forma más clara y sencilla, separar más y más lo principal de lo accesorio y procurar el mayor número posible de lectores a tan útiles enseñanzas.

A. P.

PRIMERA PARTE

Necesidad de ser humilde

ESTUDIO PRELIMINAR

¿Cómo abordar el estudio de la humildad?

¿No cabe abordarlo a la pata la llana, sin preocupaciones ni disposiciones previas? La humildad no parece erizada de grandes dificultades, ni presenta las sutilezas y oscuridades de los tratados más misteriosos de la vida cristiana. ¡Jesucristo, la Virgen María y los Santos han revelado tan estupendamente, con sus enseñanzas y ejemplos, la naturaleza y los caracteres de la humildad, sus exigencias y sus riquezas! Numerosos teólogos han analizado y descrito su esencia y sus grados, destacando su importancia sin par y exaltando su valor santificante. ¿No basta, pues, meditar con la debida atención las enseñanzas de la Teología y de la mística cristianas relativas a esta virtud, para conocerla y comprenderla en todo su esplendor y en su plena verdad?

No nos engañemos. Como en toda realidad sobrenatural, la humildad cristiana es una cosa que la razón humana, abandonada a sí misma, no puede captar; la ciencia de su profundidad, de sus causas y sus fines, de sus influencias y sus méritos, se hurta parcialmente a los espíritus que no cuentan con la debida preparación sobrenatural. Requiérense principalmente ciertas disposiciones de fe, deseo, simplicidad, piedad y humildad. En efecto: para adquirir la verdadera ciencia de la humildad, para apreciar y gustar todos sus resortes, para escudriñar sus misteriosos

y sobrehumanos atractivos, importa ante todo pedir, con fe sencilla y piadosa, la gracia de una cierta humildad necesaria.

Los temperamentos altivos y orgullosos no son aptos para alcanzar los secretos de la humildad cristiana, para conocerla en su plenitud y en su verdad, dado que ella se revela a las almas sencillas y modestas, las cuales, reciben ilustraciones sobrenaturales e impresiones divinas para suplir su racional insuficiencia. La humildad pertenece a aquella categoría de realidades sobrenaturales que movían a Jesús a alabar a su Padre porque las hace conocer de los pequeños, no de los espíritus doctos y sabihondos (Mat. 11, 25). Es menester convencerse de que, más que la intensidad de la curiosidad intelectual y la sagacidad de la mente, la luz de Dios, obtenida por la oración humilde, abre unos horizontes antes cerrados y hace casi tangibles unos aspectos apenas sospechados.

Al disponernos, pues, a pedir a la Teología cristiana sus enseñanzas sobre la humildad, a fin de adquirir de ésta un tan justo completo, conocimiento como indispensable situarnos en el estado espiritual más propicio, renovar la fe en el auxilio divino, someter humildemente nuestro espíritu a la ciencia infinita de Dios y contar esencialmente con sus bondadosas ilustraciones. A la manera que en la naturaleza, ora en la inmensidad del mundo sideral, ora en la intimidad infinitesimal del ser material, hay secretos inaccesibles al saber humano, así también en el fondo de la humildad reina una especie de infinito, y sólo Dios puede introducirnos en él. Querer prescindir de su luz, es como resignarse a comprender poco o mal el dominio de lo plenamente sobrenatural.

Con el rezo atento y pausado del *Veni, Creator*, o de otra cualquiera oración personal, pidamos al Espíritu Santo,

fuente de verdad, que nos ilumine y nos abrase, como hizo con los Apóstoles; que nos infunda los dones de entendimiento, ciencia y sabiduría, con un vigor capaz de superar todas las oscuridades y dificultades, con una luz que realce todos los encantos y resortes de la santa humildad.

¿Vamos a emprender el estudio de esta virtud sin contemplar a Jesús, maestro y dechado adorable de la humildad, sin rogarle insistentemente que nos comunique una amplísima porción del aprecio y del amor que Él sintió por ella cuando junto con el sufrimiento la elevó a la altura de la Redención? Ante el Sagrario, donde la humildad es como la aureola de la Eucaristía, supliquemos a Cristo que disponga nuestra suerte y nuestro corazón para recibir de El plenitud de claridad y de suavidad en el estudio de esta virtud que le fue tan cara.

Recurramos también a María, cuya humildad brilla con singular resplandor entre las demás virtudes. Porque fue eminentemente humilde, el Señor obró en Ella grandes y admirables portentos. ¡Ojalá nos fuera dado poseer sus amables trazas para enseñar y hacer amar la humildad!

El orgullo es la desviación de unas tendencias legítimas

¿Qué es la humildad? Los teólogos la definen como la virtud encargada de contener en los límites de la recta razón el deseo de nuestra propia excelencia. Santo Tomás dice que ella afianza el espíritu y le impide elevarse de una manera irracional»¹. Como quiera que el orgullo es quien empuja al hombre a rebasar la medida y el orden en la prosecución y expansión de su excelencia, la humildad suele

¹ Summa Th._t 2.^a, 2.^{ae}, q. 161, a. I.

ser analizada y descrita como la antagonista y la moderadora del orgullo.

Sentimiento de superioridad, afán de preeminencia, ¿es el orgullo un recuerdo de nuestra grandeza original? En tal caso, su defecto consistiría en no ocupar su puesto. Rey destronado por culpa suya, «Dios caído que siente nostalgia del cielo», pero todavía altivo bajo sus andrajos y su miseria, tal nos parecería el hombre en su orgullo. O acaso, en vez de ser el vestigio de una corona perdida, ¿no es el orgullo el estigma de una rebelión fracasada, la prolongación de la tentación primitiva: «Seréis como dioses»? El desorden hereditario habría, así, pasado a la sangre humana para enturbiarla. Este doble origen explicaría lo que hay, a la vez, de grandeza y de bajeza en el orgullo.

En realidad, debemos ver en este vicio la desviación de dos sentimientos útiles, puestos por Dios en nuestra naturaleza: *estima de sí mismo y deseo de ser estimado por los demás*. La estima de sí mismo es la base de la dignidad personal; el deseo de ser estimado por los demás es uno de los fundamentos de la sociabilidad.

Estas tendencias son tan profundas y tan espontáneas, que pertenecen a la categoría de los instintos y se parecen al de la conservación. Tienen, en efecto, una función del mismo género: el instinto de la vida apega al hombre a una existencia de ordinario miserable; el instinto de la estima de sí mismo le apega a su personalidad, a pesar de su menguado valor; y el instinto de ser estimado de los demás le apega al bien público, a pesar de las frágiles ventajas que éste le granjea.

Estas dos inclinaciones llevan el sello de la caída original y están sujetas a unas desviaciones tan fáciles y tan naturales, que los moralistas suelen denominarlas vicios.

El primer crimen del orgullo consiste en llevar al extremo y al desorden la estima de sí mismo; en exagerar viciosamente el sentimiento de la dignidad personal. El orgullo inclina al hombre complacerse desmesuradamente en sus méritos y cualidades y en entestarse en su propio juicio. El apetito de la propia excelencia es luego exteriorizado por la excesiva prosecución de la estima y alabanza ajena, haciendo, así, aspiración vinculada al instinto viciosa una sociabilidad. La común denominación de orgullo es atribuida a estos dos defectos, porque ambos tienen por objeto la exaltación del yo: el primero se enaltece a sus propios ojos; el segundo se enaltece a los ojos de los demás.

La humildad se opone a las desviaciones debidas al orgullo

¿Hay que declarar una guerra implacable a las dos tendencias: estima de sí mismo, deseo de ser estimado y alabado de los demás? ¿Debemos proponernos su completo exterminio? No, por cierto. Trátase de unas fuerzas, de unas energías que, al par de las *pasiones* cuya moderación va a cargo de las virtudes morales, vienen de Dios, son patrimonio de nuestra naturaleza, poseen una bondad y una unidad reales en orden al bien, si son reguladas y dirigidas en su ejercicio y contenidas en sus justos límites. Cabalmente la humildad es la virtud especial que se apodera de estas dos tendencias para sostenerlas en su vitalidad legítima, protegiéndolas contra las desviaciones y los excesos a que las llevaría el orgullo.

La humildad no tiene por objeto anular el sentimiento de la dignidad personal ni el deseo de la estima ajena, sino regularlos. Lejos de abatirlos, más bien los eleva, por cuanto, al librarlos de todo exceso, los mantiene en su fuerza, en su belleza y en su destino útil.

Dios ha puesto en nuestra naturaleza, el sentimiento de la propia estima para sostener nuestra personalidad, dándonos conciencia de la justeza de nuestras ideas, de la realidad de nuestros derechos y del valor de nuestros esfuerzos. Sin él, caeríamos fácilmente en esa indolencia que no acierta a emprender tareas arduas ni a defender los bienes violentamente atacados. El es quien, mediante la ejecución de un mandato, comunica una seguridad capaz de producir la obediencia para el mayor bien de los subordinados.

Bajo el influjo de este sentimiento, el alma piadosa, elevándose a mayor altura, admira la perfección cristiana, que es la cima de la grandeza personal, y se enamora de la gloria de Dios, que es el objeto más encumbrado a que puede aspirar la ambición de un corazón grande.

El deseo de la estima ajena es también un sentimiento honrado y provechoso. Es una prueba de consideración hacia los demás, una especie de sumisión a su juicio. Gracias a él, ciertas personas, que no se mueven por razones sobrenaturales, se entregan a obras de generosidad y abnegación. Muchos le deben el mantenerse en el deber; no pocos el haber comprendido mejor sus delicadezas.

La razón no exige, pues, que nos despojemos de esa tendencia, sino que la dirijamos y la regulemos. Más aún: cuando está dominada por sentimientos superiores, derrama sobre la virtud un encanto especial, pues todos gustamos de que se haga caso del aprecio que dispensamos e instintivamente nos acercamos a quien nos depara este placer.

Lo humano siempre es, sin duda, un principio de alteración, como lo prueba con exceso la experiencia; pero también comunica esa espontaneidad que toma la acción más fácil a quien la ejecuta y más agradable a las personas a quienes afecta

El sentimiento del honor guarda relación con las dos tendencias antedichas. En efecto, el honor está constituido por el aprecio general, la estima de todos es quien dicta sus leyes y establece sus recompensas. Pero el honor, que reside en el espíritu de los demás, puede reinar también en nuestra conciencia. Entonces, más sensibles al honor que a los homenajes, consultamos menos la opinión que los principios, y anteponemos a la estimación pública nuestra propia estimación. Aquí nos hallamos en la primera tendencia cuyo blanco es la dignidad.

El deseo de la estima ajena considera el honor como un bien social, del que quiere su parte; la estima de sí mismo lo considera como un bien que le corresponde por derecho.

No se puede negar al honor un saludable influjo sobre el perfeccionamiento individual y sobre la vida social. Si está enlazado con principios superiores, préstales un firme apoyo y recibe de ellos una noble dirección. Si está solo, todavía mantiene alguna solidez y despide algún resplandor.

Tales son las inclinaciones a las cuales presta la humildad mayor eficacia, preservándolas de los desvíos y desórdenes del orgullo. Su cometido inmediato consiste en regularlas, no en ahogarlas. Ella las sustrae a las acometidas del vicio, el cual alteraría la bondad original de las mismas tornándolas excesivas y desmesuradas.

La humildad no se halla en las personas virtuosas que arremeten en absoluto contra esas tendencias y las condenan sin examinarlas. Es posible que adopten esta actitud totalmente agresiva tan sólo para librarse de las dificultades de la lucha, por cuanto es más fácil destruir una fuerza que mantenerla de continuo en su función regular. Descúbrese ahí la estrechez de espíritu, causa de deplorables deformaciones, fuente de dudas en el espíritu y de sequedades en el alma. La conducta exterior adolece por ello de algo de ficticio y de forzado, que desacredita a la virtud. No se halla ahí la verdadera humildad, atenta a no mutilar ni destruir unas energías que, buenas y útiles de suyo, sólo se tornan culpables por la sumisión a las exigencias del orgullo.

Al dar conciencia del orden que se debe imponer al funcionamiento de esas tendencias y al permitir la realización de ese orden, la humildad es *verdad* y *justicia*. Es verdad, y por ello traza la *regla* de dirección. Es justicia, y por ello *inclina* a obrar de conformidad con esa regla¹. Como verdad, reside en el entendimiento; como justicia, reside en la voluntad. Mas, como estas dos facultades obran la una sobre la otra, todo desplegamiento de luz aumenta la fuerza de la inclinación y todo desplegamiento de inclinación conduce a buscar y entender mejor los motivos y las reglas de la humildad.

Humildad sobrenatural y humildad natural

La humildad cristiana nos arroja de lleno en lo sobrenatural, como hemos dicho antes. ¿Hay humildad en el plano natural? Sin duda, ciertos paganos pudieron

¹ No se trata aquí de la virtud especial de la justicia que inclina a dar cada cual lo suyo, sino, en un sentido más amplio, de la disposición virtuosa que asegura a todas las cosas el sitio y la función que les corresponde.

conocer y practicar una humildad natural, denominada más bien modestia, y pueden también practicarla algunos incrédulos de nuestros días. No se puede negar la existencia, en el orden moral, de virtudes naturales y virtudes sobrenaturales. La humildad no se hurta a este dualismo. ¿Cuáles son los caracteres de cada categoría?

Las virtudes naturales y las virtudes sobrenaturales tienen el mismo objeto: el *bien*; y cada virtud, en el plano natural y en el plano sobrenatural, tiene el mismo objeto especial: el *mismo género de bien*. Así, la humildad, sea natural o sobrenatural, fija y salvaguarda el orden con respecto a la estima personal y al deseo de la estima y alabanza ajenas. Como residen en las mismas facultades naturales, las virtudes naturales las penetran, al paso que las virtudes sobrenaturales las perfeccionan y, por decirlo así, las terminan.

Pero las virtudes sobrenaturales difieren totalmente de las virtudes naturales por razón del modo como son producidas y como se ejercitan. Las primeras vienen a nosotros por una especie de creación que la teología llama *infusión;* virtud sobrenatural es sinónima de virtud infusa. Dios las infunde en el alma, todas a la vez, en el momento del bautismo. El aumento de una lleva aparejado el aumento de todas las demás. Juntas se pierden por el pecado mortal, a excepción de la fe y de la esperanza; juntas reviven, asimismo, por la justificación o retorno al estado de gracia.

Las virtudes naturales se forman lentamente mediante numerosos y repetidos actos; sólo se pierden a la larga, y no las destruye el pecado mortal.

El nombre de hábito sólo puede darse estrictamente a la virtud natural. La inclinación, la fuerza y la habilidad se

van ahí acumulando poco a poco, como en un miembro que se ejercita en el trabajo.

En las virtudes sobrenaturales el incremento viene de fuera y no del desarrollo interior; en ellas, a un grado de aumento corresponde necesariamente un acrecentamiento de fuerza y de inclinación.

Los teólogos caracterizan esta diferencia mediante dos expresiones consagradas. Las virtudes infusas, dicen, dan él simple poder — *simpliciter posse* —, o sea la *aptitud*. Las virtudes naturales, que son hábitos, dan la verdadera facilidad — *faciliter posse*.

Usemos de una comparación. Tal tejido, fino o basto, compacto o flojo, se convierte en púrpura mediante un baño especial. Sin cambio de naturaleza, sin cesar de ser fino o basto, compacto o flojo, se ha hecho apto para un uso de categoría superior. Bastará que un reactivo químico le quite el color para que se trueque de nuevo en un tejido vulgar.

De semejante modo, la virtud sobrenatural eleva y transforma nuestro ser, haciéndolo pasar del orden humano al orden sobrenatural. Ella comunica a nuestras facultades una belleza singular y la aptitud para producir actos sobrenaturales. No es su cometido reemplazar o dejar inactivas las fuerzas naturales, sino elevarlas, sostenerlas y completarlas. Elévalas al orden sobrenatural con su presencia; las sostiene y las completa mediante las gracias actuales que atrae sobre el alma.

Estas gracias actuales incitan al hombre a un constante esfuerzo para utilizar, cada vez con mayor eficacia, cada una de las aptitudes sobrenaturales que Dios le ha dado. Con su correspondencia a las gracias y con su oración obtiene una efusión, siempre creciente, de la gracia, y bajo

su influencia todopoderosa realiza los actos virtuosos con una intensidad redoblada. Las facultades productoras de estas actividades se forman, se desenvuelven y, finalmente, adquieren la inclinación, el acierto y la facilidad para realizar actos semejantes: se han granjeado entonces las condiciones y los valores de los verdaderos hábitos.

Para aplicar a la humildad estas nociones de las virtudes consideradas en general, es preciso afirmar que la humildad cristiana, infundida en el bautismo, como dice la teología, confiere la aptitud para producir, llegado el uso de razón, unos actos sobrenaturales que son de un orden y de un valor absolutamente superiores a los actos de una humildad simplemente humana. Pero sólo a la larga, mediante el esfuerzo y la aplicación sostenida en la realización de actos humildes, se convertirá la aptitud en verdadero hábito, es decir, en una recia disposición a renovar dichos actos con holgura, con espontaneidad y con destreza.

He aquí porqué no puede tratarse de progreso en la humildad cristiana y de santificación mediante esta virtud, sin formación real y sin continuidad de ejercicios. Un alma no será verdaderamente humilde sino después de haber conquistado, a fuerza de práctica y realización, el hábito de los actos sobrenaturales de humildad. Si llega a perder, por un pecado mortal, la virtud infusa de la humildad, su posesión carecerá de valor delante de Dios y será nula respecto al cielo; pero no quedará destruida en sí misma; antes bien, desplegará de nuevo sus recursos en cuanto el alma recobre el estado de gracia.

Las virtudes sobrenaturales aventajan, además, a las naturales por razón de las luces o los motivos que las guían. Aquéllas son iluminadas y dirigidas por los esplendores de la fe, por las verdades reveladas; éstas se

apoyan en las solas luces de la razón. Tanto la humildad cristiana como la humildad humana proclaman que no debe haber exceso en la estima propia y en el deseo de la estima ajena; pero aprecian diversamente este exceso.

La humildad natural halla su estima en la razón abandonada a sí misma. La humildad sobrenatural también la busca ahí; pero la recibe más segura y más luminosa de los dogmas de la revelación. La caída original es la triste condición en que nos hallamos; las gracias divinas nos son absolutamente necesarias para hacer el mínimo bien. He aquí unas verdades reveladas que cambian el punto de vista e imponen una humildad más profunda y más suplicante.

Contentarse con los recursos de la razón para determinar la estima que se puede tener de sí mismo o el deseo de la estima ajena, equivaldría a establecer una humildad incompleta e insuficiente. Pretender adquirir el hábito de la humildad con solas las fuerzas humanas, equivaldría a comenzar por un concepto herético y a terminar por una decepción.

La verdadera noción de la humildad brota de nuestros dogmas fundamentales, y su práctica completa depende de la gracia: es eminentemente sobrenatural. El racionalista no puede tenerla ni siquiera admitirla.

Finalmente, es preciso recalcar que, si la práctica de la humildad humana reviste algún valor a los ojos de los hombres y merece de éstos admiración y alabanza, no tiene ningún derecho estricto a una recompensa divina. Sólo la humildad sobrenatural es directamente meritoria a los ojos de Dios; sólo ella merece con cada uno de sus actos un acrecentamiento de los valores sobrenaturales: gracia santificante, caridad, virtudes infusas, bienaventuranza eterna.

La humildad reclama una convicción ilustrada

Las luces de la razón y de la fe guían la formación de la humildad, poniendo ante todo el entendimiento en el estado más propicio: la *convicción*. Esta es tan importante como difícil; no se adquiere sino con rectitud de miras e incesante tesón.

No es fácil determinar, ni siquiera teóricamente, qué sea el orgullo y qué la dignidad personal. El interés por la buena reputación y el deber de conservar la propia dignidad y defender las propias ideas justas autorizan ciertos actos, que los espíritus mal informados consideran como muestras de orgullo. Y, al revés, ¡cuánto orgullo verdadero puede originarse de tales elementos!

El discernimiento se hace más difícil todavía en la práctica. Nada tan engañoso y seductor como el orgullo. Se disimula y se disfraza; crece y se insinúa insensiblemente. Cuando ha logrado infiltrarse, apenas se le siente; cuando lo entrevemos, lo excusamos.

Inspira poco horror; su fealdad y su malicia impresionan menos que las de otros vicios. Sus peligros parecen menos temibles, porque entre los cristianos raras veces llega a pecado mortal y porque pocos hombres lo llevan al extremo. Sin embargo, es tal su pernicioso influjo, que los Santos lo apellidan padre de todos los vicios.

Para concebir un horror que nos haga huir de él es, pues, necesario, asentar en nosotros una *convicción ilustrada* y capaz de impresionarnos. Esta no se adquiere con consideraciones vagas, débiles o exageradas. Es preciso llegar al fondo de las cosas a través de las frases convencionales que siembran confusión.

No confiemos demasiado en la clarividencia de nuestros análisis ni en la seguridad de nuestros juicios. Como se ha

dicho antes, sólo a Dios, verdadero Maestro de la humildad, hemos de pedir la verdad, toda la verdad capaz de crear en nosotros la convicción apetecida.

La humildad debe trocarse en inclinación y hábito

El orgullo, difícil de conocer, es aun más difícil de dominar. Sus raíces están hundidas en lo más profundo de nuestra naturaleza. Su vitalidad es extraordinaria: aliméntase con poco y de todo; nunca se ve harto, y renace cuando se le creía muerto. Para dominarlo es necesario llegar al hábito de la humildad; a una *inclinación* que nos acompañe toda la vida y que combata sin cesar la inclinación opuesta, que no muere.

¿Cómo adquirir y desarrollar esta saludable inclinación tan contraria a la naturaleza? Por el ejercicio. Actos, actos: he aquí el verdadero secreto, he aquí la necesidad imperiosa. La convicción es la vanguardia; ella alumbra el camino. Pero el ejército de los actos, sobre todo de los actos generosos, es quien obtiene la victoria, quien se establece en la plaza y hace reinar en ella la humildad.

Será, pues, necesario combatir. Fuerza será inclinarnos ante la voluntad ajena, mostrarnos amables con los que nos desprecian y exclamar a cada humillación: ¡Bienvenida seas! La naturaleza se sublevará; mas, domeñada por una humildad resuelta, empleará su vigor en vencerse y pondrá su dicha en abajarse con Jesús, exclamando como el Apóstol: «No quiero gloriarme sino en la cruz de Jesucristo».

Mientras esperamos las ocasiones que nos irá deparando la vida, podremos disponernos a ellas mediante el inagotable número de actos, tanto internos como externos, que están bajo nuestro *imperio*.

Los actos *internos* —deseos, resoluciones, súplicas, aceptaciones, etc.— pueden ser a la vez múltiples e intensos. El alma puede aplicarse a estos esfuerzos, y las meditaciones que aquí proponemos están destinadas a facilitarle este ejercicio.

Los actos *externos* no deben despreciarse, pues prestan más consistencia y brío a los sentimientos. ¿Por qué no emplearlos aun en la misma oración? La actitud humillada y suplicante del pobre y del reo cuadra aquí admirablemente. Golpearse el pecho como el publicano del Evangelio, besar la tierra, postrarse en el suelo como temeroso de mirar al cielo, he aquí unas demostraciones útiles.

Estos medios, profusamente empleados, crean poco a poco una inclinación o propensión de la que brotan unos actos cada vez más fáciles e intensos. Constituyen una fuerza habitual, permanente, que da facilidad, movimiento y hasta gusto. Es, en efecto, cosa natural a toda fuerza impulsar a la acción y hallar cierto goce en su libre ejercicio.

Entremos, pues, valerosamente en esta formación; consagremos a ella nuestras energías; imploremos la gracia y contemos con ella. Para llegar a ser humilde hay que estar convencido y resuelto; es menester reflexionar y orar.

La humildad es la verdad

Nada estimula más a estos esfuerzos que el tener conciencia del influjo de la humildad sobre todo el orden natural. La esfera de influencia de esta virtud es harto poco conocida y apreciada. Diseñémosla, mostrando que la humildad es verdad, justicia, transformación.

La humildad es verdad y justicia, hemos dicho antes. La verdad, añadimos, ilumina todo el orden intelectual, y la justicia domina todo el orden moral. Abarca a todo el hombre.

¿Qué verdad debemos nosotros buscar aquí? La verdad sobre nuestro valor. ¿Qué nos enseña esta verdad? Que somos unos seres creados, unos seres pecadores, unos seres que participan de la vida divina. ¿Es posible comprender tales palabras? ¿Es posible captar el pleno sentido de tales fórmulas?

Para concebir lo creado, debo concebir antes al Creador; para conocer el pecado, debo conocer la dignidad y los derechos de Aquel a quien ofendo; para que la maravillosa expresión «participación en la vida divina» me diga algo, tengo que evocar todo el orden de la gracia y de la gloria.

Ahora bien, en esta investigación Dios se me presenta obstinadamente, y para comprenderme necesito comprender a Él. Le encuentro en mi origen y en mi destino, en mi constancia y en mis actos. Me aniquilo verdaderamente si cerceno en mí lo que es de Él; por el contrario, me elevo admirablemente si recojo todo lo que Él tiene a bien darme.

Contraste fecundo, del que nacen dos sentimientos que se completan para constituir mi vida espiritual: la *humildad*, cuando considero lo que soy; la *adoración*, cuando contemplo el Ser por quien soy. Con esta doble mirada capto la verdad entera: doy a cada cosa su puesto y sus proporciones, y entro en la más hermosa luz que hay en el

mundo: la del Infinito y del Increado iluminando lo finito y lo creado¹.

La humildad es la justicia

Como verdad, la humildad conduce a la belleza; como justicia, conduce al bien. Estableciendo la respectiva posición de Dios y del hombre, la verdad echa los cimientos de la justicia; mas, afianzando el deber, la justicia hace de la verdad una virtud moral. Ahora bien, el deber se sintetiza en la universal sumisión.

La universal sumisión es la aceptación de toda ley, la resignación en todas las penas, la fidelidad a todas las inspiraciones. Por ella Dios está presente en todos nuestros actos y los ordena a Sí, cumpliendo de este modo toda la justicia. Compete a Él la iniciativa del motor necesario; toca a nosotros la obediencia del ser personal y libre, pero subordinado y dependiente.

Que la divina caridad penetre e inflame la humildad fiel, y la universal sumisión se trocará en universal amor: amor de reconocimiento para el supremo Bienhechor; amor de complacencia para el Ser adorado; amor de benevolencia para el Dios íntimo, que quiere recibir algo de nosotros; amor de celo para su gloria —y su reino entre los hombres.

Así se comprende como la justicia coincide con el conjunto de las virtudes y por qué los Santos llevan en la Escritura el nombre de justos. La humildad abre anchurosamente la senda de la perfección.

24

¹ Muchos oradores y escritores piadosos han descrito el contraste entre la nada del hombre y las perfecciones infinitas de Dios; contraste cuyo conocimiento es la base de la humildad. Puede leerse principalmente la Conferencia sobre la humildad que dio el P. Janvier en Nuestra Señora (Cuaresma de 1922).

La humildad transforma

Las tendencias que la humildad tiene a su cargo regular y dirigir, ¿no pueden proponerse unas ascensiones más elevadas que su propio objetivo? Son una fuerza, y toda fuerza contiene potencialmente un movimiento. El hombre encauza los torrentes y saca de ellos las pujantes maravillas —luces y energías— de la electricidad. Así, el alma, ansiosa de utilizar plenamente la eficacia transformadora de la humildad, se apodera del vivo sentimiento de la estima personal y del ardiente deseo de la estima ajena, y orienta su actividad hacia un fin superior. Preséntales más nobles objetos qué conseguir y más efusivos aplausos qué conquistar, y este sublime anhelo la aleja más aún de todo orgullo.

¡Admirable educación por ensayar y proseguir! Todas las verdades religiosas, todos los sentimientos piadosos, todas las gracias de lo alto prestarán de consuno su concurso a esta empresa, que la humildad coronará. Por ser más bella, esta virtud subyugará el corazón de Dios; por ser más penetrante, situará al alma en una paz celeste, tal vez en un goce desconocido.

Que aparezca Jesucristo, Hombre-Dios, mi salvador, mi amigo, mi hermano; báñeme en la luz de sus enseñanzas y sus ejemplos; eléveme y adhiérame a Sí con la fuerza de sus encantos. Heme aquí, viviendo de su vida de Dios encarnado que en todos sus actos es esencialmente una vida de humildad. ¡A qué admirable transformación de mí mismo; a qué perfección puede empujarme mi humildad, inspirada y adiestrada por el divino modelo, sostenida por su gracia y remotamente por las alas del santo amor!

Consejos para el buen éxito del mes de ejercicios

Para llevar a buen término la formación en la humildad, importa mucho sacar el máximo provecho de las meditaciones y ejercicios que aquí se proponen. Para obtener este resultado son de aconsejar las cosas siguientes:

1º Para darnos a estos ejercicios, escojamos el tiempo en que podamos actuar con mayor libertad y continuidad. Consagremos a ellos un mes entero. Treinta días no es mucho para que toda la doctrina sobre la humildad penetre el espíritu y para que el corazón se impregne de unas impresiones lo suficiente vivas y tenaces en orden a encauzar las difíciles realizaciones de esta virtud. Algunas almas, sientan o no sientan el atractivo de la humildad, sacarán más provecho si prolongan los ejercicios más allá de un mes. Dos textos de este libro, estudios y meditaciones, ofrecen materia para múltiples y reiteradas reflexiones.

2° Es bueno revestir de alguna solemnidad esta piadosa empresa de reforma. Comencemos con una visita especial y prolongada a la capilla o iglesia. En pleno recogimiento, paz y confianza, cerrados los ojos o vueltos al Sagrario donde mora el Maestro de la humildad, procuremos fijarnos en el estado del alma que se ha indicado al principio. Invoquemos al Espíritu Santo, espíritu de verdad y amor; recurramos a las ternezas del Corazón de Jesús. Vayamos, luego, a arrodillarnos unos instantes ante el altar de la Virgen Santísima, suplicándole se digne fecundar con sus maternales bendiciones nuestros esfuerzos, encaminados a mejor imitarla. Invoquemos también a los Santos cuya humildad nos conmueva mayormente: San Francisco de Asís, San Antonio de Padua, San Benito Labre, San Pedro de Alcántara, Santa

Teresa de Jesús, San Francisco de Borja, etc. Pidamos a todas estas potencias celestiales luz, intrepidez y perseverancia.

- 3° Para adelantar con firme paso se ha de proceder despacio y metódicamente, sin pararse ni arredrarse ante las asperezas del camino, y emplear todos los medios para hacer las meditaciones a la luz de la gracia, que hemos de implorar incesantemente. Si alguien se juzga incapaz de alcanzar verdades tan elevadas y las cumbres de la virtud, confíe en la ciencia de Dios, que se prodiga a los pequeños y a los humildes, y en su auxilio más que poderoso para realizar cosas sobrehumanas. Si tal pasaje de este libro queda oscuro, no tardará en ser aclarado por otras fórmulas más sencillas. Si el corazón no se siente inflamado en un momento dado, se sentirá seguramente enardecido cuando Dios lo disponga. Por lo demás, el fruto esencial de los ejercicios consistirá en los actos de humildad y en la inclinación a producirlos, más que en la sagacidad de las reflexiones y el calor de los sentimientos.
- 4° ejercicios Durante los conviene mantenerse impresión habitualmente bajo una de humildad, especialmente en las relaciones con el prójimo. Esta impresión debe ser verificada, a lo largo de la jornada, con frecuentes aspiraciones inspiradas en el tema mismo de las meditaciones.
- 5° Es de aconsejar se multipliquen los actos externos de abajamiento, como besar el suelo, inclinar la cabeza, prosternarse, hablar en voz baja, andar con menos desenvoltura, cultivar el espíritu de pobreza.
- 6° Es, todavía, de recomendar que se busquen las ocasiones de humillarse, prestando servicios, practicando la obediencia y mostrándose condescendiente, siempre con entera simplicidad, o bien evitando contradecir a

otros, discutir, interrumpir, etc. En fin, acéptense las penas y las contradicciones como cosas plenamente merecidas.

PRIMERA MEDITACIÓN Invitación divina a la humildad

Preparación para la víspera

Antes de abordar las meditaciones en las que la razón sentará las bases de la humildad, contemplaré esta virtud bajo los rasgos de un niño, todo candidez, siguiendo en esto la invitación del divino Maestro. Ahí hallaré un admirable bosquejo de la fisonomía del alma humilde: ninguna afectación en lo exterior, ninguna pretensión en lo interior; simplicidad de pensamientos y actitudes, que el niño posee de su natural y, por decirlo así, de su feliz ignorancia, pero que yo he de adquirir con esfuerzos. Debo desear y perseguir el ideal de la sencillez, que es en el niño el reflejo de la inocencia primitiva.

Al escuchar a Jesús enseñando que es menester parecerse a un niño, meditaré estas tres cosas: 1ª que el orgullo es una tendencia innata y funesta; 2ª que la humildad es una virtud reformadora; 3ª que la humildad es manantial de celestiales favores.

* * *

Jesucristo me enseña la humildad en la lección que dio a sus Apóstoles y que conserva todo su valor para los hombres de todos los tiempos. Leo en el Evangelio:

Y llegados a la casa, Jesús les dijo: ¿Qué discutíais al venir? Y ellos callaron, porque en el camino habían discutido sobre cuál de ellos era el más grande. Y

habiéndose sentado, llamó a un niño, lo puso en medio, y habiéndole abrazado, les dijo: "En verdad, que si no cambiáis y no os hacéis como niños, no entraréis en el reino de Dios. El que se haga pequeño, como este niño, entrará en el reino de los cielos. Y el que en mi nombre recibe a un niño, como éste, a mí me recibe" (Mat. 18, 1-5; Marc. 9, 33-37; Luc. 9, 46-48).

I. El orgullo es una tendencia innata y funesta

¿Cómo no reconocer el carácter innato y violento de esta tendencia cuando la hallamos en el corazón de los Apóstoles, durante largo tiempo instruidos y formados por el mismo Cristo en el camino de la perfección? Mientras seguían las huellas de su Maestro, discutían para saber quién de entre ellos era el primero, el más cercano al Rey divino en el reino de los Cielos. Cada uno aspiraba al primer puesto; a ninguno se le ocurría contentarse con el último. Llamados a una verdadera santidad, no habían conseguido aún sofocar las naturales exigencias del orgullo.

Es esa una tendencia que, tras haber causado la perdición eterna de gran número de ángeles, inficiona de algún modo la naturaleza humana, a raíz del pecado original. Hállase en el fondo del corazón; y cuando creemos haberla desarraigado tras prolongados esfuerzos, es todavía capaz de revivir y corromper los actos más virtuosos. Encuéntrase no sólo en los hombres de baja condición y de hábitos simples, sino también en almas nobles y deseosas del bien, e incluso en los Apóstoles llamados a continuar la obra de Jesucristo en la tierra. ¿Quién, pues, no la lleva consigo y no tiene que luchar incesantemente contra ella? Que es en mí innata, harto lo tengo experimentado, por desgracia.

Esta tendencia es funesta en sus consecuencias. Provoca entre los Apóstoles unas discusiones odiosas; ¡ocupa y embaraza su espíritu! Los torna indiferentes a la compañía de su Maestro. ¡Oh!, ¡alejarse de Jesús, privarse de su conversación, esquivar sus miradas! ¡Y por qué clase de ventajas! ¿No produce el orgullo en nosotros semejantes efectos: discordias, turbaciones, debilitamiento en la piedad?

II. La humildad es una virtud reformadora

Sospesemos bien cada una de las palabras del Salvador: "Si no cambiáis". No puedo seguir siendo lo que soy por naturaleza, por inclinación innata, acaso por hábito. Debo ser otro: de orgulloso debo pasar a ser humilde.

Es esto una condición necesaria e insoslayable para entrar en el reino de los cielos. Sin esta conversión no hay puesto para mí en aquel reino.

"Si no os hacéis como niños". Es necesario rehacerse, cualesquiera que sean las dificultades y repugnancias. Tiempo y paciencia serán indispensables, pues nadie se transforma en un día y como por ensalmo.

"Como niños". He aquí la palabra esencial. El niño es mi modelo. Debo empezar por abajarme, por creerme pequeño, por hacerme pequeño. Es menester, luego, que obre de conformidad con estos sentimientos. Nada, pues, de desdén y altanería, nada de ambición ni de afán de preeminencia, nada de preocupaciones e inquietudes del amor propio. Al igual del niño, he de ser sencillo, confiado, dócil, bueno, sin arrogancia y sin afectación. En fin, conforme a la expresión empleada por Jesucristo, no sólo debo hacerme como un niño, sino verdaderamente pequeño, ¡Oh!, ¡cuánta ternura y cuánto anonadamiento a la vez encierran estas palabras!

"No entraréis en el reino de Dios". Este reino, que empieza acá abajo con la gracia y se completa en el cielo con la gloria, contiene los únicos bienes que debe desear el alma sedienta de lo infinito. Este reino es la paz de la conciencia que anhelo, es la perfección a que tiendo, es la eterna felicidad a que aspiro con todo mi ser. Asegurarme estos bienes, tal es el magnífico objetivo de la humildad.

¡Oh Jesús!, pues me invitas tiernamente a ello, quiero hacerme como un pequeñuelo para entrar en el goce de tan hermosos destinos.

III. La humildad es manantial de celestiales favores

1° Es principio de grandeza

"Puso a un niño en medio". Colocando al niño ostensiblemente en medio de los Apóstoles, le asignaba un puesto de honor. E indicaba el sentido de su gesto al decir: "El que se haga pequeño como este niño entrará en el reino de los cielos". Si la justicia postrera le ha de asegurar un puesto preeminente en el cielo, es porque lo habrá merecido acá abajo; en consecuencia, lo ocupa ya a los ojos de Dios.

¡Cómo nos engañan nuestros juicios! ¡Cuán sorprendentes cambios se producirían en los altos puestos si la luz de la verdad disipase nuestras tinieblas!

2° La humildad es principio de consolación

"Habiendo abrazado al niño". ¿Cómo no envidiar la dicha de ese tierno privilegiado, abrazado por Jesús, hecho objeto de divinas caricias? ¡Dichosa pequeñez, hacia la cual se inclina amorosamente la grandeza! Si ese niño no hubiese sido tan pequeño, no le hubiera abrazado el Salvador.

Me quejo de mis desolaciones interiores; apenas conozco el sabor de los consuelos espirituales. Jesús me ciñe con sus brazos y me estrecha contra su corazón. ¿Por qué? ¿Se ha hecho El menos bueno, o soy yo demasiado grande? Quizás sí, por mis pretensiones. ¡Oh! yo prefiero ser pequeño y ser amado. Todas las satisfacciones del amor propio no valen tanto como una caricia de Jesús.

3° La humildad es principio de buen éxito

"El que recibe en mi nombre a un niño como éste, a mí me recibe". Jesucristo ensalza ante los hombres a aquel que se asemeje a ese párvulo. Declara que quien recibe a alguien parecido a ese niño, le recibe a Él. ¿Quién, pues, no se apresurará a franquear a Jesús su morada, sus brazos, su corazón? Seré aquel privilegiado si me hago pequeño.

Dios, como para facilitar su recomendación, ha unido a la humildad el don de agradar. Aquel en quien resplandece esta virtud parece invitar a la confianza y a la efusión. Se adivina que ese tal es incapaz de desdeñar, de ofender. Ya hable, ya escuche, siempre desea pasar inadvertido y dejar que aparezcan los demás. Lo que él pide, le es otorgado de buena gana; nada hay en él que suscite esas repulsiones instintivas que provoca el orgullo.

¿Es esto una irradiación del alma? ¿Es un privilegio de la gracia? ¿Es una aparición pasajera de Jesús? ¿O es todo esto a la vez? Para merecer este éxito y este goce ¡cuánto quisiera hacerme pequeño!

SEGUNDA MEDITACIÓN Excesiva estima de sí mismo

Preparación para la víspera

El orgullo, ante todo, contiene una excesiva estima de sí mismo; es una viva inclinación a sobreestimarse, a exaltarse. Esta inclinación, de ordinario aliada con el egoísmo, nos hace duros y exigentes; desenvuelve en los superiores el sentido autoritario y el rigor, y en los inferiores el espíritu de independencia y rebeldía.

Me conviene descubrir todas las raíces que ha echado en mí ese linaje de orgullo. ¡Es tan hábil para ocultarse, y nos conocemos tan poco! Nos forjamos fáciles ilusiones, a causa no sólo de la manera parcial o insignificante de examinar y sospesar nuestras intenciones y nuestros actos, sino también del respeto que se nos profesa, de los elogios que se nos tributan y que nos hacen creer que somos algo. Fácilmente consideramos como propio lo que Dios nos dio para llenar una misión.

Mañana sondearé las oscuras reconditeces donde se esconden mi orgullo y mi propensión a subestimarme con exceso y desmesura, comprobando llanamente: 1° la existencia de este orgullo; 2° parcialidades; 3° sus contradicciones; 4° sus peligros.

Sé, Dios mío, que mi vista es impotente para sondear tan lóbregas profundidades. Por esto recurro a tu luz; de tu gracia espero el don de penetrar dentro de mí.

I. La excesiva estima de sí mismo existe

Es menester comprobar que la tendencia a subestimarnos y a sobreponernos no es una excepción, sino una cosa

corriente, aunque en grados diversos. Voluntaria y consciente, o no, ella existe. El espíritu trabaja incesantemente por descubrir en nosotros algo que merezca aprecio. Semejante al impulso de la planta, que hunde sus raíces entre las rocas, ese trabajo es instintivo y se produce sin cejar. ¡Hasta tal punto es natural!

Dirigimos y fijamos nuestra atención en las cualidades que se nos atribuyen; las contemplamos, y de ellas nos nutrimos. Esta vista persistente produce una impresión que se graba.

Por el contrario, no nos paramos a considerar lo que en nosotros hay de imperfecto, de bajo, de humillante. A lo sumo, echamos una ojeada fugitiva, que se esfuma, sin dejar una impresión permanente. Además, no hay contrapeso: la tendencia a la excesiva estima de sí mismo es lo único que queda robustecido. Tampoco hay ahí verdad; sólo aparece registrado un aspecto de la encuesta.

II. Parcialidades de esta tendencia

Si poseemos algunas cualidades externas, se nos antojan de suma importancia por vulgares que sean. Si lo que en nosotros predomina son unas dotes de inteligencia, no reparamos en considerar a los mejores como unos desgraciados. Si tenemos más cabeza que corazón, nos holgamos de ello, y compadecemos a aquellos que por su gran bondad son víctimas de los hombres astutos y duchos. Si tenemos más corazón que cabeza, declaramos la astucia como algo despreciable.

Por lo que hace a nuestro entendimiento, tendemos a ponderar aquellas cualidades en que sobresale. Si es despejado pero falto de solidez, decimos de otros que lo tienen plúmbeo. Si es más sólido que brillante, abomínanos de las frases hueras y de puro relumbrón.

¿He obtenido un buen éxito? Se debe a mi esmerada preparación. ¿He sufrido un fracaso? Es que me han atacado injustamente. Así razona el soberbio en todas las cosas. Hay que humillarse ante esta parcialidad a la vez odiosa y ridícula.

III. Contradicciones de esta tendencia

Es cierto: a menudo hemos comprobado nuestra inferioridad, y no pocas veces con claridad asombrosa; pero ello nos duele. Entonces el orgullo se entrega a una especie de labor eliminatoria, proseguida sin descanso, que consigue reconstituirnos una preeminencia cualquiera, a veces con el desprecio de algo superior a nosotros. Contradicción aparente, idéntico defecto. Estimo más lo que poseo: orgullo satisfecho. Estimo con desalentador despecho lo que me falta: orgullo dolido.

La contradicción del orgullo versa, a veces, sobre el mismo objeto. Frente a los más instruidos que él, dice con convicción el orgulloso: «Es preferible la piedad.» Se encuentra luego con otros más virtuosos, y siente de súbito un remozado aprecio por la ciencia, por poco que crea aventajarlos en esto.

Debo examinar atentamente mis sentimientos y mis actos, para conocer al vivo los accesos y las contradicciones desoladoras de mi orgullo, siempre hábil para engañarme.

IV. Peligros de esta tendencia

Nada más fácil que rendir homenaje a Dios por todo cuanto somos, y decirle: «De Ti, Dios mío, tengo recibidos mis talentos y mis éxitos.» Pero esta fórmula puede dejar que subsistan el orgullo práctico, las vanas complacencias y los sentimientos de altivez. Excluye el

orgullo herético, pero no destruye de verdad la excesiva estima de nosotros mismos.

Confiado en sí, el orgulloso no pide fácilmente consejo; desdeña las advertencias; se irrita contra los fracasos merecidos y los agrava. De ahí el *error de conducta*.

Encastillado en sus ideas, las sostiene tenazmente, sin prestar atención alguna a las razones de los demás. De ahí la *obstinación*. Enójase contra las oposiciones y reparos; desahógase con palabras hirientes y conserva un corazón ulcerado. De ahí la *pérdida de la caridad*.

El orgulloso se delata por su continente, su tono, sus expresiones y sus gestos, hasta incurrir, a veces, *en el ridículo*. Se le adulará descaradamente para medir su capacidad de absorción en punto a lisonjas; se le dejará tomar un camino falso, por el gusto de verle burlado y corrido; se le invitará a que se jacte, para hacerle blanco de risas. ¡Amargas represalias!

Señor, ábreme los ojos y ármame de una santa cólera contra una inclinación tan vivaz, tan cautelosa y tan erizada de peligros. Si no he descubierto en mí estas señales de orgullo, no por esto debo tenerme por seguro. Pocos, en efecto, llevan el orgullo al extremo; pero nadie puede alardear de estar enteramente de él exento. No me conozco aún a fondo. Acabo de fijar mis ideas y de poner sobre aviso mi conciencia respecto a un vicio tan terrible, de suerte que me inspire horror y verdadero miedo; pero aún me encuentro en la obscuridad con respecto a mi orgullo real, y necesito que Tú mismo me ilustres y adoctrines. Tu luz joh Espíritu Santo! será la antorcha que mi oración incesante paseará por entre las tinieblas y que revelará en mí un ente que yo desconocía. Para no ser orgulloso, es necesario ser plenamente humilde. ¿Y quién es plenamente humilde? ¿Puedo afirmar de mí que lo soy?

TERCERA MEDITACIÓN Excesivo deseo de la estima ajena

Preparación para la víspera

El orgullo no es solamente la tendencia a sobrestimarse; es también la inclinación a desear y buscar con exceso la estima y la alabanza. ¿No soy yo víctima de esta inclinación tan fácilmente predominante? Mañana reflexionaré sobre los peligros, el desorden y los aspectos miserables de este vicio.

Me forjaré una clara idea de los caracteres que lo delatan: preocupaciones y turbaciones causadas por el miedo al reproche; según los casos, alegrías extemporáneas o tristezas desmesuradas; según los temperamentos, desaliento, cólera, envidia, menosprecio, etc. ¡Cuántas miserias entraña el orgullo, cuántas bajezas provoca, cuántas falsedades inspira! Debo temerlo, porque desmoraliza; debo vigilarlo, porque es cauteloso, y apenas se le sustraen las almas santas.

A este efecto, mi meditación versará sobre los puntos siguientes: 1° Naturaleza y fuerza de esta tendencia; 2° desórdenes que puede acarrear; 3° locura a que puede conducir.

I. Naturaleza y fuerza de esta tendencia

El deseo de ser apreciado y alabado por los otros no se confunde con el sentimiento de la propia estima. Hállasele, en efecto, en ciertas personas que reconocen su escaso valer, y muchos aceptan de buena gana que se les atribuyan unas cualidades de que carecen. Por otra parte, ciertos hombres, pagados de sí mismos, desdeñan la opinión y el aplauso de los demás.

El deseo de estima y de alabanza es a la vez fuerte y extendido, y es difícil hurtársele. «La dulzura de la lisonja, dice Pascal, es tan grande, que hace amar todo cuanto es objeto suyo, sin exceptuar la misma muerte. Perdemos la vida con alegría, con tal que se hable de ello... Somos tan presuntuosos, que quisiéramos ser conocidos de toda la tierra; y tan vanos, que la estima de cinco o seis personas que nos rodean nos alegra y nos contenta.»

Esta tendencia aparece ya en la infancia y, según afirma Platón es «el último vestido de que el hombre se despoja».

II. Desórdenes que puede acarrear esta tendencia

Un amor razonable y sosegado de la estima ajena no es un vicio; incluso puede ser un auxiliar y un estimulante de actos útiles y buenos. Es, pues, cosa muy legítima tributar alabanzas para dar ánimos.

En realidad, todo bien merece estima. El desorden consiste ora en amarla más que al bien, ora en desearla mayor que el mérito o en buscarla apasionadamente.

¿Qué persigue el hombre dominado por el amor de la alabanza? ¿El bien? No, sino el resplandor que éste proyecta. Desplaza y falsea el objetivo: en vez de tender al deber por el deber, tiende a él por la recompensa accidental del mismo.

El hombre esclavo de este defecto es servicial y generoso, pero sólo por parecerlo y para suscitar estima y admiración. Si se le desprecia, pierde todo el entusiasmo; el aplauso era su apoyo. Entonces se suceden el abatimiento y el enojo, como las diferentes crisis en una misma enfermedad. El abatimiento quiere hundirle en la

inacción del desaliento; el enojo le excita a barrer todos los obstáculos, y carece de delicadeza en sus consejos sobre la elección de los medios.

En el hombre vano y orgulloso el éxito no produce menos desorden. Rodeado de estima, se yergue, se dilata, respira más ampliamente, como para aspirar mejor los elogios. La ilusión le envuelve en una nube, y le escapa la exacta apreciación de las cosas. Se torna fácilmente imprudente y se desvanece en una especié de locura.

¿Es malo? No; sin embargo, se le encuentra duro. ¿Es injusto? Tampoco; sin embargo, huella cruelmente los derechos del prójimo, porque no para mientes en ellos. ¿Es falso? De ningún modo; con todo, cambia de opinión, de actitud y de lenguaje según los casos. Es alternativamente arrogante o adulador según las personas; llega al extremo de emplear hipócritas fórmulas de humildad. No ve más que su objetivo: ocupar un puesto holgado en el aprecio de los demás. Y hace todo esto, con una tranquila inconsciencia.

III. Locura de esta tendencia

En la práctica, la realidad de las cosas me mantiene, quizás, alejado de esos excesos; con todo, si efectúo una introspección seria, si clavo mi mirada en el fondo de mi ser, ¿qué puedo ver en él?

Ensueños vacíos e interminables, en los que la fantasía me transporta a unas hazañas brillantes, a unos triunfos sorprendentes. Heme aquí en una situación en la que se revelan unas cualidades superiores que poseía en estado latente. Oigo ya murmullos de aprobación y veo rostros animados por el entusiasmo. Deléitome con la sorpresa de los demás y con la mía.

No ignoro que se trata de ensueños; pero ellos halagan mi pasión. Es un goce, y yo lo amo, a falta de la realidad. ¡Estoy loco!

El vano amor de alabanza es, en efecto, una locura, de ordinario agradable, de la que nos holgamos cuando se hace ostentosa; es una locura verdaderamente temible cuando sus errores causan la pérdida de su víctima. ¡Qué necesidad tengo de ver claro dentro de mí! ¡Qué necesidad tengo de formarme en la humildad!

Debo exterminar los móviles y las intenciones que me han impulsado en importantes circunstancias de mi vida, y los que al presente me animan en mis acciones ordinarias.

Si considero la verdadera causa de mis alegrías y de mis tristezas, ¿no la descubriré, a menudo, en el aplauso o en la censura?

¿No otorgo mi simpatía a los que me adulan? Si sospecho que tal o cual persona me tiene en poco aprecio, no me comporto fácilmente con ella de un modo hostil e injusto?

Sí, Dios mío: me falta la verdadera humildad y con ella el equilibrio moral. Bendice y acoge mi vivo deseo de conquistarlos.

CUARTA MEDITACIÓN La humildad, fundamento de las virtudes

Preparación para la víspera

Instruirme sobre el valor incomparable de la humildad es el primer paso en la formación en esta virtud. Por esto me encararé mañana con esta máxima corriente: la humildad es el fundamento de las virtudes. ¿Es realmente verdadera? ¿Cómo se ha de entender? ¿Cuál es su alcance? ¿Con qué disposiciones prácticas se traduce?

Hasta el presente ¿no la he admitido confiadamente sin penetrar su razón de ser? La imperfección de mi humildad ¿no se debe, en parte, a la vaguedad de mis ideas sobre este punto y a la falta de convicción que de ahí resulta?

Tres puntos integrarán mi meditación: 1° la humildad funda en Dios la vida espiritual; 2° da la confianza en Dios; 3° da la pureza de intención.

I. La humildad funda en Dios la vida espiritual

San Juan María Vianney dice: «El orgullo es la cadena del rosario de todos los vicios; la humildad es la cadena del rosario de todas las virtudes»¹. Antes había escrito San Bernardo: «La humildad es como el bueno y sólido fundamento de las virtudes; si ella cede, el edificio de las virtudes se hunde»². Es doctrina comúnmente enseñada por los autores espirituales que la humildad es la base de la perfección espiritual³. Esta se identifica con la práctica del conjunto de las virtudes, disposiciones y fuerzas que hacen posible la realización del bien y constituyen la grandeza moral. Se la compara a un edificio que, para subsistir, debe descansar sobre un fundamento sólido.

La humildad es el fundamento de este edificio, porque ella muestra y hace admitir que Dios es *principio* y *fin* de los actos virtuosos. La excesiva estima de nosotros mismos nos mueve a considerarnos como principio, a perder la noción de que Dios es necesario, a no recurrir ya a Él, a

¹ Espíritu del Cura de Ars, por el Rdo. Monnin.

² De Consideratione, 1. V, cap. 14, n. 32.

³ Dice S. Agustín: «¿Deseas elevar el edificio de una alta perfección? Piensa antes en poner el fundamento de la humildad» (*De verbis Domini*, sermo 10).

negar implícitamente la gracia. La ceguera del orgullo llega al punto de impedir que veamos cuán peligroso y odioso sea el inexplicable olvido o consciente descuido de consultar a Dios e implorar su auxilio. Semejante descarrío hace imposible la perfección espiritual. La humildad, opuesta a todo esto, cumple su misión de heraldo de la verdad diciendo: Dios, por su gracia, es el principio de todo bien y de toda perfección. Ella impide confiar demasiado en las propias fuerzas y atribuirse el bien realizado.

Dios no es solamente el principio de los actos virtuosos; debe también ser su fin. Ahora bien: el orgullo, dominado por el excesivo deseo de la estima ajena, no tiene otro fin que a sí mismo y sus propios intereses; sólo atiende a aquello que podrá depararle el máximo de gloria y de elogios. Si se propone triunfar, es por el honor anejo al éxito; si los fracasos le duelen, es porque le rebajan. La búsqueda de una posición brillante, de una distinción honorífica, a veces de una simple alabanza, le basta para provocar esfuerzos y sacrificios, para inspirar actos valerosos, humanamente buenos y beneficiosos. Mas, como Dios es olvidado y descartado, tales actos no son sobrenaturales, ni siquiera virtuosos en el pleno sentido de la palabra; quedan al margen de la perfección espiritual. Esta actitud altanera inflige, además, a Dios la injuria de anteponer a su estima la vana estima de las criaturas. El cometido de la humildad --cometido de orden y de consiste en impedir semejante olvido y semejante injuria, reconociendo a Dios el derecho a ser el fin de todos nuestros actos, como es su principio, y en orientarlos hacia su mayor gloria.

Reflexionando sobre el móvil de nuestros actos virtuosos, se comprueba que prácticamente son preceptuados, o por el deseo de agradar y glorificar a Dios, o por el deseo de exaltarnos a nosotros mismos y atraernos la estima de los hombres. El orgullo pone su complacencia en sí mismo y, aún en la virtud, busca su propia excelencia.

La lucha es, pues, ¡oh Dios mío! entre Ti y mi orgullo. Mi perfección espiritual ¿reposará en Ti, que eres la fuerza, o en mí, que soy la flaqueza? Mi vida ¿se orientará hacia la prosecución de tu gloria o hacia la satisfacción de mi gloria vana? ¿Serás Tú mi Dios, o seré yo mi ídolo? En el primer caso mis virtudes tendrán un fundamento sólido; en el segundo, no descansarán sobre nada: sólo serán una apariencia.

II. La humildad da confianza en Dios

El orgullo es el rival de Dios; es el yo sustituyendo a Dios. Su estado puede expresarse con estas dos fórmulas: «Cuento conmigo; obro para mí».

Contar conmigo, con mi destreza, mis energías y mis decisiones, ¿no es un error y una locura, supuesto que nada puedo sin Dios? ¿No he leído muchas veces las palabras de Jesucristo: «Sin mí, nada podéis hacer?» (Juan 15, 5). Si el orgullo prácticamente hace olvidar o desdeñar esta verdad, la humildad la recuerda y saca las consecuencias pertinentes. Ella nos demuestra con evidencia que nosotros dependemos de Dios en todo y que su gracia nos es absolutamente necesaria.

Puesto que la gracia no es indispensable, la sabiduría divina exige que, para recibirla, tengamos las disposiciones que cuadran a nuestra indigencia y a nuestra impotencia; Dios ha señalado la humildad como una condición para recibir sus dones. «Resiste a los soberbios y da sus gracias a los humildes» (Sant. 4, 6).

La humildad es una desconfianza de nosotros mismos que, como por instinto, recurre a Dios mediante la confianza. El humilde se dice: «Me conozco, y veo que no puedo nada; conozco a Dios, y sé que con Él lo puedo todo, conforme al dicho de San Pablo: «Todo lo puedo en aquel que es mi fuerza» (Filip. 4, 13). Cuánto más pequeño e inclinado al mal me siento, tanto más me animo a poner en Dios toda mi confianza.

III. La humildad da la pureza de intención

«Obro para mí»: palabras de desorden y de injusticia con las que el orgulloso ofende a Dios, quien debe ser el fin de todo cuanto ha creado y de todo cuanto permite que realicen sus criaturas. Al restablecer el orden y la justicia, la humildad hace decir: «Yo obro para Dios». He aquí la sabiduría, el bien, la *pureza de intención*.

Obrar para Dios es gravitar hacia el Ser infinito por quien todo existe, dar mi nota en el concierto universal que le glorifica, ocupar mi verdadero puesto en el plan de su amor adorable. Aunque Dios no tuviera derecho alguno, seguiría siendo el Bien supremo, sumamente amable, y sería yo un insensato si no le hiciese fin de todos mis actos. El orgullo se opone a esta orientación; la humildad la restablece.

Sin hacer de mí un ídolo, en el sentido absoluto de la palabra, puedo enderezarlo todo a mí, de hecho o con el deseo. No excluyo formalmente a Dios de mis intenciones, pero le dejo al margen. De este modo se sale uno del plan divino; se hace errante y desplazado en la Creación.

Lo que asegura la pureza de intención es la humildad. El alma humilde se liberta de la obsesión de sí misma; confiesa y respeta los derechos de Dios, haciendo de ellos la norma de su conducta. Si se aparta de ella, lo reconoce y vuelve sobre sus pasos. La pureza de intención es para ella una necesidad y, conforme al dicho de Jesús, «la luz que hay en ella ilumina todos sus actos» (Mat. 6, 22-23!).

¡Dichosa el alma abandonada a los designios de un Padre todopoderoso e infinitamente bueno! Ella quiere todo lo que Él quiere y ama todo lo que Él ama. Con la misma apacibilidad de abandono sobrelleva las contrariedades exteriores y los desamparos interiores.

¡Cuán lejos de estas disposiciones está el alma orgullosa y cuán digna es de lástima! Porque escrito está: «Todo aquello que no fue plantado por mi Padre, será arrancado» (Mat. 15, 13).

La pureza de intención y la confianza en Dios son, pues, hijas de la humildad. La pureza de intención dirige; la confianza alienta, y juntas fundan el progreso que poco a poco lleva a la perfección. Dios, que es acá abajo el objeto que persiguen, será en el cielo el objeto por ellas poseído

QUINTA MEDITACIÓN Formación espiritual viciada por el orgullo

Preparación para la víspera

En la meditación de mañana me consagraré a una labor retrospectiva. Me remontaré al tiempo de mi formación espiritual; escrutaré los móviles que me trajeron al bien y las influencias externas que por ventura me han mantenido en él. Pondré a un lado lo que sea puro, desinteresado, animado por la mirada de Dios; y a otro, lo que, más o menos inconscientemente, es inficionado por el afán de estimación y la complacencia en mí mismo.

Consideraré: 1° el hecho de una formación espiritual viciada por el orgullo; 2° los signos indicadores de este hecho.

Dios mío: aléjame de mí mismo a una distancia suficiente para ver bien. Haz resurgir en mi memoria aquellos pormenores que pueden arrojar luz sobre mis intenciones y mis acciones pasadas. Si ha habido orgullo en la preparación de mi vida piadosa, dámelo a conocer, ¡por favor! y haz que lo deplore y aborrezca.

I. El hecho de una formación espiritual viciada por el orgullo

Hay, ciertamente, almas, tal vez muchas en número, que se han formado en la vida espiritual bajo la influencia, más o menos activa, de un orgullo inconsciente. ¿Me cuento yo entre éstas?

¡Cómo! ¿El orgullo me habría ayudado a establecerme en los hábitos de una vida piadosa y virtuosa, sin darme de ello cuenta? Existe, ciertamente, un orgullo que se recata y no se deja sentir; un orgullo, del cual he podido ser, tal vez, una víctima inconsciente.

Aquel relajamiento, aquella tibieza, aquellas faltas, ¿no se debían, por ventura, a que mis virtudes se apoyaban, en gran parte, sobre el falso y frágil fundamento del orgullo? Alma mía: está atenta, y ora.

¿He ponderado debidamente, alguna vez, las consecuencias de estas dos observaciones psicológicas: el hombre es esencialmente imitador; el hombre sufre la influencia del medio y se adapta a él? Debo juzgar mi formación espiritual teniendo en cuenta estos dos hechos.

¿De qué personas estaba rodeado? ¿Qué ideas reinaban en el medio donde viví: familia, colegio, seminario,

noviciado, etc.? Era, sin duda, un círculo selecto, un ambiente de virtud y de piedad, dónde se tenía en grande honor la vida espiritual, donde se hablaba con admiración de los actos heroicos de los Santos, donde eran tratadas con veneración las personas en que se atisbaba un destello de santidad. Yo amaba estas cosas y envidiaba a aquellos que me edificaban.

¿Eran puros, absolutamente puros, los sentimientos que entonces me excitaron al bien? Un análisis riguroso ¿no descubriría ahí alguna mezcla? El deseo de ingresar en el estamento honrado con la estima común, ¿no entraba por mucho en el ardimiento que me impelía? El contentamiento que experimentaba en el servicio de Dios ¿no contenía ningún elemento de la satisfacción propia y, sobre todo, de la conciencia más o menos clara del lugar que yo ocupaba en el concepto de los demás? ¿Quién es capaz de sondear este misterio, que sólo Dios conoce?

Mi misma humildad ¿no sintió, al menos en parte, el influjo de las inspiraciones e impulsos de un cierto orgullo? Es muy posible. En un medio virtuoso se aprecia y se admira la humildad por encima de todo; se la reconoce como la virtud capital después de la caridad. Es casi imposible no tomar algo de sus formas, no adoptar algunas de sus expresiones y hasta una especie de sentimiento interno de la misma. Creerse humilde es una necesidad.

Esta humildad puede, sin duda, ser verdadera, porque tales influencias favorecen maravillosamente su crecimiento. Pero también es posible, y muy fácilmente por cierto, que sea más aparente que real, más artificial que sincera. Un alma naturalmente orgullosa se deja ilusionar; y de la humildad que marcha ante ella no persigue sino la aureola. Preguntamos una vez más: ¿quién sondeará este misterio?

II. Señales indicadoras de este hecho

El divino Maestro ha dicho: «Por los frutos conoceréis el árbol» (Mat. 7, 20). ¿Qué frutos ha producido mi primera formación espiritual? Si cambié de medio, ¿no se enfrió mi noble ardimiento, no se extinguió mi celo por la perfección y, en particular, por la humildad? ¿Se produjo este resultado rápidamente, sin gran resistencia, sin una especial sacudida?

El nuevo medio contenía también, aunque en menor proporción, la estima y la admiración de las mismas cosas; pero reinaban allí otras ideas y unas aspiraciones diferentes. Demasiado fiel a la ley de mi naturaleza flexible, me adapté a ese medio de la manera más favorable a mi amor propio.

Otra señal igualmente característica de una formación espiritual contaminada por el orgullo es nuestra actitud frente a las contradicciones, los reveses, las injusticias y los desdenes más o menos hirientes. Turbaciones, preocupaciones, tristezas: he aquí las señales de una virtud imperfecta, respaldada más o menos por el orgullo. Desaliento real, ira, envidia, rebeldía: he aquí los indicios de un orgullo profundo y avasallador.

Mi humildad era, pues, de pura apariencia, y mis sentimientos sólo eran postizos. Una humildad verdadera y sólida me habría inspirado calma y resignación; tal vez aquel contentamiento superior y aquella alegría indecible que experimentaron los Apóstoles al ser azotados con varas por Cristo (Hechos 5, 41).

Gracias, Dios mío, por haber iluminado así el fondo de mi vida. ¿Osaré confesarlo? Sufro al verme como soy a la luz de tus destellos. Me pregunto si en mí no está todo por rehacer. Mis virtudes aparentes ¿no son aún mero efecto

del medio en que ahora vivo? ¿Qué sucedería si todo cambiara en torno mío: posición, ocupación, personas?

Ante la idea de este aislamiento moral, siento la necesidad extrema de esconderme en tu regazo, pues Tú apareces como mi único refugio. Dios mío, crea en mí un alma nueva, realmente humilde. «De la humildad, dice San Jerónimo, muchos siguen la sombra, pocos la realidad.» Quiero contarme entre éstos.

SEXTA MEDITACIÓN La humildad, custodia de las virtudes

Preparación para la víspera

Si el edificio de mi perfección espiritual se funda en un orgullo inconsciente, está edificado sobre la arena y el peligro de ruina es constante. Si está fundado en Dios, puedo tranquilizarme cuanto a lo pasado, pero he de temer respecto al porvenir, puesto que el orgullo puede destruir el edificio más sólidamente construido.

«El que, careciendo de humildad, añade San Jerónimo, se enriquece de virtudes, lleva en cierto modo un puñado de polvo expuesto al viento.» ¡Cuántos vientos de fronda soplan en rededor mío, y en qué riesgo se encuentran mis efímeras resoluciones!

San Antonio, espantado por una visión que le mostró al mundo cubierto de lazos, exclamó: «Señor, ¿cómo preservarme de ellos?» Y una voz le respondió: «Por la humildad.»

Esta virtud es, a la vez, la base y la custodia de las demás virtudes, por cuanto hace de Dios el principio y el fin de nuestros actos virtuosos, al paso que el orgullo se los atribuye injustamente y arruina, así, todo el edificio. ¿Tengo

de esta verdad una convicción profunda? ¿Experimento una impresión de temor cuando compruebo que, sin sentirme positivamente orgulloso, disto mucho de ser humilde?

El humilde siente, sin cesar, la necesidad de Dios y de su indulgencia, como de su auxilio. A la vista de su miseria y de su flaqueza, se ve como un hombre que anda con una herida cuyo dolor se acentúa al primer movimiento.

Para tender a una tal humildad, consideraré mañana: 1° cómo la humildad es la sal que preserva de la corrupción; 2° cómo es ella la luz que disipa las ilusiones.

I. La humildad es la sal que preserva de la corrupción

San Jerónimo escribía a una dirigida suya: «Ninguna cosa ames tanto ni consideres tan preciosa como la humildad, pues ella es quien principalmente conserva y preserva las demás virtudes.» La humildad conserva y preserva todas las virtudes, porque las defiende de la corrupción del orgullo.

Tanto mayor es una virtud cuanto más se opone al orgullo. Todo bien es, en efecto, materia para la vana complacencia del alma y para el aplauso de los hombres.

La vana complacencia comienza la obra de desorganización. ¡Es tan halagadora y atrae tan bien nuestra atención! ¡Es tan capciosa y sabe deslizarse con tal arte! Como una ponzoña mezclada con saludables sustancias se insinúa en la complacencia por la gloria de Dios y la salvación de las almas; se desliza en los consuelos sensibles y nos acompaña en las más sublimes elevaciones.

Insensiblemente hace sus progresos como sus estragos. Lo lento de su acción adormece la vigilancia, y así el veneno penetra en las más hermosas virtudes.

La vana complacencia ha empezado su labor corruptora; el deseo de la estima y de la alabanza la acaba. Este murmurio del exterior ¡resuena tan gratamente en el interior! Cierto, estamos seguros de que no nos dejamos seducir, de que soportamos de mal grado lo que no podemos evitar, de que referimos a Dios toda la gloria. Sin embargo, la complacencia es real y profunda.

Bajo esta doble influencia el mal avanza; ya no es un acto pasajero el que está contaminado, sino toda una serie de acciones parecidas. En breve lo estará, tal vez, la vida entera. La obra toda de la perfección se corromperá.

Durante algún tiempo se sostiene en pie el edificio espiritual por la fuerza de la costumbre y también por las exigencias del mismo orgullo. Pero esta vida artificiosa no podrá subsistir siempre. Tentaciones más fuertes, circunstancias imprevistas, incidentes insignificantes bastarán para consumar en breve la ruina.

¿Quién prevendrá estos males? La humildad. «La virtud, dice San Agustín, no existe si no va unida a la humildad»¹. Esta se derrama en la vida espiritual como la sal echada sobre una sustancia que se quiere conservar. Opónese a toda fermentación dañosa, excluye las miras excesivamente personales y fija en Dios las intenciones y los contentamientos.

Para conseguir tal efecto la humildad debe ser una verdadera virtud, esto es, debe actuar con la facilidad, espontaneidad e inclinación que sólo presta el hábito. De

¹ Virtus non est, nisi coniunctam habeat liumilitatem.

lo contrario, ¡cuántas sorpresas y cuán extrema fatiga! Conviene que el movimiento de la humildad se haya hecho tan natural como lo era el del orgullo.

II. La humildad es la luz que disipa las ilusiones

Es máxima común y profundamente verdadera que el orgullo ciega; y los maestros de la vida espiritual han comprendido tan bien el cometido opuesto de la humildad, que han erigido esta virtud en el criterio más seguro para el discernimiento de los espíritus. Tal virtud ¿es verdadera o falsa? Tal oración extraordinaria ¿proviene de Dios? Tal visión ¿es una realidad o una ilusión? El dictamen dependerá de la previa convicción sobre la humildad de la persona así favorecida.

Esta regla ha de aplicarse a las virtudes ordinarias. Debo recordar las obcecaciones del orgullo sorprendidas en otros; debo recelar de mis juicios sobre mí mismo, si no me hacen muy pequeño, puesto que asaz pequeño soy y muy débil y miserable.

Dios no juzga como los hombres. Los que me toman por un alma adelantada en la perfección, ignoran qué tales han sido mis ingratitudes y mis faltas ni cuáles son actualmente mis deplorables miserias. ¡Ah!, para situarme y mantenerme en mi verdadero puesto, ¡cuán necesario es que mi humildad sea luminosa y penetre mi inteligencia, mostrándole de continuo mi nada, mi impotencia y mis yerros; en una palabra, que sea una verdadera virtud!

¡Es tan fácil, en efecto, errar, descarriarse y venir a parar en la tibieza! Uno se forja unos deberes según sus propias ideas, y luego una conducta según sus propios gustos. Hace santas las cosas que ama; se aventura en unos peligros que el deber no impone; excusa sus faltas, y las reitera; no siente, la necesidad de orar; vive para sí mismo,

y sin remordimientos. Tal es el reino de la tibieza, que ahoga el gusto y el anhelo de perfección.

¡Ah!, si la humildad hubiese sido activa, este decaimiento habría sido señalado y contenido, pues ella da el sentido de lo verdadero y el instinto de lo bueno. Si, al menos me invadiese ahora una profunda impresión de desconfianza hacia mí mismo, la luz que me envolvería sería tan viva, que me hallaría situado entre la resolución de vencerme y la certidumbre de resistir a la gracia.

Nada falsea tanto la conciencia como el influjo de un orgullo atendido; nada la mantiene tan recta y decidida como el sentimiento de la humildad. Bajo su dependencia, el alma, desconfiando de sí, adopta los métodos seguros, consulta de buen grado, teme las ocasiones peligrosas, ora sin descanso y se aprovecha de todos los auxilios. Es posible que posea grandes virtudes; pero no se recrea en ellas. Es posible que esté muy afianzada en la práctica del bien; pero en el fondo se siente enteramente frágil. Sus virtudes han encontrado una buena custodia.

Por el contrario, sin la humildad, ¡cuántas y cuán graves caídas! Se habían podrido las raíces del árbol, estaban minados los cimientos del edificio. La tormenta de las pasiones o el violento embate de unas circunstancias difíciles han arrancado el árbol, han hundido el hermoso edificio. El árbol no ha sido replantado, y los escombros no han sido retirados; al paso que, a su alrededor, no pocos pecadores que se habían revolcado en los charcos del pecado, merced a la gracia divina han encontrado en medio de sus culpas la humildad que salva. Hay que recordar el dicho de la Escritura: «Abates a los que presumen de sí mismos y se ufanan de su fortaleza» (Judit 6, 15).

No sea yo, Dios mío, uno de esos orgullosos a quienes humillas, abandonándolos a sus fuerzas vanas y permitiendo que incurran en lamentables caídas. Concédeme la gracia de experimentar siempre un vivo sentimiento de temor y de desconfianza de mí mismo.

SÉPTIMA MEDITACIÓN Castigo del orgullo

Preparación para la víspera

El orgullo tiende a privar a Dios de su gloria, y aun de su dignidad. Se pone en lugar suyo, si no intencionadamente, lo cual sería monstruoso, al menos prácticamente, lo que ya es bastante detestable. ¿Cabe admitir que Dios soporta tan odioso despojo? ¿Qué sentimientos experimentaría un amo respecto a su criado que sólo obrase a su antojo y se atribuyera todos los derechos? ¿Cómo le trataría? Le castigaría, sin duda, a tenor de la calidad de la falta, y le haría aparecer vil y miserable en sus pretensiones.

Toda ley tiene por objeto conservar el orden. Ahora bien, la ley de nuestra condición es la humildad. Si ésta es violada, se produce en nosotros el desorden en nuestras relaciones con Dios y en nuestras relaciones con el prójimo. De ahí errores, peligros, fracasos, tal vez la ruina espiritual y aun, a veces, la impenitencia final.

De ordinario, el castigo ataca al culpable a paso lento, pero seguro. Mañana estudiaré este tema, que suscita un justo temor, meditando sobre los tres castigos que hieren el orgullo: 1° la esterilidad sobrenatural; 2° la maldición de Dios; 3° el decaimiento moral.

I. El orgullo es castigado con la esterilidad sobrenatural

El orgullo posee la propiedad fatal de esterilizar todo cuanto toca. La acción más noble, si él la inspira, es inútil para el cielo, cual una flor infecunda. Toda porción de bien que él alcanza con su aliento se marchita al instante. Así, la vida más activa, dominada por este vicio, semeja el tonel de las Danaides, que nada podía llenar.

Nuestro Señor decía de los fariseos que ayunaban y oraban para merecer alabanzas: «En verdad, ya recibieron su recompensa» (Mat. 6, 2-5). ¿Cómo va a recompensar Dios lo que no se hace por Él?

Por otra parte, aunque quisiera hacerlo, no podría. Todo acto privado de una intención sobrenatural, al menos virtual, no puede obtener el concurso de Dios en el actual orden. Carece de la vitalidad sobrenatural. Donde no ha entrado la gracia, no puede florecer la gloria celeste; lo que no vivifica el Espíritu Santo, no puede ser consagrado por el Cielo¹.

Hacer obras por orgullo es como arrojar polvo al viento. En el monasterio gobernado por San Pacomio sucedió que un monje hizo, un día, una estera más que los otros, y que por vanidad la expuso, esperando recibir parabienes. «Este trabajo es para el demonio», dijo el superior.

¡Qué decepción aguarda al orgulloso en el instante que sigue a su muerte! Se ve con las manos vacías, y percibe el eco de aquella sentencia: «No os conozco» (Mat. 25, 12). Él se asombra, y se dice: «¿No profeticé?» (Mat. 7, 22). Es

55

¹ Para que un acto sea meritorio debe ser bueno en sí mismo y realizado en estado de gracia con una intención sobrenatural, al menos virtual, esto es, anteriormente concebida y que, sin ser explícita, deje sentir todavía su influjo.

decir: «¿No realicé obras, no sobrellevé fatigas, no me entregué hasta el fin a ejercicios de piedad y de celo?» Sin embargo, Dios le replica: «Jamás te he conocido. Aléjate de Mí, mal operario» (Mat. 7. 23).

Sí: es posible que el orgulloso se haya consagrado a ejercicios de la vida espiritual; que haya realizado múltiples actos piadosos que han sido la admiración de los demás; que haya triunfado en sus tareas apostólicas. Si el orgullo inspiró estas cosas, ninguna de ellas es meritoria ni cuenta para nada a los ojos de Dios. El principal móvil de tales actividades ha sido la vanagloria, el ansia de ser estimado y aplaudido. Si ha obtenido esta recompensa, ya no merece otra: su salario es digno de su vanidad. Se cuenta entre aquellos de quienes dice San Agustín: «Hombres vanos, han recibido una recompensa vana»¹.

II. El orgullo es castigado con la maldición de Dios

El divino Maestro, a pesar de su gran mansedumbre, fustigó y maldijo en severos y terribles términos, el orgullo de los escribas y los fariseos. Es un vicio esencialmente odioso a Dios, porque tiende a arrebatarle su gloria. «No cederé a nadie mi gloria, ni mi honor a los ídolos» (Is. 42, 8). ¿Cómo no ha de maldecir y castigar el orgullo que se erige en ídolo de sí mismo, desposeyendo, así, al Creador de la gloria y el honor a Él solo debidos?

Para castigarlo, Dios no necesita herir con espada al orgulloso: bástale abandonarle a sí mismo. Nada más justo, ya que es presuntuoso; nada más nocivo, ya que es débil

«El Señor derriba la casa del orgulloso», se lee en la Escritura (Prov. 15, 25); para que se hunda el edificio

¹ Receperunt mercedem vani vanam.

espiritual del alma orgullosa basta que Dios le niegue su gracia, pues sin ella no puede obrar el bien ni subsistir. Precisamente Dios otorga su gracia a los humildes y la niega a los soberbios (Sant. 4, 6). Santo Tomás de Aquino, hablando de la humildad, fundamento de la vida espiritual, dice que «esta virtud rechaza al orgullo, al que Dios resiste, y hace al hombre sumiso y abierto a las efusiones de la gracia divina»¹.

Estas efusiones se niegan al orgulloso. Inclinado al mal por el pecado de origen, cegado por sus ilusiones, precipitado por sus tendencias, privado del auxilio divino que le alumbraría y lo sostendría, corre al abismo y se hunde cada día más en el desorden, conforme a la ley de la aceleración de la velocidad. Se le hurta la sensación del peligro; tiene como vendados los ojos, y no siente la necesidad de pedir luz y auxilio.

Entre Dios, todopoderoso, y el hombre, esencialmente frágil, reina una especie de contrato tácito: mantente en tu puesto, y yo me mantendré en el mío; sé humilde y ora, y yo te sostendré. La sanción que pesa sobre la violación de este contrato es el abandono.

La maldición de Dios sobre el orgullo puede adoptar una forma más terrible que la del abandono: es la aversión, el odio. Los Libros santos nos advierten «que Dios odia al pobre orgulloso..., que abomina al hombre altivo» (Ecle. 25, 4; Prov. 16, 5).

El odio divino persigue al orgulloso, y nada puede sustraerle a su furiosa vindicta. «Tu corazón te ha exaltado soberbiamente; mas, aunque te eleves como el águila y

¹ Summa Th., 2.a, 2.ae, q, 161, a. 5, ad 2.um.

escondas tu nido en las estrellas, de allí te arrancaré, dice el Señor» (Jer. 12, 16).

Estas palabras me hacen temblar; tiemblo ante la revelación del odio que a este vicio profesa un Dios conocido como infinitamente misericordioso. Un puesto elevado, aún en la Iglesia; eminentes servicios prestados, aun a la religión; unas virtudes admirables y, sin duda, demasiado admiradas, pueden ser materia de orgullo, sin constituir una defensa ante Dios. «De allí mismo te precipitaré». Lo ha hecho con los potentados: «Arrojó de su trono a los poderosos» (Luc. 1, 52).

El orgullo que tales castigos merece es raro entre las almas piadosas. Pero harto frecuente es un orgullo inferior, que no por esto deja de atraerse justos castigos, como sequedad persistente, fracasos, tristeza, faltas incurridas por permisión divina.

El orgullo que desea con exceso la estima y la alabanza encuentra también un castigo en la fuga de la complacencia ansiada, en la decepción reservada a sus febriles preocupaciones. Sus deseos son siempre más vastos que los objetos alcanzados; y cuanto más consigue, mayor es su avidez.

Por su parte, Dios se siente olvidado, y calla o se aleja; la sustracción de sus gracias es la temible expresión de su disgusto. No se contenta con sembrar la amargura en nuestros goces humanos ni en hacernos desventurados en nuestros vanos anhelos. Sin duda, llegará el día en que el hambre conducirá al hijo pródigo a la casa paterna.

III. El orgullo es castigado con el decaimiento moral

¿A qué tiende la maldición de Dios sobre los orgullosos, a quienes abandona y detesta? San Pablo, hablando de los

filósofos desvaídos por su orgullo, escribe: «Dios los entregó a los peores instintos de su corazón y se tornaron inmundos; y la ignorancia fue tan grande, que dejó estigmas en sus propios cuerpos» (Rom. 1, 24). Helos aquí caídos, degradados, puestos al nivel de las bestias, las cuales se dejan llevar de sus instintos. El orgulloso, para emplear los términos del Apóstol, no percibe lo que procede del Espíritu de Dios» (I Cor. 2, 14).

Impresionado con este espectáculo, caigo en la cuenta de que el orgullo contiene potencialmente todo decaimiento moral. «El orgullo es principio de todo pecado» (Eccl. 10, 15). Palabras reveladas, palabras comprobadas por la experiencia. Para expresar lo que emana de esa fuente corrompida, dice la Escritura: «El corazón de los orgullosos es como el aliento fétido que se exhala de un estómago enfermo» (Eccl. 11, 32!).

Después de todo esto, ¿me extrañaré si oigo afirmar que el orgullo es una de las señales de eterna reprobación? Sumergido en la maldad, el soberbio encuentra en ella su tumba. Para salir de allí, habría de reconocerse culpable; implorar la gracia, humillarse; pero este desventurado es incapaz de hacerlo.

Entre los castigos que acabo de meditar no hay uno solo al cual no pueda exponerme algún día. Por esto debo temer los insidiosos progresos del orgullo y considerar que éste puede destruir todos mis méritos. Toda buena acción inspirada por el amor propio está viciada en su origen. Un acto santamente comenzado puede, de repente, ser alterado por un motivo de vanidad que se apodere de él; una obra perfectamente realizada puede depositar en mí, merced a la vana complacencia, un germen de corrupción.

Haz que evite, Dios mío, los castigos del orgullo y que pueda gozar de los premios de la humildad. En vez de la esterilidad sobrenatural, el mérito enriquecerá mis más menguadas acciones. En vez de tu maldición y de tu aversión, me veré colmado de tus bendiciones y de tus ternezas. En vez del decaimiento, poseeré la elevación, puesto que Tú levantas del polvo al indigente... y exaltas a los humildes» (Sal. 33, 19).

No puede ser de otro modo. El humilde ora, y «Tú escuchas sus súplicas» (Sal. 101, 18). Todo lo puede con tu fuerza; Tú vives en él. Retírase a la sombra y al silencio; si ha de mostrarse, no se hurta a tus ojos. Olvidado del bien que hace, ávido tan sólo de tu gloria, no ambiciona otra cosa que ser, cada vez más, un buen hijo tuyo. Ayúdame a ser humilde.

SEGUNDA PARTE Razones para ser humilde

ESTUDIO PREPARATORIO

La razón de ser de la humildad se halla en la condición humana

Hemos comprobado la necesidad de la humildad. El orgullo nos hostiga de continuo y amenaza nuestra misma vida espiritual. Falsea y pone en entredicho el conjunto de las virtudes; altera los principios de dicha vida y quita a los actos todo mérito sobrenatural; atrae el castigo y prepara la ruina. Es necesario, por tanto, oponerle la humildad.

Esta necesidad, por bien cimentada que esté, no manifiesta aún las razones de ser o los motivos intrínsecos de la humildad, pero demuestra que éstos existen. En efecto, todo desorden acusa un mal, por cuanto Dios ha puesto el bien en el orden y el equilibrio.

¿No nace, pues, la humildad de la naturaleza misma de las cosas? En este caso, ¿el ser humilde no equivale simplemente a ser verdadero? Esto es lo que vamos a reconocer en las meditaciones siguientes. En ellas se dará a conocer la condición del hombre, ser *creado*, *caído* y *transformado por la gracia*.

La humildad que de ahí resulta no tiene nada de personal: es propia de todo hombre, del más perfecto y del más miserable. Es la humildad ante Dios; humildad fácil, al parecer, pues no exige más que un acto de buen sentido, pero muy intenso, puesto que forja a los santos.

¿Por qué no los forja en mayor número? ¿Se debe esto a la flaqueza humana? Esta influye en ello mucho, pero es justo acusar también a la falta de convicción. Las verdades tradicionales relativas a la condición humana ¡son tan desconocidas y atraen tan poco la atención! Aun consideradas en serio, no dejan de ser abstractas y no interesan esa región de nuestro ser que acusa las fuertes impresiones.

Las meditaciones anteriores, fundadas en hechos de observación, han podido impresionarnos. Nuestras tendencias son hechos morales, casi tan tangibles como los hechos materiales; y sabido es que los hechos tienen el privilegio de fijar nuestra atención y convencernos. Ante las nuevas verdades que vamos a meditar, es menester precavernos contra la funesta costumbre de mirar como menos cierto lo que no es sensible, y de permitir que flote alguna duda sobre las revelaciones que causan extrañeza.

Nos parecemos algo al ignorante que se encoge de hombros cuando un sabio le explica todo cuanto hay encerrado en una gota de agua. En el decurso de estas nuevas meditaciones se trata de conocer algo al mundo desconocido que se esconde en el fondo de las cosas conocidas, y de sacar de ahí una convicción verdadera que obligue a la humildad.

La razón de ser de la humildad se halla también en nuestras faltas y en nuestra insignificancia con respecto a los Santos y a Dios.

A las meditaciones, abstractas y en cierto modo impersonales, sobre la condición del hombre, seguirán unas meditaciones sobre nuestro actual estado de pecadores, sobre nuestro escaso valor en comparación de los Santos y de Dios. Más que unas verdades metafísicas, serán nuestros pensamientos, nuestras acciones, nuestras omisiones, las obráis todas de nuestra vida lo que desfilará ante nuestros ojos. Vasto campo, que seguramente recata unas zonas oscuras en la lejanía del pasado y bajo las sombras de la ilusión, pero que puede esclarecerse vivamente a la luz de un examen concienzudo.

La meditación sobre nuestra culpabilidad debe ser el fundamento de nuestra propia humildad, de aquella humildad que baja la frente no sólo delante de Dios, sino también delante de los hombres; de aquella humildad que quebranta el exagerado sentimiento de la estima personal y proscribe la prosecución de una estima extraña, de la cual nos consta que somos indignos.

Estimar un objeto es reconocer su valor; pero éste no puede ser valorado sino con el uso de una medida que es, aquí, la comparación con los demás. Mas, ¿a quién me compararé? ¿A lo que es bajo y miserable? No, porque

esto carece de valor y no merece aprecio. Debo, pues, compararme a lo que es grande, a lo que es noble. Ahora bien, parangonado con los Santos y con Dios, me encuentro ante la verdadera medida de lo grande y de lo noble, de lo que determina el aprecio. Esta comparación, que me mostrará mi insignificancia, completará el efecto de los razonamientos abstractos por la fuerza de una impresión sensible.

Los motivos de humillarse ante Dios disponen a humillarse ante los hombres

De que ciertos motivos de humildad se apliquen indistintamente a cada uno y no nos abajen, en realidad, sino ante Dios, ¿debe concluirse que no ejercen verdadera influencia sobre nuestras relaciones con nuestros semejantes y que, por consiguiente, no nos forman en la humildad práctica?

De ningún modo. En efecto, la humildad que versa sobre dos objetos, Dios y los hombres, no deja de tener una misma esencia: la inclinación a un justo abajamiento. Ahora bien, al desenvolver esta inclinación con respecto a Dios, dichos motivos la desenvuelven en sí misma. En adelante, esta disposición, más fuerte, más habituada a abajarse, nos llevará, según las coyunturas y en una prudente medida, a moderar nuestras pretensiones y, si ello es menester, a quebrantarlas. Toda cultura intelectual acrecienta la capacidad de instruirse, y los afectos familiares disponen el corazón a amar mejor a Dios; lo mismo ocurre con el hábito de la humildad, cualquiera que sea el objeto de su ejercicio.

Penetrémonos de estas verdades, que, aun cuando no sean estrictamente personales con respecto a nosotros,

inclinarán de tal modo nuestra frente, que no osaremos erguirla imprudentemente ante persona alguna.

El análisis de nuestra mísera condición debe ir acompañado de la vista de la misericordia divina

Un asombro mezclado estupor resulta. con inevitablemente, del análisis de toda vida: vida del alma. vida del cuerpo, vida de la misma planta. Todo aparece ahí tan delicado, tan complejo, tan frágil, que a cada instante cabe el temor de ver destruido tal o cual organismo al embate del más ligero accidente. Afortunadamente, para reaccionar, no hay como el análisis; consta por la experiencia. Dijérase que nuestro ser no es viable, y vive; dijérase que es incapaz de resistir a tantas causas de destrucción, y perdura. Lo mismo ocurre en el orden sobrenatural.

El análisis de las leyes que regulan este orden es para poner miedo; pero la realidad de los hechos modera nuestras alarmas. Para aprontar remedio a todo esto, entra siempre en juego esa maravillosa acción que en el universo se llama providencia y que aquí toma el nombre, más tranquilizador aún, de misericordia.

No hay un solo cristiano que, de hecho, no tenga ampliamente el poder de evitar cualquier pecado mortal, y de levantarse si peca.

No hay una sola alma que no pueda conseguir con la oración todo cuanto le falta; ni una sola que, ni aun por un instante, esté privada del poder de orar.

Lo que, tal vez, no podemos hoy, lo podremos mañana si hacemos buen uso de las mínimas gracias que nos preparan al logro de un determinado efecto. Ciertos auxilios que, en rigor, no se nos deben, nos serán infaliblemente concedidos. ¿Y qué importa el derecho estricto a tales auxilios, si igualmente nos llegan con toda seguridad por conducto de la gracia?

En el día del Juicio cada alma se verá forzada por la evidencia a confesar que Dios ha sido bueno y bonísimo con ella. No habrá una sola excepción de esta regla, puesto que nos hallamos bajo el régimen de la misericordia, que es como decir de la humildad¹.

PRIMERA MEDITACIÓN Mi nada

Preparación para la víspera

Si mi ser proviniera de una materia existente fuera de Dios; o, si, creado íntegramente por Él, retuviera, por un imposible; una imperceptible partícula de su sustancia, tendría algún valor; y este valor, por menguado que fuese, sería estimable.

Nada hay de esto; pues, aunque provenga de Dios, no salí de su seno, sino de un acto exterior y de una simple volición de su omnipotencia. Más que un ser, soy algo inconsistente y efímero que puede compararse a la nota musical que brota de un instrumento pulsado por un artista. No se enriquece Dios por el hecho de ser creador, ni sufre merma por el hecho de que yo exista. He aquí una verdad cierta, demostrada por la razón y admitida por la más rigurosa filosofía.

66

¹ Pueden *leerse* en el *Tratado del amor de Dios* los capítulos en que S. Francisco de Sales trata de esta cuestión con la solidez doctrinal y la lucidez que le son habituales (1. IV, c. 7, 8).

Sin embargo, yo existo, yo poseo un ser. Este ser tiene una extensión y unas formas; obra, y transforma la materia; es libre: quiere o no quiere; su entendimiento le da conciencia de todo el universo, su genio puede sacar a luz maravillas. ¿No es nada todo esto?

Es algo. Pero en comparación con Dios ese algo es tan vano, tan efímero, que la Escritura lo llama «una casi-nada», tamquam nihilum ante te (Salm. 38, 6), un ser que no cuenta. Ahí se esclarece el dicho de San Pablo: «¿Qué tienes que te distinga? ¿Qué tienes que no hayas recibido?» (I Cor. 4, 7).

Consideraré mañana esta verdad espantosa, esta conclusión rigurosa que se impone al alma entera y determina la voluntad. La humildad es, en efecto, más que una convicción: es una virtud operativa. Tenderé a la humildad práctica con la consideración de mi nada: 1° nada de ser; 2° nada de acto.

I. La nada del ser: no soy nada

Nuestro Señor dijo a Santa Catalina de Siena: «¿Sabes tú, hija mía, quién soy Yo? Serás dichosa si lo sabes. Yo soy Aquel que es; tú eres lo que no es.»

Dios es el ser en toda la plenitud de la palabra; tal es el nombre que Él se da: Yo soy Aquel que es» (Ex. 3, 14). En cambio, yo soy la nada en todo su vacío, y éste es mi nombre. «Mi sustancia es una especie de nada; *substantia mea tamquam nihilum*» (Sal. 38, 6).

Antes de la Creación, yo no existía ni en el más remoto de los elementos. Hace mil, cien años, era yo una mera posibilidad; cualquier cosa habría podido impedir mi entrada en la existencia

Un día, aparecí en la tierra. Precediéronme muchos siglos, y otros muchos me seguirán, sin duda. En esta duración lleno unas horas breves y fugaces. Después se cerrará sobre mí el silencio, como un agua profunda engulle la piedra que por un instante onduló en la superficie.

El ser que poseo es la fragilidad y la misma inconsistencia, un vapor que se eleva y al punto se desvanece. Con gran acierto dice Santiago: «Vosotros no sois otra cosa que un vapor, que aparece un instante y luego desaparece» (Sant. 4, 14). Mi ser es un polvo vivificado: «Recuerda, hombre, que eres polvo y que en polvo te convertirás»¹.

A la luz de la verdad pura, lo que en mí se vería, tanto en la materia de mi cuerpo como en la sustancia de mi alma, sería una nada sostenida doquiera por la virtud creadora. Suprimamos por un instante este soporte, necesario aunque invisible: mi ser desaparecería, desvaneciéndose como el humo en el aire, sin dejar rastro alguno. «He sido reducido a la nada y privado de inteligencia» (Salm. 72, 22).

«¡Oh nada desconocida, oh nada desconocida!», repetía en éxtasis la bienaventurada Angela de Foligno. Grito de profunda verdad, resumen de las grandezas irrisorias del hombre, pero también punto de apoyo de los sentimientos más intensos, más elevados y más dignos de Dios.

Si yo soy la nada, ¡oh Señor!, Tú eres el Ser; si yo soy nada, Tú eres todo. Esta doble visión forma, por su contraste, el ritmo de los cánticos del cielo. Bajo las luces de lo alto, la condición de los bienaventurados aparece semejante a la mía; pero su humildad es mi afrenta, a la vez que mi lección. La gloria hace resplandecer, sin cesar,

1

 $^{^{\}rm l}$ El libro do Job dedica a la nada del hombre unas páginas repletas de fórmulas expresivas.

ante sus ojos la verdad de su nada, mientras que mis múltiples miserias sirven para oscurecerla ante los míos.

II. La nada del acto: yo nada puedo

Mis actos son de la misma naturaleza que mi ser. Mi ser subsiste, y no veo la potencia creadora que lo sustenta. Obro, y tampoco veo la potencia que me anima. Paréceme que mi actividad me pertenece por entero.

Muevo la mano o la cabeza, organizo un negocio, hallo una solución, pienso, elijo, amo. Pues bien: todo cuanto hay de positivo en mis actos se debe a la acción de Dios más que a la mía.

Y no puede ser de otro modo: opónese a ello la naturaleza de las cosas. Dios, que todo lo puede, no puede otorgarme la facultad de realizar fuera de Él un acto positivo: esto sería convertirme en creador. Consecuencia que abruma por su misterio, como deslumbra por su verdad; consecuencia que invade el santuario mismo de mi libre albedrío.

En la resolución que tomo de hacerme humilde y que, al parecer, me pertenece por completo, pues está en mí no tomarla, Dios obra mil veces más que yo; mi participación no se halla sino en la adhesión a su influencia, que a ello me invita.

Y si en el fondo de esta adhesión quiero buscar el porqué de ella, la fuerza que me impele a la misma, también encuentro a Dios. Para explicar cómo, a pesar de esto, permanezco libre, me es fuerza decir: «Yo siento que soy libre, y que Dios es bastante poderoso para respetar mi

libertad en sus condiciones esenciales, sin dejar de llenarla hasta su efecto postrero»¹.

Si obro el mal, la acción de Dios, obedeciendo las leyes generales de una sabiduría superior, presta su concurso a todo cuanto, acá como allá, es un acto positivo; ella me acompaña aun en el momento en que, alejándome del orden, me sustraigo a su influencia.

El mal es una quiebra de la que yo soy responsable. Desvío la acción de Dios; la fuerzo a extraviarse e impido, así, que logre el fin que debía conseguir.

¡Ah, Señor! ¡Qué vana y ridícula es, pues, la complacencia en mis cualidades, aun en las más reales! ¡Qué temeraria la confianza en mi voluntad, por firme que sea! ¡Qué injusta la apropiación que hago del bien que por mí se lleva a cabo! ¿Cómo creer en mí? ¿Por qué he de preferirme a los demás?

El simple velo de lo creado recubre toda esta nada. Este velo es muy tenue, y mil accidentes pueden levantarlo; pero ello es suficiente para que no me engañe a mí mismo. Es también muy transparente; pero yo no presto atención, no miro lo que tras él se oculta. Sigo atribuyendo realidad absoluta a todos estos actos contingentes y cimentando en ellos mis pretensiones.

Señor, Tú que ves y escudriñas las entrañas y los corazones ², ¿qué debes pensar de este ciego? Ten compasión de él; ábrele los ojos, y haz surgir la aparición de tu infinito frente a su deleznable pequeñez, avergonzado de un pasado orgulloso.

70

 $^{^{\}rm l}$ Dios no nos determina. Nosotros conservamos realmente la facultad de elegir. Es ésta una verdad tan cierta como misteriosa.

² Gén. 16, 13; Salm. 7, 10; Jer. 20, 12.

Esta visión me infundirá serenidad, así en los éxitos como en los fracasos. ¿Vale la pena de agitarse tanto? Ella me elevará a la alta sabiduría que sitúa las cosas bajo la luz verdadera y con su proporción exacta. ¡Benditas sean las amplias sombras de la nada que hacen resaltar el brillo del Ser que lo es todo! El conocimiento de mi vida debe disponerme admirablemente a la contemplación.

¡Sí: yo veré al Infinito envolviéndome por doquiera! Me perderé en él, y allí dejaré mi orgullo; caeré de rodillas y saborearé estas palabras: «¡Mi Dios y mi todo!»

SEGUNDA MEDITACIÓN Necesidad de la gracia

Preparación para la víspera

La meditación anterior proyecta toda su luz sobre la meditación de mañana. Si nada soy en el orden de la naturaleza, ¿qué seré en el orden de la gracia? Esta no me es debida; si se me da, no forma nunca parte de mi sustancia; es un ropaje divino del que puedo verme despojado a cada instante.

Por otra parte, si la vida natural necesita, aun en los actos más insignificantes, el concurso de Dios para todos sus movimientos, ¿qué diremos de la dependencia en que me pone el ejercicio de una vida sobrenatural, cuyos actos participan, todos por igual, de lo divino?

La gracia no es, como creen erróneamente muchos cristianos, un complemento de fuerza; es nada menos que el primer principio de todo acto sobrenatural, y aun de

aquellos actos que un prolongado hábito o una progresión personal hacen sumamente fáciles.

Sondeando mi vida y mi situación desde este nuevo punto de vista, no dejaré de considerar que aquí, por lo menos, mi dependencia se debe a mi grandeza; mi vida sobrenatural es esencialmente vida dependiente, porque participa de la vida misma de Dios y porque sólo Dios la puede ejercitar.

Esta condición es de tal modo la mía, que me acompañaría en la misma eternidad. Allí, Dios seguirá siendo el principio de todos mis actos. ¡Deliciosa dependencia! Dios es quien se hará adorar, amar y alabar por sus elegidos en una unión inefable, cercana a la unidad.

Alentado mi corazón con esta esperanza, meditaré mañana sobre la necesidad de la gracia: 1° necesidad de la gracia actual, en general; 2° necesidad de la gracia preventiva; 3° necesidad de la gracia concomitante.

I. Necesidad de la gracia actual, en general

En el orden sobrenatural la incapacidad del nombre es absoluta. La gracia actual le es indispensable para la obra más sencilla, como para la más difícil. «Nadie puede decir meritoriamente: Jesús es el Señor, sin el Espíritu finto» (I Cor. 12, 31).

He aquí una verdad que he oído expresar a menudo y que ha pasado al estado de fórmula admitida; la Iglesia hace de ella un artículo de fe, y yo la creo firmemente sin haber medido, tal vez, todo su alcance.

Para conseguirlo, puedo situarme en un punto elevado que domine todo el conjunto y escoger como sujeto de mi observación un cristiano perfecto, un religioso, un sacerdote Él ha conservado la inocencia bautismal, ha servido a Dios con fidelidad constante. Helo aquí lleno de méritos, de virtudes y de fervor. Sus méritos han aprontado a su gracia santificante maravillosos aumentos; sus virtudes han domeñado la naturaleza por completo; su fervor pone en actividad todos los resortes de su amor.

Helo aquí capaz, en el fondo, de todos los heroísmos. Con todo, sin una gracia actual inmediata, no está en condiciones, por santo que sea, de pronunciar meritoriamente el nombre de Jesús.

«El ojo mejor conformado, dice San Agustín, no puede ver nada sin ayuda de la luz; el hombre más santo no puede obrar bien sin la divina ayuda de la eterna luz de la gracia».

II. Necesidad de la gracia preventiva

He aquí un harpa absolutamente afinada; cabe decir que contiene hasta lo infinito melodías latentes; sin embargo, para producirlas, necesita en todo momento la mano del artista. Estaba inerte y silenciosa; se la pulsa, y al instante vibra.

De modo semejante, el alma vibra al impulso de la gracia; en el origen de todos sus actos sobrenaturales hay la acción de la *gracia preventiva*. Esta sugiere la idea, el deseo, el despertar de la actividad, y suscita el querer.

En este querer, determinante del acto, se encuentra también la gracia actual que lo impregna misteriosamente, sin privar de su cometido a la libertad humana. Quiero, y es Dios, más que yo, quien quiere conmigo. El harpa del mayor maestro, dócil instrumento de sus más bellas inspiraciones, abandonada a sí misma, es tan incapaz de producir el más elemental acorde como otra harpa cual-

quiera. Es inerte; permanece muda. Tal es, tal permanece, sin la gracia, el alma perfecta de un santo.

La cuerda del harpa pulsada por el artista entra en vibración. Así también, el alma del justo, solicitada por la gracia, inicia un acto sobrenatural. La intensidad del sonido —aquí la intensidad del acto— no puede rebasar la fuerza del impulso recibido. A tal movimiento, tal efecto. El alma, al asociarse a él, nada aporta ni añade, al igual del harpa.

¿Qué parte me compete? Si coopero, si me presto, hago mío el impulso recibido. En realidad, se trata de una nada de la que Dios hace algo.

III. Necesidad de la gracia concomitante

Hay un aspecto bajo el cual mi impotencia parece más completa que la del harpa. Esta, puesta en movimiento, prolonga sus vibraciones. El alma, movida por la gracia, se detiene en su acto sobrenatural si la gracia no continúa con ella su acción bajo el nombre de *gracia concomitante*.

He comenzado, por ejemplo, un acto de amor de Dios; mis labios van a terminar la fórmula; mas, si la gracia se detiene, mi fórmula prosigue, pero permanece vacía.

¿No puedo, pues, atribuirme nada como propio? ¿Ni siquiera una volición, un simple deseo? Nada: esto sería contrario a la fe.

¿No podré, al menos, merecer este deseo y conquistarlo, con toda justicia, por el esfuerzo natural de la razón y de la voluntad? De ningún modo: esta pretensión sería contraria a la fe.

Dejadme, al menos, una parte, por insignificante que sea. ¿No dice San Pablo: «No soy yo solo, sino la gracia de Dios conmigo»? (I Cor. 15, 10). Luego estoy ahí; tengo mi

parte en ese acto sobrenatural. Sí; pero esta parte es de tal condición, que no puede envanecerme; de lo contrario, no habría dicho S. Pablo: «¿Quién te discierne?» (I Cor. 4, 7). De Dios he recibido aun aquello que hago libremente, y hasta aquello merced a lo cual obro libremente. «Dios es quien obra en vosotros, dice el Apóstol, el querer y el obrar» (Filip. 2, 13).

Si es verdad que soy un ser creado, lo es también, y con todo rigor, que sigo siendo un ser que lleva la nada en su actividad como en su sustancia¹.

¿No debo asombrarme, pues, de sentirme orgulloso? ¿No he de reconocer la mentira y la injusticia de este vicio? ¿Y no he de comprender, asimismo, que en la base de todo acto y de toda virtud es indispensable la humildad? Su necesidad no es una necesidad moral, sinónima de suma conveniencia, sino una necesidad absoluta. Como participa de la necesidad de la gracia, tiene sus mismas exigencias.

Dios tiene el deber de exigir de mí la humildad, porque tiene el deber de mantener el orden absoluto de las cosas. No tiene derecho a permitirme un átomo de orgullo. Me haré muy pequeño en su presencia; me mantendré sumiso y dependiente; gustaré de postrarme en la adoración más profunda, no sólo en el templo sino también en secreto de mi mansión. Tal es la actitud que conviene. Si he de renunciar a ella ante los hombres, conservaré al menos una

¹ No nos proponemos, en estos ejercicios, discutir las opiniones teológicas sobre la conciliación de la libertad humana con los designios de Dios. Ver el *cómo* no es necesario. No vemos, ciertamente; pero sabemos, y nuestras razones de creer son ciertas. La acción de Dios creadora es un misterio, y este misterio se extenderá siempre a su acción providencial e ininterrumpida sobre las criaturas.

viva impresión de abajamiento que servirá para moderarme.

TERCERA MEDITACIÓN Necesidad de gracias especiales

Preparación para la víspera

Mañana abordaré un tema, espantoso para la razón pero decisivo para la humildad. Veré cómo, sin unas gracias especiales, que en modo alguno me son debidas, soy incapaz de resistir a ciertas tentaciones; y cómo, si sucumbiese, soy incapaz de levantarme sin la ayuda de aquéllas. Más aún: la simple perseverancia en la vida piadosa depende por completo de dicha ayuda. Y no sólo yo, pobre e imperfecto, he de sobrellevar una condición tan dura; hasta el más santo de los hombres que hay en la tierra está sometido a ella y, al par de mí, debe deplorar tamaña miseria.

¡Ah!, si yo la sintiera como un San Felipe Neri, que todas las mañanas repetía gimiendo esta súplica: «¡Dios mío!, no te fíes de mí; conténme y guárdame, porque, sin Ti no hay falta que no sea capaz de cometer mies que llegue la noche». Semejante temor, aun en él, era absolutamente fundado; un seto de orgullo, por ejemplo, al privarle de unas gracias especiales, tal vez le habría hecho sucumbir.

¿Puedo sentir una impresión parecida de temor saludable? ¿Cabe en mí experimentar sentimiento cada vez más vivo de la necesidad de Dios? ¡Ah!, me propongo aspirar a ello, meditando mañana estas dos verdades: 1ª la perseverancia en el bien exige gracias especiales; 2ª la humildad obtiene estas gracias.

I. La perseverancia en el bien exige gracias especiales

El hombre está seguro de recibir todas las gracias que necesita, pero no lo está de su correspondencia a ellas. Requiérese para esto un auxilio especial, que en rigor no se debe a nadie. Este auxilio consiste en la intensidad o1a oportunidad de la misma gracia: ¡triste condición derivada de la culpa de origen.

El Concilio de Trento declara: «El hombre en estado de gracia no puede perseverar en tal estado sin una asistencia especial de Dios¹. Hay que ponderar cada una de estas palabras.

1° Trátase del hombre en estado de gracia, es decir, del hombre que posee la vida sobrenatural, del hombre que tiene derecho a las gracias ordinarias. ¿No parece que tiene ya todo cuanto le falta para alcanzar el fin? No; no lo tiene, dada su fragilidad.

2° Trátase de cualquier hombre, aunque sea un santo. ¡Cómo!, ¿un santo no tendrá, al menos, un derecho estricto a tales gracias? De ningún modo.

3° Trátase no de perfeccionarse o elevarse en la vida sobrenatural y en la unión con Dios, sino simplemente de perseverar en ello. ¿No puedo, pues, permanecer como soy y conservar lo que tengo si así lo quiero con todas mis fuerzas? No; pues sin un auxilio especial, puede faltarme esta voluntad.

4° Trátase de una verdadera imposibilidad de hecho. El Concilio no dice: dificultad, gran dificultad; sino *imposibilidad*.

¹ Si quis dixerti iustificatum, sine speciali auxilio Dei, in accepto iustitia perseverae posee.., anathema sit (Scss. 6 can.12)

Conviene recordar las siguientes verdades teológicas: para perseverar durante un considerable lapso de tiempo, hace falta una gracia especial. Para perseverar en ocasiones de grandes peligros, se necesita una gracia parecida. La brevedad de la vida es, a menudo, un don especial. La elección favorable del momento de la muerte es siempre una gracia singular.

¡Dios mío! Quizás me restan aún muchos años de vida. Me perderé si no obtengo tu gracia especial. ¿No sobrevendrá, en un momento imprevisto, un peligro grave? Sucumbiré a él si no recibo de Ti una gracia especial.

¡Dios mío!, puedo serte infiel en la edad madura, en la vejez, en mi día postrero; puedo pecar gravemente y, privado de una gracia especial, ser sorprendido por la muerte.

Si por el pecado mortal pierdo la vida del alma, nada tengo en mí que me constituya capaz de recobrarla; nada puedo hacer para merecer estrictamente que Dios me la devuelva; ni siquiera podría disponerme por completo a ello y orar lo suficiente para conseguirlo, sin una gracia especial.

¡Dios mío!, hazme sentir con fuerza lo que es vivir así a tu merced; infúndeme la decisión de mantenerme ante Ti en actitud de absoluta dependencia y de evitar la peligrosa y criminal actitud del orgullo.

II. La humildad obtiene gracias especiales para la perseverancia y la salvación

Agitado mi espíritu y abatido mi corazón, lanzo a todas partes angustiosas miradas. Mi condición aparece a mis ojos desoladora; la causa de ello es el pecado. No puedo

contar conmigo; nada puedo exigir de la justicia divina. ¿Me encuentro, pues, ante un problema insoluble?

No, porque lo resuelve la misericordia. Esta se vuelca sobre mi indignidad, y la contempla con ternura, como una madre. Hace oír a mi abatimiento las más inesperadas promesas: perdón, socorro, gracia y amor, todo está a mi alcance.

Pero los compromisos que ella contrae son sagrados; constituyen todo un *orden de misericordia*, tan formal como el orden de la justicia.

Si el régimen de la justicia tiene sus leyes, tiene las suyas el de la misericordia, y estas leyes resultan de su condición misma.

En el reino de la justicia la condición es el derecho; en el reino de la misericordia la condición es la *humildad*. Si me hago humilde, si me tengo en todo como impotente por naturaleza, si me guardo de menospreciar a los demás, si oro, cumplo mi ley; y Dios fiel a sus compromisos, cumple la suya. A pesar de mi miseria, me ama, me protege y me da su gracia. Lo que no podría exigir de su justicia, lo recibo infaliblemente de su misericordia.

Misericordia y humildad son dos términos correlativos. La miseria es un abajamiento, como la humildad. Pero la miseria nace de nuestra condición, al paso que la humildad proviene de nuestro querer. La misericordia ama sólo a la miseria que se humilla, y la salva.

Ahora comprendo por qué los Santos atribuyen a la humildad el don de la perseverancia. Si soy humilde, me mantengo en el orden, que es la *sumisión* universal. ¿Osaré distinguir entre las querencias de Dios y rechazar las que no obligan bajo pena de pecado? ¿Murmuraré frente a los deberes arduos o a las circunstancias penosas?

Si yo no debo rigurosamente a Dios ciertos grados de sumisión, tampoco me debe Él determinadas gracias de preservación.

Si soy humilde, siento la necesidad del auxilio divino, y oro. El oficio de la *oración* se muestra aquí con toda su claridad. Por ella obtendré lo que por mí mismo no podría tener ni merecer condignamente. Cuanto más sienta el peso de estas verdades abrumadoras, tanto más me sentiré impulsado a orar.

¡Con qué ánimos repetiré este clamor de la sagrada liturgia: «¡Oh Dios, ven a socorrerme!, Deus in adiutorium meum intende» ¡Sal- 69, 2). ¡De qué estremecimiento me sentiré sobrecogido cuando exclame: «No nos sejes caer en la tentación»! ¡Cómo invocaré, juntas las manos, a todos aquellos que pueden interceder por mí: a los Santos, a los Ángeles, a María! ¡Qué acento de fe pondré en esta fórmula todopoderosa: «Te lo pedimos por Jesucristo Nuestro Señor»!

La gracia que imploro en este momento, gracia de las gracias, es la de llegar a ser humilde. La pediré sin descanso; y para conseguirla, emplearé los abajamientos de la Cananea. Quiero ser humilde, porque quiero salvarme.

CUARTA MEDITACIÓN Peligros de mi condición

Preparación para la víspera

La meditación de mañana será como una demostración de la anterior. Un análisis de mi condición con respecto al bien y al mal, me mostrará la suma fragilidad de las fuerzas personales que sostienen mi perfección espiritual y el temible poder de las causas adversas que trabajan por derribarla.

Derramando viva luz sobre las flaquezas y los peligros de mi situación harto precaria, esta meditación me hará ver de una manera más impresionante la necesidad de gracias especiales. Así la convicción razonada se añadirá, mañana, a la impresión producida por la estremecedora meditación de hoy.

Aplicaré toda mi intención a este examen, no para cimentar una verdad de fe en razonamientos, sino para desenvolver la luz en ella contenida. Estudiaré: 1.° los peligros de mi libertad y de mis malas inclinaciones; 2.° los peligros del mundo, el demonio y las circunstancias.

¡Dios mío!, si te debo mi salvación, ¿es de extrañar que te ame? Si siento mi total impotencia, ¿es de maravillar que me confíe a Ti? Cuanto más se ensanchan ante mis ojos los límites de mi miseria, tanto más veo dilatarse tu misericordia hasta el infinito. Ante ella vuelco yo todas mis flaquezas, exclamando: ¡Piedad, Padre mío!»

I. Peligros de mi libertad y de mis malas inclinaciones

1° La obra de mi perfección y mi salvación misma corren gran riesgo, por la naturaleza de mi libertad, frágil instrumento con —ya ayuda he de labrarme mi eternidad feliz: desgraciada.

La siento: vacila y se muda a menudo. Agítanla las diversas impresiones que se suceden; ¡depende tan profundamente de los motivos que la impelen! Situarme bajo sanas opresiones, aterrarme en móviles saludables, tal es el principal medio de gobernarme.

Si mi libertad es imprudente en la elección, si se retrasa por flaqueza bajo influencias adversas, hela arrastrada al mal. Tras una vida entera de fidelidad, mi libertad sigue siendo esencialmente defectible.

¡Dios mío!, ¡con qué alegría te devuelvo mi libertad, la someto a tu dominio y la confío a tu misericordia! Tómala, gobiérnala, sosténla y, si ello es preciso, resérvale tus inagotables perdones. Hablar así, Dios mío, ¿no es empezar a ser humilde?

2° Entre las funestas influencias que tuercen mi libertad hacia el mal ocupan el primer lugar mis aviesas inclinaciones. Inherentes a mi ser, una simple falta de equilibrio las desata. Disimúlanse bajo mil apariencias de bien; son temibles aunque se adormezcan, porque su despertar suele encontrarme confiado en mí mismo, y, por consiguiente, desarmado.

Quiéralo o no, viven dentro de mí. Si las fomento se erigen en dueños; si las combato, siguen siendo una influencia latente que trabaja sordamente.

La experiencia demuestra que las inclinaciones del hombre tienden más al bien que al mal. Sólo los sofistas pueden afirmar que el hombre quiere siempre fundamentalmente el bien. Lo quiere, en efecto; pero de una manera indeterminada y confundiendo a menudo el bien verdadero con su propio bien. Déjase engañar por las apariencias cuando coloca su bien únicamente en el placer, que se le antoja inmediato. Esta tendencia descarriada actúa sobre la libertad por la ilusión y el atractivo.

¡Qué motivo de espanto si adentra uno la mirada en sí mismo! Para proyectar más luz sobre este tema hagamos una suposición: no hay ya infierno que temer ni Dios a quien amar; no hay ya reputación que salvaguardar ni inconvenientes que precaver. ¿Cuál sería entonces mi vida, y hasta dónde llegarían mis excesos?

Mi vida estaría exactamente a tono con mis instintos si éstos no fuesen reprimidos. Ahora bien, esas inclinaciones existen y por desgracia forman parte de mi propio ser.

Si a estas fuerzas nativas suman los hábitos sus energías, ¡qué tiranía! La libertad se encuentra entonces esclavizada y sin amparo; el horror al mal no le prestan ya sus repugnancias instintivas; las perversas inclinaciones acrecentadas la arrastran como un torrente y la conciencia de las debilidades pretéritas la priva enteramente de valentía. ¡Cuántos hábitos funestos, quizá despóticos, se han formado tras numerosas derrotas!

¿Quién arrancará de la muerte a esta víctima? Sólo la misericordia de Dios. ¿Quién moverá a Dios a ejercitar su misericordia? La humildad. Consta de muchas almas que, aun en medio de sus caídas, se han arrojado en la humildad, como en un lugar de refugio, y la misericordia no las ha rechazado.

II. Peligros del mundo, del demonio y de las circunstancias

1° El mundo, aquel que el Salvador maldijo y llamó «Mundo de los escándalos» (Mat. 28, 7), me envuelve como el aire y me impregna de ponzoñas como una peste impregna de sus microbios.

Nada actúa tan poderosamente sobre el hombre como la conducta de los demás. Se admite por instinto que es lícito hacer lo que todos hacen; y frente a tal persuasión se estrellan todos los razonamientos

Los Santos saben cuál es el poder del demonio y cuál su actividad. «Vuestro adversario, el demonio, dice San Pedro, da vueltas como un león rugiente buscando a quién devorar» (I Pedro, 5, 8). Y San Pablo encarecía a los Efesios que «se revistieran de la armadura de Dios para defenderse de las maquinaciones del diablo» (Ef. 6, n). ¿No es aún más fatal su influencia sobre los que no la advierten?

Pero yo no puedo abandonar el mundo ni sustraerme al demonio. El espíritu del mundo me reblandece; la astucia del demonio acecha el momento propicio. Cómplices de mis inclinaciones, ¿no pueden, acaso, coadunar sus fuerzas para arrastrar mi libertad incauta? ¿Qué será de mí si mi orgullo, enajenándome el corazón de Dios, me entrega inerme a tales adversarios?

2° Hay circunstancias en las que sucumbiré con certeza, aunque libremente. Dios las conoce todas, sin exceptuar las más temibles; mide el grado de resistencia que puedo oponerles y sabe que, en tal o cual caso, este grado, de suyo suficiente, será reducido a impotencia por mis propios desfallecimientos.

Estos casos angustiosos, ¿dejará Él que se produzcan, o los evitará? Una vez entablada la lucha, ¿acudirá en mi auxilio o permitirá mi caída? Este es el secreto de su libre voluntad.

Pero si Él aleja el peligro o fortalece la resistencia, me da una gracia que no me es debida. ¡Cuán abrumadora es mi dependencia!

Dios mío, Tú conoces la concurrencia de todos los acontecimientos; prevés los días de ocios enervantes en los que el alma se abandona; llevas la cuenta de los relajamientos continuos que distienden los resortes de la

voluntad. Antes de enviar un auxilio especial, echas una mirada sobre las disposiciones del alma que está en peligro. Si la ves humilde y sumisa, le alargas la mano y queda saltada. Si la ves altiva y orgullosa, apartas de ella tu rostro, y está pérdida.

¡Oh Dios y Padre mío!, no tengo miedo te Ti; lo tengo de mí, y sólo puedo ahuyentarlo refugiándome en el seno de tu misericordia. Sí, ahí quiero entrar para no salir más. Ahí estudiaré con amor las leyes beneficiosas; ahí aprenderé a hacerme manso e indulgente para con los demás como Tú lo eres conmigo; a no reclamar que se estime en algo mi valer y a dejar para Ti la gloria del bien que, por otra parte, no me pertenece.

Aceptaré todas las penas de mi pobre vida, todos los olvidos, desdenes y desengaños y aun las más profundas humillaciones, como la acción combinada de tu justicia y tu misericordia, como el agente providencial de mi rehabilitación presente y mi grandeza futura.

¡Oh Dios y Padre mío! ¿No me has dado tu Hijo, Jesús? Con Él estoy seguro de Ti. Viviendo de Él, estoy seguro de mí. ¡Oh Jesús!, ven a mi nada; llénala, anímala. Juntos vivamos, juntos amemos y avancemos.

¡Oh Dios y Padre mío! Tú me haces sentir vivamente mi impotencia sólo para conducirme a tus brazos. Estar entre tus brazos y siempre sobre el abismo, ¡qué seguridad! Dependo de Ti, y me abrazo estrechamente con tu Corazón adorado.

QUINTA MEDITACIÓN Mis Faltas

Preparación para la víspera

Aquí piso terreno propio, puesto que el pecado me pertenece con propiedad estricta: es la única cosa en la que Dios no tiene nada que ver. Trátase de explorar seriamente esta desolada tierra, mi vida repleta de faltas, para apreciar cuánto valgo.

¿Alegaré que no soy yo el único pecador? No me pondré en presencia de Dios y diré con el Salmista: «Dios mío, contra Ti solo pequé (Sal. 5, 6), sin pretender excusar mi culpabilidad con la de los otros.

Por lo demás, ¿cuál es mi puesto entre los pecadores? Lo ignoraré hasta el día del Juicio. No es el número ni la aparente magnitud de las faltas lo que determina los grados de culpabilidad.

Más adelante consideraré qué actitud me impone la humildad ante los demás; al presente sólo debo examinar bien mis faltas, deplorables, para persuadirme de mi escaso valer y sentir muy bajamente de mi ante Dios y ante mi conciencia.

Meditaré: 1° la realidad de mis faltas; 2° lo menguado de mi valor, de mi dignidad y de mi ideal.

¡Dios mío!, ayúdame a conocerme a la luz la verdad; a juzgarme como me juzgarás Tú, sin la ilusión que puede velar la gravedad de mis yerros y sin la exageración qué no puede establecer nada sólido.

I. La realidad de mis faltas

¡Triste realidad la de mis faltas! He aquí la ocasión de renovar ante Dios mi confesión general, de hacer una dolorosa revisión de los de mi libre albedrío.

Dividiendo mi vida en períodos sucesivos, me detendré especialmente en lo que más predomina en cada uno. Echaré una cuenta aproximada de mis pecados, al menos de los más importantes. Si la pureza de mi imaginación no ha de sufrir merma, fijaré mi atención en las faltas más humillantes.

La abrumadora realidad de mi malicia se halla no sólo en el *hecho* de mis faltas, sino también en los *móviles*. ¿Por qué he pecado tanto? Los verdaderos móviles de mis faltas, los inconfesables, son siempre bajos; unos son singularmente viles, otros abominables. En realidad, he pecado para procurarme un placer.

Aun en mis acciones buenas ¿no he tenido intenciones viciadas? ¿No se inspiraron, por lo común, en el deseo de aparecer mejor de lo que soy?

No conocería por entero la real fealdad de mis faltas, si no tuviera ante los ojos su prolongada serie, en medio y a pesar de tantas *gracias* recibidas. La historia de mis ingratitudes es tanto más de lamentar cuanto que corre parejas con la historia de las divinas misericordias: educación cristiana, situación favorable, formación espiritual, misas y comuniones, gracias de piedad, oraciones a veces fervorosas, gracias de preservación, inspiraciones del Espíritu Santo, etc. ¿Qué sería de mí sin estas gracias?

¡Cuántas absoluciones recibidas y ¡ay ' seguidas de recaídas sin cuento! De no haber contado con la facilidad del perdón, quizá no habría pecado tanto. Dios mío, me confunde la bondad de tu Providencia, tan misericordiosa, tan sufrida y tan perseverante para conmigo, en medio de mis contumaces ingratitudes. ¡Ah!, comprendo muy bien el dicho del Salmista: «El Señor es misericordioso y compasivo; tardo en la ira y rico en bondad... No nos trata

como merecen nuestros pecados, ni nos castiga como merecen nuestras iniquidades» (Sal. 102, 8, 10).

¿Cuál debe ser mi actitud de hoy? La del arrepentido, ciertamente, pero aún más la del humillado que repite lleno de confusión: «Tengo siempre delante de mí mi malicia» (Sal- 50, 5). Han sido borradas mis faltas y quizá también sus efectos, pero el hecho ¡jamás!

II. Mi mengua de valor, de dignidad y de ideal

¿A qué han quedado reducidos, a causa de mis faltas, mi valor personal, mi dignidad, mi ideal?

1° ¿Qué tal han sido mi *valor*, mi firmeza de alma? ¿Qué estima, qué crédito puedo otorgarme? ¿Tengo verdaderamente algún derecho a fiarme de mí? Mi vida responde con una negativa.

Pasar por continuas alternativas de faltas, arrepentimientos y nuevas faltas ¿es dirigirse y poseerse? Sucumbir por una nonada, a veces sin resistencia, por el solo hecho de un poco de tiempo transcurrido y de una renovada ofensiva del hábito, ¿es ser dueño de sí?

He querido enmendarme, me he creído enmendado, y he aquí que he recaído. ¿Qué vale mi voluntad? ¡Cuántas veces me he dicho: esto es una insensatez! Y la razón, que veía la cosa clara, no ha sabido hablar bastante recio.

Algunas veces, un bajo instinto ha dominado hasta tal punto mi inteligencia, que la ha impelido a suministrarle justificaciones capciosas.

En realidad, el mal se ha adueñado de mi ser, y no tengo derecho alguno a engreírme ni a fiarme de mí.

2° Por lo que hace a mi *dignidad* personal, ¿se me debe honor? El honor está vinculado a la dignidad, la cual exige

que cada uno ocupe su puesto sin claudicar y se mantenga fiel a su palabra sin desmentirla.

¡Cuántas veces y hasta qué punto he envilecido mi dignidad de cristiano y tal vez de hombre! ¿No he introducido en las facultades de mi alma y en las disposiciones de mi cuerpo un principio de degradación?

El capricho, la pasión, el egoísmo, el, orgullo, ¿no han suplantado, a menudo, como móviles de ms actos, al noble amor del bien? ¡Y me creía digno de honra!

¿Lo es el que desmiente su palabra? ¿Cuántas veces he dado mi palabra a mi conciencia, a mi confesor, a Dios? Un solo caso de palabra desmentida bastaría para deshonrar a un hombre de mundo, ¡y yo no puedo contar el número de mis defecciones!

¿Qué decir de un quebrantamiento de mis propósitos convertido ya en costumbre y asociado al decurso de mi vida entera?

¿No he perdido, en verdad, toda dignidad personal? ¿A qué honor puedo, pues, aspirar?

3° Cuanto a mi *ideal*, ¿en qué situación me encuentro? Mi ideal, he aquí mi historia posible, escrita por la bondad de Dios. Era la suma de dones que gradualmente me habían de ser brindados si hubiese sido fiel. Era mi personalidad acrecentándose de continuo y mi destino embelleciéndose más cada día.

¡Cuán otro ha sido mi estado! Gracias no correspondidas, esfuerzos rehusados, disminución por doquiera. A cada perdón, plan remozado con misericordia, pero sobre bases menos amplias y, a la postre, desvirtuado por continuos desfallecimientos

Contemplo a Dios trabajando porfiadamente en restaurarlo, y me contemplo a mí trabajando tenazmente en destruirlo.

El ideal realizado habría sido la belleza, la elevación de mi ser. ¿Qué hice de todo ello, y qué soy ahora? Fealdad, bajeza, un verdadero contraste. La acción de Dios sobre mi ha disminuido gradualmente; ha palidecido su imagen, se ha extinguido su alegría.

¡Ah!, no tengo otro refugio que la confusión, la confesión, el arrepentimiento y la humildad más sincera. ¡Oh Dios magnánimo!, no sabrías herir al que se humilla, rostro en tierra. ¡Oh Dios compasivo! Tú te enterneces ante el pecador que confiesa sus caídas, como un mendigo cubierto de harapos, porque reconoces en él los rasgos visibles, aunque deformados, de Jesús, tu Hijo amado. ¿Permitirás que su Sangre se pierda para mí? ¿No te compadecerás de su gloria? Esta será pura y grande si de un ser miserable como yo forjas una criatura nueva, recta, fuerte, generosa y verdaderamente humilde.

Aleja de mi futuro toda falta, Dios mío, y no me dejes sino una intensa impresión de mi bajeza, para que me acompañe en mis progresos personales y en los triunfos de mi celo; para que estimule sin cesar mi gratitud, mi anhelo de reparación y mi amor, fruto divino de tu misericordia y delicias de mi arrepentimiento.

SEXTA MEDITACIÓN En presencia de los Santos

Preparación para la víspera

Mañana contemplaré las virtudes de los Santos y las infinitas perfecciones de Dios. ¿Por qué? Para sentir la más viva impresión de mi insignificancia y también para sacudir mi indolencia, pues la humildad que abate las falsas pretensiones excita el valor.

Haré desfilar ante mis ojos y en sus pormenores la superioridad de los Santos, de sus virtudes, sentimientos y obras, y al mismo tiempo —y con la misma mirada—consideré mis virtudes, mis sentimientos y mis obras. Si quiero atribuirme algún valor, si aspiro a un aprecio singular, no he de compararme a los hombres más miserables, sino a los más virtuosos, a los Santos.

A la vista de su superioridad, el alma puede experimentar dos sentimientos: el de cobardía, que le mueva a renunciar al intento de elevarse muy por lo alto, y al de una emulación vacilante, que le haga repetir con San Agustín: «¿Por qué no he de poder yo lo que pudieron éstos?» Pediré a Dios el don de la humildad, que, enteramente abatida frente a la abrumadora grandeza de los Santos, se yergue y se lanza en pos de ellos y, llena de confianza, exclama con el Apóstol: «Todo lo puedo en Aquel que me conforta.»

Evocaré, luego, los infinitos esplendores de Dios, para extinguir en su deslumbramiento los vanos fulgores de la propia estima. Comparados con las perfecciones divinas, mis defectos y mis fealdades me sumirán en una confusión que, no contenta con anonadarme en presencia de Dios, me dispondrá a no ensoberbecerme en presencia de los hombres.

I. En presencia de los Santos

1° Contemplo, en primer lugar, a un santo apóstol, que puede llamarse Pedro, Pablo, Andrés, Juan, o con otro nombre. No es dueño de sí: el Espíritu de Dios le posee y gobierna; su celo se extiende al más vasto imperio y desciende hasta el más pobre esclavo. Las fatigas, las persecuciones, la amenazante espada, no logran sino estimularle: los humillantes azotes le regocijan. Acompáñanle los milagros, y las multitudes se postran a sus pies. Muere, y es sepultado en la humildad: la época y el lugar del martirio suelen ser ignorados.

¿Qué es de mi celo, de mi valentía, de mi abnegación, de mis conquistas divinas, de dones personales? Los miro con piedad, y me llena de confusión mi orgullo. ¿No acepto por ventura, elogios? ¿No me glorío de lo poco que hago? Medirme con un santo apóstol es medio muy seguro para ser probamente humillado.

2° He aquí ahora, la *virgen mártir:* santa Lucía, santa Inés, santa Águeda, u otra. No amó sino a Jesús y le amó con pasión casta. Su alma es un cielo repleto de pura y suave luz; no hay en él sombra alguna de pensamiento menos recto; el amor ha ido en aumento, sin dejar espacio a los ensueños de los sentidos.

Pertenecer a un ser mortal es cosa que ella no aceptará jamás. Inclina, sonriente, la cabeza bajo la mano del verdugo; morir es ser de Jesús. «¡Qué hermoso es este noble linaje en su pureza deslumbrante!» (Sal. 4, 1).

Frente a esta pureza, a esta paz, a este amor tierno, ¿qué es mi vida? Imaginaciones irnpuras, sueños insanos, tormentos, luchas, todo un pasado que en parte se me escapa y del cual Dios se acuerda. ¡Ah!, no puedo

envanecerme de mi virtud, conservada o recobrada, pero siempre imperfecta.

3° Evoco a un *anacoreta* en el desierto: San Antonio, San Pacomio, San Hilarión. Olvido y silencio en torno de él; la mirada de Dios es la única luz de sus sendas; está casi siempre en oración; su sueño y su alimento se reduce a lo indispensable para no morir; espantosas mortificaciones afligen cada día su cuerpo.

¡Y yo me veo rodeado de todas las comodidades de la vida! ¡Qué irrisión, si se me tiene por hombre mortificado! ¡Qué bochorno, si soy yo quien se lo imagina! ¡Cuán fácil es verme pequeño y hacerme humilde!

4° ¿Voy a compararme a un *santo doctor* de la Iglesia: a un San Agustín, a un San Ambrosio, a un San Juan Crisóstomo, a un Santo Tomás? Su ciencia es tan vasta, que aún nos asombra; su influencia recorre los siglos y da testimonio de su alto valer.

Y yo ¿me envaneceré de mi ciencia, quizá sin fondo y sin mérito, ciencia asaz limitada y que, por lo demás, se encuentra en infinidad de libros? ¿Y me holgaré neciamente al ver que mi influencia no se ejerce más allá de cien pasos?

5°Llego a los santos contemplativos: a un San Francisco de Asís, a una santa Catalina de Siena, a una santa Teresa de Jesús. ¡Qué ascensiones espirituales, qué vuelos hacia Dios! Y en sus inefables abrazos ¡qué amor., qué unión! Pureza y lucidez de las facultades mentales, abrasamientos de las facultades afectivas, sumo desasimiento, maravillosa eficacia de los favores celestiales..., todo esto brilla en esas almas que, en cierto modo, se han fundido y moldeado en el corazón de Dios.

A la luz ele estos esplendores místicos, ¡cuán tosco y deslustrado me veo! ¡Qué son mis oraciones, y qué efectos producen? ¿Cuál es mi unión con Dios? Mi amor ¿se torna cada día más puro, más elevado, más íntimo, más ardiente, más comunicativo?

6° Puedo evocar, todavía, a los *santos ignorados*, que han pasado por el mundo trabajando, orando y padeciendo. Obraron el bien tan apaciblemente, que no se percibió ruido alguno en derredor suyo. Sólo Dios ha conocido las gracias que derramó por intercesión de ellos.

¡Cuánto heroísmo en la vida de unos hombres pobres y de unas mujeres humildes en incesante lucha con dura existencia! Se les veía tranquilos y se les creía dichosos; éranlo en efecto, pero de manera distinta. ¿Puedo en verdad, compararme con ellos?

II. En presencia de Dios

Una gota de agua comparada con el océano, un tenue fulgor comparado con el sol, tal es la santidad humana parangonada con la perfección de Dios. Los atributos divinos son unos abismos misteriosos en los que se pierde el pensamiento con una inquietud llena de pasmo. Dios mío, deja que presente mi pequeñez en contraste con tu majestad infinita, a la manera que un artista coloca un hombre al pie de un gran monumento cuya asombrosa mole quiere dar a conocer.

Tú eres la omnipotencia, y yo soy la infinita flaqueza; Tú eres la inmensidad, y yo ocupo en el espacio un punto imperceptible.

Tú eres la sabiduría, la paz, la armonía, la mesura, y yo soy el error, la turbación, el desconcierto y el desorden.

Tú eres la santidad pura, elevadora, completa e imperiosamente enemiga de todo mal: y yo soy el defecto, la ambición, el pecado.

Tú eres la inmutabilidad; lo que eres, esto eres siempre; lo que piensas y lo que quieres, esto mismo piensas y quieres eternamente En cambio, yo soy la inconstancia y la inestabilidad; mis impresiones y mis gustos son volubles como la nube pasajera.

Tú eres la hermosura sin sombra, sin tacha, sin ocaso. Todo lo que en la tierra nos seduce nos encanta y nos arrebata, no es sino un remoto reflejo de tu inefable belleza.

Azur y astros del cielo, raudales de luz que sembráis fulgurantes destellos, flores de primavera y mieses de estío, brisas y perfumes de la naturaleza, rumores de la selva y de las aguas, cantos de las aves y voces humanas, ¿qué sois? Un simple y diminuto reflejo de la hermosura de Dios.

El genio humano no es, asimismo, otra cosa que un reflejo de la inteligencia eterna; y su corazón, fuente de todas sus generosidades y encumbrado sobre todas las cosas por su amor, no es más que una chispa junto al amor infinito.

¿Qué soy yo, con mis espantosas miserias, comparado con las perfecciones de Dios? Compararme con Él, ¡qué inimaginable ridiculez! Cuando le ofendo, me pongo encima de Él, prefiriendo mi voluntad a la suya. ¡Qué injuria y qué locura!

Al final de esta meditación, ¿puedo de veras ignorar el monstruoso vacío del orgullo? Tras haber fijado mi mirada en los Santos y en Dios, a la vez que en mí mismo, ¿puedo negarme a abrir mi alma a las apremiantes invitaciones de la humildad?

Estas invitaciones no sólo me exigen un profundo desprecio de mí mismo, sino que, además me impelen a una noble emulación, al deseo de imitar a los Santos y al mismo Dios, pues Jesucristo dijo: «Sed perfectos, como es perfecto vuestro Padre celestial» (Mt 5, 48). ¿Qué le falta a la omnipotencia de Dios para hacer de mí un santo? Mucha humildad de parte mía.

TERCERA PARTE

Jesús humilde

ESTUDIO PREPARATORIO

¿Cómo haré las meditaciones sobre la humildad de Jesús?

Haré estas meditaciones con respeto: Jesús es Dios; con docilidad: Jesús es maestro; con confianza: Jesús es bueno.

Jesús me llama para formarme por Sí mismo. ¡Oh suave iniciación, oh dulce trato, oh tierna esperanza! El posee sus ejemplos, sus lecciones, sus secretos.

Por sus ejemplos, camina delante de mí para mostrarme cómo se es humilde.

Por sus palabras, comenta sus ejemplos.

Por sus secretos, me revela la humildad de su Corazón: «Aprended de mí, pues soy manso y humilde de corazón» (Mt. 2, 29). Pero Él reserva esta revelación a los que son pequeños y a los que quieren serlo (Mt. 11, 25).

El corazón es un brasero: su calor se trueca a veces, en luz. Meditaré, pues, de una manera afectiva. Pero la gracia alumbra más que el corazón; la atraeré, por tanto, para que irradie en mi interior

¡Oh Espíritu Santo, Espíritu creador!, crea en mí ideas y querencias remozadas, una tierra nueva y un cielo nuevo.

Enséñame a Jesús; dame algo de lo que es de Jesús¹. Quiero ser humilde como Él y por Él.

Las meditaciones sobre Jesús humilde me harán avanzar en el conocimiento de la humildad, ilustrando mejor las verdades ya meditadas y ensanchando más mis horizontes. Ellas me animarán a la práctica de esta virtud con toda la fuerza del ejemplo más autorizado.

La humildad de Jesús no fue una apariencia, sino una realidad

Debo rechazar la idea de que los sentimientos y los actos de Jesucristo estuvieron muy al margen de las condiciones en que yo me encuentro, para que puedan servirme de ejemplo. Ciertamente, el estado a que se halla elevada el alma de Jesús por su unión personal con el Verbo es tan diferente del mío, que me es imposible precisar su naturaleza y sus leyes, y hasta carezco de palabras para hacerlo. Mas, si los horizontes lejanos se hurtan a mi mirada, las regiones próximas se le ofrecen como asequibles. Me limitaré a abordar algunas de éstas.

Dos cuestiones se plantean a propósito de los sufrimientos y las humillaciones de Jesucristo.

1° ¿Padecía, realmente, Él, que estaba inmerso, aun acá abajo, en la visión beatífica? ¿Podía sinceramente alimentar bajos sentimientos de Sí mismo, siendo como era tan encumbrado? ¿En lo exterior, la humillación y el dolor aparecían evidentes; ¿pero reinaban en lo interior? ¿O esos hechos no tenían otra finalidad que la de constituir en favor nuestro la gran enseñanza del ejemplo?

¹ «El tomará de lo mío, y os lo anunciará» (*Juan, ib,* 14).

2º Si esas humillaciones y esos padecimientos eran reales, Jesucristo disponía, para sobrellevarlos, de toda su virtud divina; era el Infinito, el Todopoderoso, el Fuerte por excelencia. Yo no soy más que una pobre y pequeña criatura, amasada de flaquezas. Su humildad corrió parejas con su altura, como todo lo demás, y mi mirada apenas puede elevarse lo suficiente para contemplar su grandeza. ¿Cómo podrá medirse mi vida con la suya?

No; la humildad de Jesús no es una simple apariencia, un modelo sin vida; tampoco es un dechado fuera de mi alcance; de lo contrario, el Dios de la Verdad me engañaría. El Dios justo me induciría a sufrir más humillaciones de las que Él habría sufrido; el Dios sabio me impondría una carga que sólo unos hombres divinos podrían sobrellevar.

El Salvador sintió el oprobio de las humillaciones con la natural repugnancia que inspira el sentimiento de la dignidad personal, y las aceptó como una cosa justa. Requeríanse, en efecto, dos condiciones: *sentir* y *aceptar*—sentir realmente en su corazón de hombre, y aceptar libremente en su voluntad de hijo sumiso— para que su humildad fuese virtud y para que sus actos tuvieran mérito.

El alma de Jesús se parecía a nuestra alma, como su cuerpo a nuestro cuerpo. Ambos se componían de dos elementos que nos constituyen a nosotros: su cuerpo tenía nuestra sangre, nuestros nervios, nuestros órganos; su alma estaba, como la nuestra, dotada de entendimiento, voluntad y sensibilidad. Si corría por sus venas nuestra sangre humana, nuestros sentimientos humanos alentaban en su corazón.

Jesús sintió vivamente las humillaciones, y las aceptó por amor

Dos diferencias resaltan entre la manera de sentir de Jesús y la nuestra; diferencias que robustecen la fuerza de su ejemplo: más delicado que nosotros, sentía más vivamente; más virtuoso que nosotros, aceptaba más filialmente.

Los mayores sufrimientos son, en la presente vida, el patrimonio de las almas selectas. Cuanto más elevadas, ven a mayor distancia; cuanto más refinadas, mejor saben apreciar los más leves matices; cuanto más constantes, menos capaces son de olvidar. Así, Jesús, por haber sufrido más, tiene más derecho a ofrecernos sus actos y sus sentimientos como verdaderos ejemplos.

Indudablemente, estos ejemplos dejan siempre muy atrás nuestra imitación tarda; supéranla, no sólo por la grandeza de los actos, sino también por la perfección de la ofrenda: Jesús salió al encuentro de las humillaciones y de los padecimientos, y los amó¹.

Puesto que Jesucristo lo hizo todo por amor, ¿cabe concluir que carece de mérito? Al contrario: el ardimiento del amor hace más fáciles los actos de virtud, pero al mismo tiempo les comunica mayor intensidad y perfección y, en consecuencia, más mérito.

Aunque los actos de Cristo estuvieran determinados por su inmenso amor, lo fueron libre y dolorosamente, por cuanto en Él no era la divinidad quien sentía, sino la naturaleza humana, esa naturaleza más sensible que la nuestra y más accesible al dolor. No debo decir: «Como no soy Dios, no puedo hacer lo que El hizo.» Tengo ante mis

¹ «Ardientemente he deseado comer esta Pascua con vosotros» (Luc, 22, 15).

ojos al Hijo del Hombre, y Él es quien se propone a mi imitación

Jesús dio ejemplo de la humildad de abyección

Dos meditaciones mostrarán al Salvador practicando, en el decurso de su vida oculta y de su vida pública, la humildad de oscurecimiento y la humildad de abyección. Encontraremos, luego, el corazón de Jesús, y hallaremos —profunda hasta lo misterioso— la humildad de anonadamiento, humildad producida por el sentimiento de su nada y alimentada por la visión beatífica.

Esta última humildad conviene a toda criatura. Ella debió de ser la disposición de Adán en el Paraíso terrenal; ella será, en cierto modo, la de nuestra bienaventuranza: es el sentimiento de la nada frente al Infinito. Mas ¿podía Jesucristo ir más lejos y practicar la humildad de abyección?

La humildad de abyección es esencialmente la de la fealdad y de la bajeza vil¹. No puede convenir al ser que sale de las manos de Dios; es enteramente obra de las manos del hombre. Es la obra del pecado; débese al mal, que, por menguado que sea, es una fealdad que desciende más abajo que la nada.

Ver en sí mismo la fealdad del mal y juzgarse a tenor de esta vista, he aquí lo que constituye especialmente la humildad del hombre caído. Mas ¡ay! apenas se la comprende; no se siente la profunda y completa impresión de su vileza; no se experimenta la inclinación a colocarse lo más abajo posible; recítanse fórmulas de humildad; mas,

101

¹ Sobre la humildad de abyección pueden leerse los excelentes avisos de S. Francisco de Sales, *Introducción a la vida devota*, parte 3.ª, cap. 6.

frente a las humillaciones reales, uno no encuentra en sí otra cosa que el sentido humano, hecho de orgullo.

Por esto quiso Jesús ser nuestra luz y nuestro modelo, hasta los últimos confines del abatimiento. Sin duda, la humildad de abyección no cabía en Él, que estaba sin pecado, ni la sensación de fealdad nacida de las faltas personales. Pero Él sustituyó a los hombres culpables y tomó sobre Sí todos sus pecados y todas sus iniquidades (Is. 53, 4, 51). Según las expresivas palabras del Apóstol, «a quien no conoció el pecado, (Dios) le hizo pecado por nosotros« (II Cor. 5, 21), tratándole como a pecador.

Cargado de las ignominias humanas, Jesucristo se vio a Sí todo miserable, abyecto, digno de cualquier desprecio; por esto no rehuyó ninguna humillación, ningún vilipendio, como lo recordarán las meditaciones dedicadas a su humildad de abyección. Mi corazón, conmovido, quisiera compadecerle en medio de los oprobios, y mi mano desearía alejar de Él las bofetadas y la corona de espinas; pero El me diría: «No hagas tal: merezco estas humillaciones».

¿Exige la humildad ponerse debajo de todos?

Veremos a Jesús lavar los pies de los Apóstoles y enseñarnos a colocarnos debajo de los demás. ¿Cómo comprender tamaña lección? Rebajarse hasta este extremo ¿entra en las exigencias de la humildad, o es de puro consejo? Y este consejo ¿se extiende hasta la persuasión de ser uno el último de los hombres?

Conviene recordar ciertas verdades indiscutibles:

1° En el día de la Cena, Nuestro Señor se pone a los pies de todos los Apóstoles y declara que este abajamiento debe ser nuestra ley. Más tarde, dice San Pablo a los cristianos: «Elevados de la humildad, teneos unos a otros por superiores» (Filip. 2, 3). Y santo Tomás escribe: «Con la humildad debemos someternos a todos nuestros semejantes por Dios»¹.

Todos los Santos han seguido esta norma de conducta, y la Iglesia nunca ha canonizado una humildad exigua. He aquí no sólo legitimados, sino glorificados no pocos pretensos excesos.

2° La humildad es el sentimiento de nuestros defectos y de nuestras faltas. Ahora bien, este sentimiento, cuando es vivo, se apodera de toda el alma, vela a sus ojos los defectos y las faltas ajenas y la impele a buscar, sinceramente, el último puesto, como el único que cuadra a tamaña miseria.

3° La humildad es la salvaguarda más segura de la caridad, la cual, al parecer, no se difunde sino en el espacio que aquélla le deja. La ley de la humildad va, pues, tan lejos como la de la caridad.

Resulta de estas verdades que el rebajamiento ante los demás entra en las exigencias de la humildad, en el sentido de que nosotros no menospreciamos a nadie, ni a nadie nos preferimos de un modo absoluto. Más allá de esta actitud el rebajamiento sólo es de consejo y no tiene otros límites que los impuestos por la prudencia.

El rebajamiento de sólo consejo por debajo de todos los hombres ¿es solamente una práctica o es también una norma de juicio, es decir, una inclinación a creer que está ahí mi puesto? Sí, por cuanto Jesucristo no podía aconsejar una conducta que estuviera en pugna con los sentimientos internos.

¹ Summa Th., 2.a, 2.ae, q. 61, a. 3, ad 1.um

Cómo semejante persuasión se forma y puede ser sincera, es algo que aprenderé en una meditación. Por lo pronto, cabe pensar que una justa estima de sí mismo debe basarse en toda la vida, en un cúmulo de pormenores de actividades pretéritas, que soy incapaz de juzgar cual conviene, y en todas las actividades futuras que me están veladas por un misterio insondable.

¿Exige, en fin, la humildad perfecta que uno se juzgue numéricamente como el último de todos los hombres? No, porque es especulativamente poco probable que uno sea tal entre los miles de millones de hombres que pueblan la tierra; y aunque cada cual deba pensar lo mismo, la verdad sólo puede verificarse, de hecho, en uno solo. Esta observación no resta nada a la fuerza de las conclusiones que anteceden; la inclinación práctica subsiste, y en ella se fundamenta la humildad.

PRIMERA MEDITACIÓN Humildad de oscurecimiento

Preparación para !a víspera.

Treinta años, de entre treinta y tres, pasa Jesús por la tierra llevando una vida oscurecida y oculta. ¿Es que había algo mejor que predicar y salvar almas? ¿O es que, para salvar almas, existían unos medios más poderosos que mostrarse y obrar?

Sí: la humildad es quien prepara los éxitos. Ella despoja al hombre de la embarazosa preocupación de sí mismo que estorba la acción divina; ella da un corazón tierno para con los demás.

Por otra parte, la humildad verdadera tiende al oscurecimiento: éste es su puesto preferido; éste es el lugar donde ella se encuentra a su sabor y donde permanece mientras Dios no la invite a salir.

Además, este retiro sagrado ¿no es como un santuario donde Dios se revela y se comunica más íntimamente? ¿Cómo no otorgarle la preferencia cuando se tiene el corazón lleno de amor?

Mañana repasaré con ternura los pasajes sagrados relativos a esa época de la vida del Señor tan impregnada de humildad y de oscurecimiento. Contemplaré a Jesús humilde: 1° en su encarnación y en el pesebre; 2° en el Templo y en el destierro; 3° en Nazaret.

¡Oh María, oh José, oh ángeles!, únicos y venturosos testigos del anonadamiento divino, prestadme vuestros ojos y vuestros corazones para sacar fruto de esta contemplación.

I. En la Encarnación y en el pesebre

«El Verbo se hizo carne, *Verbum caro factum est*» (Juan 1, 14). ¿Quién es capaz de comprender el misterio que estas palabras expresan? El Verbo, imagen del Dios invisible (Col. 1, 15), resplandor de su gloria e imagen de su sustancia (Hebr. 1, 3), el Verbo por quien fueron hechas todas las cosas (Juan 1,3), se hizo carne, polvo animado, mísero cuerpo de hombre. ¡Qué degradación! Esto es una especie de anonadamiento. «Se anonadó a Sí mismo, dice el Apóstol, tomando la condición de esclavo y haciéndose semejante a los hombres» (Ef. 2, 7).

Este primer acto pertenece a Dios solo; los que van a seguir pertenecen al Hombre-Dios.

«Salió un edicto de César Augusto» (Luc. 2,1). He aquí a Jesús sometido a un soberano desde antes de nacer. Se allana a las exigencias del potentado: César tendrá un nuevo súbdito, y el Salvador carecerá de morada y de cuna. Así lo ha querido, así lo ha escogido.

«No había sitio para ellos en el mesón». Es natural: eran pobres, y fueron rechazados.

«María le reclinó en un pesebre». El pesebre donde comen los animales le sirve de cuna; un puñado de paja sostiene y rodea aquel cuerpo tan tierno. Dulce infante dormido en el pesebre, parece reposar en la humildad.

«Había en la región unos pastores». Unos pastores, gente pobre, he aquí a quienes honra Jesús con su primera audiencia. Los prefiere, porque es humilde.

«Esto tendréis por señal: encontraréis al Niño envuelto en pañales y acostado en Un pesebre». La señal que revelará al Dios Salvador es la pequeñez; es un ser frágil, sin habla y sin vista, en un pesebre, cual un débil cordero en su manida de pajas.

Los pastores le adoran, y se vuelven. Y Jesús permanece ignorado. ¿Fue Dios quien ordenó a los pastores que no hablaran? ¿Fue simple permisión? Tal vez hablaron y no fueron escuchados; ¡eran tan poca cosa!

Jesús no abandona el establo sino para ir a una pobre casa vecina. Los ángeles le han proclamado Mesías, pero no han descorrido el velo con que le cubre la humildad.

II. En el Templo y en el destierro

«Así que se cumplieron los días de la purificación...». Han transcurrido cuarenta días; María y José van a Jerusalén llevando consigo a Jesús. Marchan solos, y nadie repara en ellos

Pero en el Templo les acogen unos profetas. Simeón, venerado del pueblo, le declara «luz de las naciones»; Ana, viuda entregada por completo a la piedad, «habla de Él a cuantos esperaban la redención de Jerusalén».

Es el relámpago de un instante, y el velo de la humildad se cierra en seguida sobre Él. Cuando los Magos van a buscarle en Jerusalén, nadie le conoce.

La caravana de los hijos de Oriente turba, por un día, el reposo de la ciudad. Los sabios declaran que el Mesías debe nacer en Belén. Esta población dista sólo dos leguas de allí, pero nadie se mueve, nadie se suma al cortejo de los Magos. ¡Oh prodigio de indiferencia!

«Toma al niño y a su madre, y huye a Egipto» (Mt. 2, 13). Al filo de la medianoche la voz de un ángel despierta a José y le manda buscar un refugio en Egipto para salvar a Jesús del furor de Herodes. He aquí cuánto puede hacer Dios por su Hijo. Pensando en los recursos de la omnipotencia, admiro en Jesús la resuelta voluntad de ser reputado como nada.

El retorno a Galilea es igualmente impuesto, igualmente oscuro y humilde.

III. En Nazaret

Nazaret, en tiempo de Jesús, era una aldea perdida en medio de un paisaje frondoso, con sus dos o tres callejuelas por las que no transita ningún extraño, y sumida en un silencio que sólo es interrumpido, de tarde en tarde, por el monótono ruido de algún instrumento de trabajo. En este medio oscuro, donde los días y las horas se deslizan lentamente, Jesús, Dios anonadado, permanece desconocido de quienes le tratan y le oyen.

Sólo María y José están allí para adorarle; pero no le revelan. Su vida es la que cuadra al niño de una familia pobre. ¡Oh impresionantes perspectivas desplegadas ante el alma que, por la meditación, va reconstituyendo el cuadro de los parajes y el pormenor de aquellas jornadas! Ella ve lo que pasa, oye lo que se dice, contempla cómo todos esos actos sin brillo crean en la tierra la humildad verdadera.

¡Oh Jesús!, tu anhelo de anonadamiento es de una evidencia tan tajante, que impresiona mi corazón. Tú, que eres el camino, la verdad y la vida, compadécete de mi orgullo que me descarría y me tortura.

¡Oh Jesús!, acostúmbrame a amarte tanto, que no encuentre amargo el olvido de las criaturas. Enséñame a oscurecerme para atraer, así, tus miradas. Protégeme contra el insistente deseo de obrar y de triunfar.

Tú prolongas por espacio de treinta años esa preciosa enseñanza para que yo aprenda a recoger mi espíritu, no ocasionalmente y de vez en cuando, sino todos los días de mi vida.

¿Es que encuentras algo de delicioso en el fondo del olvido para que no quieras salir de él? Encuentras ahí lo infinito, la insondable hermosura del cielo, el esplendor adorable de la Divinidad.

SEGUNDA MEDITACIÓN Humildad de acción

Preparación para la víspera

Después de haber meditado sobre la humildad de oscurecimiento en la vida oculta de Jesús, meditaré sobre la humildad que Él practicó durante su vida pública. En la

vida activa la humildad no es un oscurecimiento, sino una salvaguardia. La humildad tiende con todas sus fuerzas al ocultamiento; mas, si la voluntad de Dios se opone a esta aspiración y exige el ejercicio de una actuación pública, aquélla se repliega en el corazón sin menoscabarse en lo más mínimo. Entonces, siempre activa, aporta su benéfico influjo al ejercicio de las otras virtudes y les comunica ese sello de sencillez y de desinterés personal que constituye su fuerza.

Ser humilde en medio del oscurecimiento, es relativamente fácil; pero mantenerse tal en pleno activismo requiere sólida virtud y sabias precauciones. Complacerse en el aplauso, en la simple visión del bien que se hace, ¡es una tentación tan fuerte, un veneno tan sutil! Elevarse en sí mismo y cambiar de actitud a medida que uno ve elevarse su posición, ¿no es, por ventura, la regla general? ¿No es menester mostrarse, actuar, hablar, triunfar? ¿No es conveniente imponerse por la propia actitud?

El ejemplo de mi divino Maestro me ilustrará, mañana, y me impedirá incurrir en error, mostrándome: 1° que su humildad fue sencilla; 2° que su humildad fue magnánima.

I. La humildad de Jesús fue sencilla

La humildad de Jesús tiene todo el esplendor de la verdad y el encanto de la sencillez. *Por lo pronto*, no produce ningún sobresalto. Sus vestidos son pobres, su caminar, es modesto, su cabeza, ligeramente inclinada. Mira, habla y obra con perfecta naturalidad; en Jesús no hay asomo de afectación.

¿Quiénes le rodean? Gente trabajadora, pequeñuelos con sus madres, publicanos menospreciados, personas de dudosa reputación. He aquí a quiénes prefiere, a quiénes atrae, a quiénes levanta; para ellos derrocha tesoros de condescendencia.

¿Por qué, pues, conviven en su corazón airadas repugnancias? Detesta el orgullo y es inexorable con los fariseos llenos de vanidad. No les toma en cuenta la honradez, las limosnas, el respeto a la Ley, las prolijas oraciones, porque siente horror hacia la virtud inspirada por el orgullo.

Su *vida* es un despojamiento cotidiano. Gente humilde le recibe en su hogar; mujeres pobres proveen a sus necesidades. No tiene una piedra donde reclinar su cabeza (Mt. 8, 29). Para predicar, no exige templo ni cátedra; bástale un altozano de césped, el ángulo de una encrucijada, el borde de una barca.

Su *lenguaje* es tan sencillo en su elevación, que todos lo entienden. Es tan diáfano, resalta en él hasta tal punto la verdad, que las palabras pasan a ser algo accesorio. Echa mano de expresiones, usos e ideas eminentemente populares. Nada tan alejado de sus discursos como el rebuscamiento.

Y su *virtud* ¡cuán sencilla es! Jesús no manifiesta, por lo común, nada de extraordinario. Eleva una vida corriente; come y bebe como todo el mundo, y pasa horas de cansancio. Cuando quiere entregarse a largas meditaciones, se retira a algún monte.

Claro está que su virtud perfecta se trasluce doquiera; pero la naturalidad que en ella campea hace que no sea llamativa, a la manera de un monumento cuya armonía disimula su grandeza.

II. La humildad de Jesús fue magnánima

No bien suena la hora señalada por el Padre, Jesús sale de la oscuridad, se muestra, habla y se rodea de discípulos. Arrastra las muchedumbres, y hace temblar a los poderes públicos. Cura a los enfermos, calma tempestades, multiplica los panes, expele los demonios y resucita muertos. Hace todo esto con gran naturalidad. No busca honores, ni desecha oprobios; muéstrase indiferente a unos y a otros.

Hay que admirar esta humildad magnánima, que libra al alma de toda pusilanimidad y de toda vacilación. El divino Maestro me revela el secreto: «Mi Padre que mora en Mí es quien hace estas obras» (Juan, 14, 10). Él se adjudica el papel de simple instrumento; y un instrumento no resiste ni se envanece.

La humildad, cuando es verdadera, hace generoso el corazón. Ante una voluntad superior, no permite negativas ni reservas; inspira un deseo del bien que sólo tiene a Dios por objeto, y una confianza que todo lo espera de Él. La humildad desprovista de este carácter, sería falsa o incompleta.

Jesús se presenta, y habla con autoridad. Preséntase por lo que es, y dice lo que tiene la misión de decir. No hay en Él esas timideces que acusan una preocupación personal, ni esas fórmulas de humildad que contienen, muchas veces, un orgullo condensado.

Este ejemplo me da importantes lecciones. Cuando desempeño una misión, debo olvidarme y hacerme olvidar. Debo tener la humildad de Juan Bautista, quien decía: «Preciso es que él crezca y yo mengüe» (Juan 3, 30). ¡Que sólo aparezca Dios y se salven las almas!

¿No es llamar la atención el repetir con exceso que se es incapaz e indigno? Después de todo, se habla de mí. ¡Ojalá atribuya a Dios lo que de Él tengo recibido. «No por nosotros, Señor, no por nosotros; hazlo por la gloria de tu nombre» (Salm. 113, 9). Y que el sentimiento de mi inutilidad vaya creciendo según crezca el éxito de mis obras

Hacia el fin de su vida, San Francisco de Asís permitía que las multitudes se arrodillasen ante él y le besaran los sagrados estigmas. Un hermano se le mostró sorprendido: «¡Ah!, respondió el Santo, no me equivoco; no es a mí a quien vienen a ver éstos; los homenajes que recibo, los envío a Dios, que es a quien exclusivamente pertenecen.»

Quiero alimentar los mismos sentimientos, y no ver sino Dios en todo cuanto pueda hacer de bueno. Guárdeme Él de malograr el bien buscándome a mí mismo y cediendo a la vanagloria.

TERCERA MEDITACIÓN Humildad de anonadamiento

Preparación para la víspera

Las dos meditaciones precedentes me han mostrado la humildad de Jesús en sus manifestaciones externas; la he contemplado sencilla y valerosa. En las meditaciones próximas la buscaré en su mismo corazón, y la descubriré dotada de una profundidad rayana en misterio.

¿Cómo Jesús, infinito en cuanto Dios y perfecto en cuanto hombre, podía sentir bajamente de Sí mismo? Los actos externos de propio menosprecio pueden, rigurosamente hablando, hallar una explicación que los justifique; mas, ¿cómo admitir en Jesús el sentimiento y la persuasión de su poquedad? Me esforzaré por entender una verdad tan misteriosa.

Bajo el peso de una revelación tan abrumadora ¿no me sentiré obligado a ser humilde a mi vez? ¿Es posible que Jesús tuviera más motivos que yo para ser humilde? ¿O es que yo soy lo suficiente ciego para no verlos y lo suficiente ilógico para no sacar de ellos las legítimas consecuencias?

¡Oh Jesús!, haz que comprenda esto en la próxima meditación, en la que consideraré: 1° el misterio de tu humildad; 2° tu humildad producida por el sentimiento de tu nada; 3° tu humildad alimentada por la visión beatífica.

Ruégote no sólo que me convenzas, sino también que me impresiones, que hagas vibrar mi alma a impulsos de tus transportes por la humildad. Quiero poseer, con tu gracia, una humildad de corazón, una humildad que incline a sentir bajamente de sí y a holgarse de ello.

I. Misterio de la humildad de anonadamiento en Jesús

«Yo soy manso y humilde de corazón», dijo Nuestro Señor. De su corazón salía el anhelo de humildad; de su corazón, que saboreaba sus amargas delicias.

Ese corazón es un santuario de misteriosas profundidades que yo desearía explorar. Los actos se ven; pero los sentimientos del corazón permanecen ocultos, y son éstos cabalmente los que constituyen la virtud. ¡Oh Jesús!, ábreme tu corazón para que yo descubra en él el secreto de tu humildad.

Querías ser amado; y para mover los corazones humanos, para hechizarlos, imaginaste los mayores sacrificios. Pero no hallaste ninguno más grande que el de tu honor. Dar la propia vida es más hacedero. Es, pues, el amor de nuestro amor quien te hace humilde.

Dios sabio y Salvador abnegado, viste que el orgullo es el peor mal de la humanidad y su más peligrosa tendencia. Y para atraernos al camino de la humildad, te dijiste: «Me lanzaré por él; llegaré tan adelante, que ellos se avergonzarán de no seguirme». Es, pues, el deber del *ejemplo* quien te hace humilde.

Lentamente voy recorriendo estos nobles motivos y los medito con emocionada ternura. ¿Cómo voy a resistirme? ¿No he de hacerme humilde, oh Jesús, para ayudarte a salvarme, para atestiguarte mi amor, para estar muy cerca de Ti?

Sin embargo, cuanto más descubro lo que hay en Ti de sabio, bueno, perfecto y santo, tanto más me admiro de verte tan humilde. Si sólo se tratara de actos externos, me lo explicaría: el amor y la sabiduría te conducían por ahí; pero Tú dices: «Yo soy humilde de corazón». La humildad de corazón es el sentimiento de la propia pequeñez; y Tú jeres tan grande!

II. Humildad producida en Jesús por el sentimiento de su nada

Jesús es «el más hermoso de los hijos de los hombres». Su carne es pura y santa; su espíritu está exento de ilusiones; su corazón es dueño de todos sus movimientos; su imaginación es bella como la poesía; su mirada, cautiva; su palabra, persuade, su bondad, arrastra. Ninguna mancha, ninguna imperfección la afea. Las virtudes y los dones resplandecen en Él con su brillo máximo. Ve arriba a los ángeles postrados ante Sí; abajo, la Creación sometida; en lontananza, todas las generaciones besando

las huellas de sus pies, un sinnúmero de bellos renunciamientos lanzándose en pos de Él.

¿Qué decir de los atributos relativamente infinitos que le reconoce la Teología: la transformación de su alma que agota la idea de la gracia; su ciencia, que se extiende a todo lo creado? ¿Qué decir, sobre todo, de su dignidad, absolutamente infinita: el cuerpo y el alma subsistiendo en la unidad de una sola persona —la del Verbo—, atraídos a su órbita y recibiendo idénticos homenajes de adoración? ¡Oh maravilla deslumbradora!

Y en medio de todo esto, Jesús es humilde. ¿Será por efecto de una milagrosa ilusión? De ningún modo. Con plena conciencia de sus grandezas, Jesús reconocía con claridad luminosa la pequeñez de su naturaleza humana.

¿Qué es, pues, lo que ve? La dignidad divina de que Él goza no es más que una espléndida vestidura; y ésta es un puro don que reposa sobre una pura nada. El alma así revestida no existía ayer, y en cualquier instante caería de nuevo en la nada si en cada momento no la sostuviera la Omnipotencia. ¡Hasta tal punto lleva la nada en sus entrañas!

Me imagino esta alma adorable diciendo mucho antes que Catalina de Siena: «Yo soy aquel que no es.» Llovidas de tan alto, estas palabras producen vértigo y hacen pasar ante mis ojos el espectro impalpable de la nada.

III. Humildad alimentada en Jesús por la visión beatífica

Sabemos que nada somos, y no somos humildes. ¿Por qué? Porque no vivimos de continuo con este pensamiento penetrante, el único capaz de imponer la convicción y mover el sentimiento.

El orgullo comienza siendo un olvido para trocarse luego en ilusión; jamás es la verdad. Si un Santo del cielo volviera a la tierra conservando la visión beatífica, podría, por un milagro, sufrir y merecer; pero no podría ser orgulloso porque jamás le abandonarían la vista de Dios y la de su propia nada en una visión única.

Nuestro divino Salvador gozaba en la tierra de la visión beatífica, y de esa luz embriagadora sacaba su profunda humildad. ¡Espectáculo inefable el del encaramiento del Verbo con la naturaleza por Él asumida! ¡El alma adentra su mirada, rebosante de pasmo y asombro, en las profundidades de ese océano, en las lontananzas inaccesibles, aun para ella. Su vista se detiene doquiera, y siente el más allá ensanchándose indefinidamente. Jamás, ni aun a través de la eternidad perdurable, será dado a esa alma, unida al Verbo, comprender al Verbo plenamente.

Aunque en derredor suyo pasen, acá abajo, los hosannas de la muchedumbre, como un brillante meteoro, su frente no se alzará. Aunque los esputos mancillen su rostro, su corazón no protestará. Su pensamiento se cierne mucho más alto.

A falta de la visión beatífica, he aquí una visión de fe: Dios, infinito y siempre infinito; el hombre, ante El, una especie de nada en todo y por siempre. ¿No se encuentra esta visión en las grandes almas de los Santos? ¿No se encuentra también en ciertas almas sencillas e ignorantes?

¿De qué me sirven, pues, mis luces, superiores a las suyas? Yo conozco mi nada; ellas la ven, la sienten, la palpan.

Debo familiarizarme con esta visión; he de impregnar de ella todo mi ser. Me la haré actual y viva cuando me ponga en presencia de Dios, sobre todo en la oración.

¡Dulce manera de prepararme a la visión beatífica de la eternidad! Lo mismo en el cielo que en la tierra, el que ve a Dios es humilde.

CUARTA MEDITACIÓN Humildad de abyección en la Pasión

Preparación para la víspera

Mi meditación de mañana será como un retablo de las humillaciones de Jesús durante su Pasión. Me aplicaré con esmero a estudiarlas y sentirlas, en la persuasión de que, pese a mis esfuerzos, no lograré conocer sino los bordes de ese abismo

La Pasión, en efecto, encierra tal cúmulo de humillaciones, que el espíritu humano es incapaz de sondear sus profundidades. Ve lo que se le muestra a plena luz y le transporta, y se ve forzado a reconocer que, por encima de esas humillaciones visibles, late un impenetrable y adorable misterio.

Si yo tuviera el alma de un San Francisco de Asís, de una santa Teresa de Jesús, de un San Juan de la Cruz, descubriría un Jesús humillado que no conocía antes. Al par de ellos, pisotearía todo orgullo terreno y arrancaría de mi corazón hasta la última fibra sensible de la vana estima.

Esta meditación no me pedirá precisamente que vuelva sobre sí mismo, pero pondrá ante mis ojos y ante mi espíritu una impresionante imagen de Jesús humillado. ¡Penétreme yo de esa imagen en la sinceridad de mis reflexiones e imprímase ella en la vivacidad de mi amor!

Si me formo un alma completamente impregnada en Jesús, habré hecho más por el des plegamiento de mi humildad personal que si hubiese recorrido, angustioso, mis propias miserias. Habré puesto en mi corazón, por esta virtud, el amor que siento por Jesús.

Tres puntos integrarán esta meditación: 1° humillaciones externas de Jesús; 2° sus humillaciones internas; 3° sus humillaciones espirituales.

I. Humillaciones externas de Jesús

Heme aquí ante Aquel que fue «oprobio de los hombres y desecho de la plebe (Sal. 21, 7). Se me muestra «semejante a un leproso, a un maldito de Dios, a un ser vil como un gusano» (Is. 53, 4; Sal. 21, 7).

Fue humillado:

- 1° En su dignidad de hombre libre. Sus enemigos irrumpen brutalmente sobre Él, le atan, le arrastran a la prisión. ¡Y yo tan celoso de mi independencia! ¡Ay de quién la amenace!
- 2º En la *dignidad recatada de su cuerpo*. Es despojado de sus vestiduras, flagelado, clavado en la cruz a la vista de la muchedumbre. Un hombre honorable preferiría la muerte a esta afrenta.
- 3° En su dignidad personal. Recibe injurias, salivazos, bofetadas. ¿Qué hacen los hombres ante tamaños ultrajes?
- 4° En la *dignidad de su razón*. Se le da trato de loco; es vestido como tal; se le obliga a pasar despacio entre dos filas de curiosos. ¡Y yo me altero cuando se discute alguna de mis cualidades o se refuta alguna de mis opiniones!
- 5° En su *dignidad de profeta*. Vendan sus ojos y le golpean la espalda o el rostro diciéndole: «Adivina quién te dio».
- 6° En su *dignidad real*. Vedle cubierto con un viejo manto de púrpura, una caña en la mano y una corona de espinas

en las sienes. Los soldados hacen ante Él burlescas genuflexiones, y ríen groseramente mientras le hieren con su cetro irrisorio.

7° En su dignidad de Dios. Sus enemigos se la arrebatan cuanto pueden. «Es un impostor; ha blasfemado, pues se hace pasar por Hijo de Dios». Su condenación a muerte se basa en esto. En el Calvario, los fariseos le dicen sarcásticamente: «Si tú eres el Hijo de Dios, baja de la cruz». ¡Ah!, si yo pudiera vengarme cuando se me condena injustamente o cuando sufro alguna burla cruel! Y si mi cólera es impotente ¡cuál rugen mis entretelas!

8° En su *doctrina*. Se le acusa de destruir la Ley, de engañar a las turbas, de ser sedicioso y blasfemo, de ser un enemigo de Dios.

9° En su *reputación*. Es juzgado por todos los tribunales: el judío, el romano y el herodiano. Se le condena al último de los suplicios: a ser crucificado entre dos ladrones, como el mayor delincuente, y esto en una época en que judíos y extranjeros afluían de todas partes; en pleno día y con la máxima publicidad.

10° En sus *discípulos*. Traicionado por uno de ellos, abandonado de todos, negado formalmente por el jefe, Jesús se ve perdido junto a esa porción del pueblo que aún está vacilando. ¿Qué queda en Él que no haya sido humillado y abatido?

II. Humillaciones internas de Jesús

Es necesario ahondar más. Sobre las ruinas del honor externo puede erguirse aún el orgullo y prolongar la resistencia. Arrojado de todas partes, se refugia en el sentimiento del valer personal como en una ciudadela que se conserva intacta.

El hombre es grande por su fuerza moral. Mantiénese invicto bajo la opresión de la fuerza bruta. Pero con harta frecuencia, por desgracia, flaquea la grandeza de alma, porque está forjada por el orgullo.

Jesús se presenta a mis ojos en el oprobio de su debilidad aparente. Aun antes de su Pasión, semeja un vencido. Invádenle ciertas impresiones de temor y de angustia¹, y Él las exhala como si fuese incapaz de reprimirlas: «Mi alma está triste hasta la muerte». La impresión es tan fuerte, que un sudor de sangre chorrea de sus miembros temblorosos.

Muéstrase tan poco semejante a Sí mismo, que ruega a su Padre le aleje el cáliz por tanto tiempo deseado. Se siente tan abrumado, que busca confortamiento en los Apóstoles y lo acepta de un ángel.

¡Oh hermosa y profunda humildad, de forma tan humana y de intención tan compasiva!

III. Humillaciones espirituales de Jesús

Existe otra clase de orgullo, más raro pero no menos pernicioso: el orgullo espiritual. Temible en medio de la estima común, lo es hasta en medio de los oprobios.

Puede un hombre ser desgraciado, calumniado, perseguido: siempre encontrará en derredor suyo, como Jesús en el Calvario, algunas personas simpatizantes. Si su actitud es digna, si sus palabras revelan sentimientos elevados, si todo manifiesta en él un alma superior al infortunio, la simpatía se trueca en admiración.

120

¹ «Comenzó a atemorizarse y angustiarle» (Marc. 14, 33).

Si Dios, mediante señales de singular protección, le presta la aureola de mártir, la admiración se transforma en entusiasmo.

¡Cuántos peligros para el alma que no sea muy humilde! ¡Qué pedestal para su orgullo!

Jesucristo escoge la humillación sin reintegro. Quiérela en toda su desnudez espiritual. Nada de razonamientos, sino una especie de estupor, entrecortado por algunas palabras que semejan sollozos. Ningún destello del alma: todo es en Él sombrío como la noche que invade el Calvario.

Su Padre no le compadece; Jesús se declara desamparado de Él. Abandonado por los hombres, ahora es abandonado por Dios. Nada hay en la tierra y en el cielo que no sea una humillación.

La abyección de Jesús está consumada, y muere envuelto en ella.

Este crucifijo que se levanta doquiera ante mis ojos, con la cabeza inclinada, la faz lívida y un aspecto de fatiga desolado, es la imagen del hombre humillado; es la imagen misma de la humildad, más aún que la del dolor. Cuando cesa el dolor, la humillación persiste junto a ese cadáver pendiente del patíbulo. ¡Qué ejemplo, y qué ayuda!¹.

 $^{^1}$ «Si, por la mañana, al levantarte, besas con amor tu crucifijo y prometes a Nuestro Señor que llevarás tu cruz a lo largo de toda la jornada;

Si, durante la meditación, tienes la cruz en las manos y propones inmolarte en el altar del sacrificio de Jesucristo:

Si, para reanimar tu fervor, alargas de vez en cuando la mano al crucifijo; si lo estrechas fuertemente con ella en los momentos de angustia, de pena, de lucha, de tentación;

Si, al partir para el desempeño de alguna obra buena, le adoras, recordando que es el mismo Jesucristo a quien vas a socorrer en la persona de los pobres y de los pequeñuelos;

QUINTA MEDITACIÓN Necesidad de la humildad de abyección

Preparación para la víspera

Medité ayer las afrentas sufridas por Jesús, las espantosas flaquezas de que fue presa. Le vi abandonado de los suyos y despojado de todo. Su abyección inaudita se me mostró en toda su evidencia. No hay duda alguna: Jesús quiso ser el hombre de las humillaciones.

¿Por qué lo quiere? Es necesario que yo lo averigüe. ¿Fue, acaso, para darnos un gran ejemplo? Ver la humillación no es lo mismo que ver la humildad, la cual clama: «Esto es justicia.»

Si, al practicar alguna austeridad, besas las llagas divinas, que son las fuentes de la vida de la Iglesia y los manantiales de nuestra purificación;

Si, al anochecer, vas a postrarte a sus pies para darle cuenta de tu jornada, de tu orgullo ante sus abajamientos, de tus vanidades ante sus humillaciones, de tu cobardía ante sus trabajos, de tu pereza ante el sudor de sangre que chorrea de su cuerpo divino, de tu egoísmo ante su amor infinito, de tu impaciencia, de tus desdenes, de tu falta de caridad ante sus prolongadas esperas;

¡Ah!, me parece muy difícil que tu Crucifijo no pase a ser para ti un amigo, un confidente» (P. d'Alzon, Extracto de un hermoso texto, propagado bajo el título: *L'Anni de tous les jours*, que debe leerse íntegramente).

Tal es la palabra que Jesús pronunció al venir al mundo y que repitió en cada uno de sus rebajamientos. Leíase en sus mustios ojos; flotaba, errante, sobre su frente angustiada y trémula, a lo largo de sus miembros estremecidos. Cada una de sus actitudes denunciaba al culpable perseguido por la justicia.

En Jesús todo es necesariamente sincero; todo, hasta la expresión de una mirada, hasta el simple movimiento de un músculo. De toda la abyección de la Pasión percibo el eco de una voz gemebunda que va repitiendo: «Esto es justicia; lo tengo merecido.»

Tal es la lección que meditaré mañana. Veré: 1° la razón de ser de la humildad de abyección; 2° el ejemplo que de ella dio Jesucristo; 3° la ley de esta humildad.

Si la humildad de abyección es justicia para Jesús, ¿qué será para mí? Debo reconocer como necesaria esta humildad: esto será el punto de partida para una santa revolución en todo mi ser moral.

I. Razón de ser de la humildad de abyección

Dos textos de la Escritura ilustran esta razón de ser. El primero es éste: «Se anonadó a sí mismo tomando forma de esclavo» (Filip. 7). Trátase del Verbo encarnado antes de su Pasión: se hizo nada, pues se hizo hombre. Aunque hubiese realizado este designio en el Paraíso terrenal, entre los esplendores de la naturaleza primitiva, se habría necesariamente encontrado en pleno contraste del Todo y de la nada, del Ser que existe por sí mismo y del ser que existe por creación. Su Encarnación también entonces habría sido un anonadamiento, y su humildad el sentimiento de su pequeñez.

El segundo texto completa la idea de esa virtud, mostrándola tal como conviene al hombre caído: «Se humilló haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz» (Filip. 2, 1).

«Se humilló: *humiliavit semetipsum*»; como si se echara por tierra, tal como se hace con un objeto sin valor alguno.

«Hasta la muerte: *usque ad mortem*», como un culpable que es conducido al suplicio.

«Y muerte de cruz: *mortem autem crucis»*; es la ignominia en la muerte; la muerte de la última pena, ese linaje de muerte que muestra al ajusticiado por encima de las turbas, con sus rasgos desfigurados y su carne convertida en jirones sangrantes.

Aquí no es ya el Dios encarnado, sino el Dios redentor. Esta no es ya la humildad de anonadamiento, sino la humildad de abyección. Esto no es ya olvido, sino desprecio. El motivo de esa virtud en aumento no es ya la nada, sino el *mal*.

II. Jesús, modelo de la humildad de abyección

Jesús se me muestra cubierto de todos los oprobios. Cordero de Dios que lleva los pecados del mundo, está cargado de todas las faltas de los hombres; se ha erigido en responsable de ellas, y el pecado es como su peculio, su personificación¹.

Mas no sólo está cargado y revestido del pecado: éste le penetra, le devora como una lepra que corroe: «Era como un leproso» (Is. 53, 4). Es como un objeto de horror para Dios y de bochorno para su pueblo (Sal. 21, 7; Is. 53, 4).

.

¹ Juan, 1, 29; Is. 53, 4, 12; II Cor. 5, 21.

Jesús exclama: «Soy un gusano y no un hombre» (Sal. 21, 7). ¿Soy capaz de comprender cuánto hay de humillación vivida en la frase: «Soy un gusano», ese animalejo que pisoteamos y que se esconde bajo tierra? Humillarse es abajarse hasta el suelo. Jesús va más allá.

¿Y cuáles son sus sentimientos íntimos? Toda virtud se muestra en el amor a su propio objeto y consiste en una inclinación práctica hacia él. Aquí el objeto es la abyección. Su primer grado es la aceptación; siguen luego el deseo, la busca, el contentamiento.

Quiero traer a mi memoria las palabras o las circunstancias que muestran estos sentimientos en Nuestro Señor. Nada más provechoso ni más conmovedor. Los contemplaré, en silencio, reinando en su Corazón.

III. La ley de la humildad de abyección

¿Es verdad que esta humildad de Jesús ha de ser el modelo de la mía? ¿Es cierto que, para ser cristiano, mi humildad debe ser una inclinación a juzgarme digno de menosprecio? O, tal vez, no he de ver ahí otra cosa que un exceso admirable, que un estimulante sin par, destinado a obligarme, al menos, a una humildad corriente?

Sin duda, este ejemplo es un acicate; pero también es otra cosa: es una ley o, mejor aún, la revelación de una ley y su promulgación auténtica.

Lo que Jesús hace aquí, ¿a título de qué lo hace? ¿Lo hace en calidad de Hombre-Dios? No: como tal es acreedor a toda gloria. ¿En calidad de Redentor? Sí; y éste es el único título¹.

1

¹ Cristo es esencialmente un humillado, porque es la antítesis del pecado, que es esencialmente orgullo» (Monseñor Gonon, *Stella matutina*, I, p. 53).

Como Redentor, es nuestro representante y nuestra caución. Ahora bien, la actitud que adopta mi representante es exactamente la que me cuadra a mí y me incumbe con pleno derecho. El precio que mi caución paga es el precio de que yo soy deudor. La abyección de Jesús no crea, pues, una obligación; la muestra.

La ley de abyección pesaba sobre los hombres pecadores, pero éstos la desconocían; sin Jesús, jamás la habrían conocido. Jesús viene; toma sobre Sí los pecados, conoce la humillación que merecen, y Él la sobrelleva, la quiere, la ama.

Cuando dice: «Yo soy humilde de corazón», es como si dijera: «Ser humilde esta ley; yo la he sobrellevado por vosotros, hombres pecadores; pero no deja de ser principalmente vuestra ley; sobrellevadla.»

¡Oh Jesús!, yo no había entendido nunca esta lección. Sin embargo, todo me la insinuaba: las expresiones recibidas, las conclusiones constantes, las cosas mismas. Conocía, pues, esta verdad y, no obstante, es para mí como una verdad nueva. Te doy gracias por habérmela aclarado y por haber tocado mi corazón. Bendigo tu misericordia, que me ha abierto los ojos y se ha volcado sobre mis deseos y mis necesidades.

Puesto que la humillación es mi ley, no me irritaré contra ella, y procuraré ser manso y sufrido en las circunstancias penosas para mi orgullo.

SEXTA MEDITACIÓN Misterio de humildad y de abyección

Preparación para la víspera

La meditación de mañana completará las dos precedentes y sentará sus conclusiones con pruebas irrebatibles. Estas se sacan principalmente de la fe. La razón, en efecto, recela de la verdad que ella no capta directamente; es propensa a hallar extraño lo que no le es familiar, a calificar de fantasía y misticismo toda doctrina que por su profundidad la rebasa.

Aquí hay que pedir la adhesión no a la razón mal impresionada, sino a la razón simplemente conforme a los dictados de la lógica. ¿Son verdaderos los dogmas de la fe? ¿Fluye de ellos la humildad de abyección? Una vez demostrados estos principios, la conclusión ha de ser admitida por la misma razón que los misterios, si ella, a su vez, tiene algo de misterio.

El tránsito del conocimiento de una verdad a la adhesión franca y entera es difícil cuando se trata de una verdad que choca con el espíritu. Hay que pedir gracia para ello; Dios puede otorgar la convicción inquebrantable. Su gracia es, asimismo, quien hará practicar la humildad de abyección como una verdadera virtud, es decir, como una prontitud a dispensar una amable acogida a las humillaciones, como un hábito que hace llevadero su peso, y aun como un amor que las recibe con gozo.

Meditaré: 1° la humildad de abyección en los Santos; 2° esta humildad explicada por el misterio del pecado; 3° el pecado original imponiendo esta humildad.

I. La humildad de abyección en los Santos

La humildad de abyección es una especie de misterio para el racionalista, quien la encuentra absurda, y lo es, por desgracia, para ciertos cristianos que la consideran como un exceso piadoso, al menos en la práctica.

A fin de reformar estas ideas, es bueno aislar al divino Maestro de sus discípulos más esclarecidos. En ellos siempre está El, ya que son su mismo espíritu, pero más cercano y más semejante a nosotros.

Recordemos las humillantes expresiones con que se designaban: abismo de miseria, abortivo, desecho de la humanidad, etc. ¿Cuáles eran sus sentimientos? Se juzgaban indignos de hablar, hasta indignos de vivir. Tales expresiones les eran familiares; hállanse en los labios de todos los Santos, como un gemido tradicional a partir del Calvario. ¡Espectáculo imponente el de veinte siglos de una tal humildad, siempre la misma y la única canonizada.

Hay que considerar la lógica de su humildad: de las palabras pasa a las obras. Cuando se les desprecia o persigue, son sufridos. Cuando se les ultraja o se les hiere, muestran un rostro risueño. Si se les reprocha la maldad, ellos confiesan que son peores de lo que se piensa. Encuentran justo que se les abandone. Repútanse inútiles cuando hacen algo bueno, proclamando que es Dios quien lo hace y que el bien, más que por ellos, se realiza a pesar de ellos.

He aquí cómo hablan, cómo sienten y cómo verdaderamente piensan.

Algunos se han mostrado singularmente ávidos de humillaciones. Aspiraban al menosprecio, como aspiran a la gloria los ambiciosos. Cuando Dios les preguntaba qué recompensa querían por sus penalidades, respondían: «Sufrir y ser despreciados por Ti.»

¡Cuánto debo confundirme ante ellos, hombres semejantes a mí, por lo común menos culpables y siempre más beneméritos!

II. La humildad de abyección se explica por el misterio del pecado

El hombre entendería la humildad de abyección si fuese capaz de sondear el abismo del pecado. Jesucristo exploró sus oscuras simas a la luz de su ciencia infusa y de su visión beatífica

La santidad del Ser infinito, su majestad, su bondad, su suprema belleza, todo el esplendor de los atributos divinos, sumergiendo su alma en deslumbrantes claridades, le mostraban hasta qué punto merece Dios respeto, amor y alabanza. Después cambia súbitamente el espectáculo; el pecado atenta contra todas estas maravillas y se abate sobre el honor divino como para aniquilarlo. A esta vista, suma confusión y una desolación acerba, invaden a Aquel que llevaba los pecados del mundo.

Contemplémosle aplastado bajo este peso en su agonía; escuchemos el lenguaje de un extraordinario desaliento: «Si es posible, aléjese de mí este cáliz». Fijémonos en el sudor de sangre que atestigua una especie de desastre.

No obstante, hay que decirlo, la santa humanidad del Salvador desconocía, de por sí, la enormidad del desorden y del ultraje contenida en el pecado; sólo su naturaleza divina le conocía plenamente.

¡Cómo me equivocaría si pretendiese medir el pecado por su apariencia exterior o por la idea que de él me da la razón! Hasta para la razón de Jesús guardó el pecado sus secretos. En punto a humildad, sé poco menos que nada y jamás llegué a saberlo todo. El misterio se encuentra sólo en el pecado; no en la humildad, que es su conclusión lógica. Ella es, en efecto, el estado que cuadra al pecador; es una sentencia justa que él debe pronunciar contra sí mismo.

Mas ¿cómo pronunciarla si es incapaz de sondear la gravedad de la falta? Quédale un recurso: el de ver con unos ojos más agudos que los suyos; el de juzgar, no con sentimientos de hombre, sino con sentimientos de Dios. Así lo hicieron los Santos; por esto la celestial locura de sus envilecimientos sigue siendo una profunda sabiduría.

«Aprended de mí», nos repite el Salvador. ¿Qué he de ir a buscar, pues, en otra parte? La humildad es una virtud casi del todo sobrenatural, alta como los cielos, profunda como un abismo. ¡Cuánta cortedad muestra nuestra mente y cuán débil se siente ante esta revelación!

III. El pecado original impone esta humildad

Hay santos que no cometieron ningún pecado personal de relativa gravedad, ni, por otra parte, habían cargado con los pecados ajenos cuya responsabilidad explica, al menos, la humildad de Jesús.

Pero no estaban inmunes del pecado original; y la participación en esta caída justifica, aun en ellos, la humildad de abyección. El pecado original es un dogma definido que proyecta la luz de la fe sobre el tema que estoy meditando.

El pecado original domina a la humanidad. Por él principalmente se encarnó el Verbo, por él se hizo humilde Jesucristo, por él murió.

Ahora bien, nunca dejará de ser cierto que todo hombre, por justo que sea, ha contraído esta mancha infamante, objeto de la aversión de Dios, y que sufre también, y hasta la muerte, las consecuencias humillantes que de ella se originan.

Esas ignorancias, esas fantasías, esas rebeldías y esas propensiones al mal, que alteran la sangre y nublan el cerebro, ¿no llevan en su seno el fermento de todos los pecados? ¡Qué ignominia, y qué peligro!

No hay falta alguna cometida por un hombre que no sea yo capaz de cometer. Si no me ha sobrevenido tamaña desgracia, es, sin duda, porque no se ha presentado la ocasión avasalladora, con sus halagos insidiosos. Muchos ejemplos justifican, desde luego, ese temor y esa humildad. «Por la misericordia del Señor hemos sido preservados del abismo» (Lam. Jer. 3, 22).

¡Oh divino Maestro!, no, puedo permanecer indiferente ante tu humildad y la de los Santos. Me sonrojo al considerar las absurdas limitaciones que pongo a la mía. Para comprender esto a fondo ¿necesito que me lo enseñes Tú, que eres la suma Verdad? ¿Por ventura necesito oirte? Bástame contemplarte: tu humildad se me ofrece como una lección vivida que me penetra; y, por encima de tus humillaciones externas, me esfuerzo en conjeturar el misterio de tu humildad interna.

Como la humildad es una virtud práctica, que se mezcla en todo: en los sentimientos y en los actos, quiero practicarla muy generosamente y sin poner tasa al deber que a ello me obliga. Tal debió de ser el secreto de los Santos.

SÉPTIMA MEDITACIÓN Abajamiento ante todos los hombres

Preparación para la víspera

La humildad de abyección, tema de las anteriores meditaciones, al exigir el más profundo abajamiento ante Dios, dispone al abajamiento ante los hombres. Los Santos que lo practicaron no se anonadaban solamente en la presencia de Dios, sino que se ponían a los pies de todos, juzgándose los más miserables de entre los mortales.

Hacerse muy pequeño delante de Dios es relativamente fácil; empequeñecerse delante de todos los hombres, ponerse debajo de ellos, estar uno pronto a dejarse caer a los pies de cualquiera, supone una virtud rara y sólida, que pocas almas poseen.

Semejante actitud es la señal más segura de una humildad verdadera y profunda. Por esto Jesucristo, antes de sufrir las espantosas humillaciones de su Pasión, quiso enseñar, por vía de ejemplo, la forma de humildad que pone a uno a los pies de todos.

En la última Cena, momentos antes de instituir la sagrada Eucaristía, se pone a lavar los pies de sus discípulos y a enjugárselos con un lienzo. Fue algo desconcertante para los Apóstoles; Él, el Maestro, ¡haciéndose servidor, cayendo a sus pies y lavándolos! Jesús comprendió su sorpresa; dijoles que más tarde entenderían su gesto asombroso y les encareció, ante todo, que imitasen su ejemplo.

Esto es lo que meditaré mañana, dividiéndolo en tres puntos: 1° Jesús enseña el abajamiento ante todos; 2° esta humildad es de orden sobrenatural; 3° razón de esta humildad.

I. Jesús enseña el abajamiento ante todos¹

Que el Salvador quiso proponer esta enseñanza, se desprende claramente de lo que hizo al lavar los pies de los Apóstoles. Basta considerar el *sentido de la acción y* la *intención del Maestro*.

En cualquier época, y sobre todo en Oriente, se han valido los hombres de alguna representación material para grabar en los espíritus sus más importantes lecciones. ¿Y qué acción expresa mejor la humildad que la de lavar los pies, cuya planta —la parte más inferior del cuerpo— pisa el suelo y se ensucia?

Pero aquí no es una humildad cualquiera: es la humildad del Hombre-Dios con respecto a los hombres. Es una humildad sin aparato: Jesús no se hace ayudar de nadie; una humildad resuelta: hace violencia a San Pedro; una humildad extrema: se arrodilla a los pies de Judas, el más indigno de los hombres. Nunca me penetraré bastante de estos pormenores significativos.

Con este acto Jesús intenta imponer una forma nueva a las mutuas relaciones de los cristianos; sin esto la solemnidad de la lección rebasaría la importancia de su objeto.

Llama la atención de los Apóstoles: «Habéis visto lo que acabo de hacer». Indica su objetivo formal: «Lo hice para daros ejemplo». Se toma la molestia de demostrar la obligación que de ahí dimana: «Si yo, vuestro Maestro y Señor, os he lavado los pies, vosotros debéis también lavaros los pies, los unos a los otros». Insiste en la importancia, de este precepto llamando bienaventurados a los que lo entiendan y lo cumplan.

¹ Léase en el Evangelio de S. Juan o en el Misal (Jueves Santo) el texto relativo al tema de esta meditación.

No es ésta una enseñanza incidental y equívoca, sino preparada, explicada y probada; es una enseñanza plena e indiscutible. ¿Tiene algo que ver con la práctica especial de lavar los pies a los fieles, tal como se hacía en los primeros siglos? La desaparición de esa práctica argüiría de infidelidad a la Iglesia, guardiana de las sagradas tradiciones. En realidad, semejante usanza fue una señal, cuyo sentido era la humildad y cuyo espíritu no ha cesado nunca de animar a la sociedad cristiana, adaptándose —por ser inmortal y flexible— a las situaciones mudables.

II. Esta humildad es de orden sobrenatural

¿Cuál es la humildad que Pedro no puede comprender ahora, pero que comprenderá más tarde? No es la simple humildad de razón, sino la humildad sobrenatural que le será revelada por el Espíritu Santo.

La humildad de razón es el abajamiento ante Dios: nada más natural. Es también la modestia, que enfrena nuestras pretensiones: la sabiduría humana la aprueba. En cambio, el abajamiento ante nuestros semejantes, sin excluir a los malos; ante todos los hombres, quienesquiera que sean; el abajamiento del más grande poniéndose a los pies de todos, como hizo Jesucristo con suma sinceridad, esto únicamente Dios puede enseñarlo e imponerlo al hombre.

En efecto, ¿por qué me he de poner bajo los demás? ¿Y cómo voy a hacerlo con convicción siendo así que cada hombre debe adoptar, a su vez, esta misma actitud? ¿No es esto una teoría exagerada, que el sentido común reprueba; una ficción poco seria que la reflexión desvanece y que se desmiente en la práctica?

No; no es una teoría exagerada, sino una enseñanza común de los maestros de la vida espiritual, empezando por San Pablo: «Tratad a los demás, dice, como superiores

vuestros» (Filip. 2, 3). No; no es una vana ficción, sino una inclinación esencialmente cristiana. Todos los Santos se tuvieron por los ínfimos entre los hombres; y si hay algo que nos maraville más que sus altas virtudes es precisamente la convicción de su pequeñez.

III. Razón de esta humildad

El secreto de esta enseñanza aparentemente desconcertante radica en nuestra condición personal. En cada uno de nosotros se encuentra el bien y el mal. El bien proviene, en último término, de Dios, y no tenemos, por tanto, derecho alguno a envanecernos de él. El mal, por el contrario, proviene enteramente de nosotros, y somos merecedores de la afrenta que le es aneja. Tal es nuestra condición ante la justicia divina.

Pero el hombre, frente al bien y al mal, se encuentra en una situación muy diferente, según se trate del bien y del mal que están en él o del bien y del mal que están en el prójimo.

Respecto a sí mismo, actúa de juez. Tiene su conciencia; conócese y se siente responsable; en su interior se ve deplorablemente malo; puede y debe declararse tal.

Respecto al prójimo, no es juez, porque carece de competencia. La culpabilidad se aprecia por la intención, cosa que le escapa; la ingratitud, por la cuantía de las gracias que él desconoce; el valor de conjunto depende del resultado eterno, que él ignora.

Respecto a sí mismo, posee certidumbres; respecto al prójimo, sólo tiene conjeturas. Por lo que hace a su propia persona, tiene el deber de erigirse en juez; por lo que hace al prójimo, le incumbe la defensa: «El que juzga a su hermano, va contra la ley» (Sant. 4, 11). Si no tengo

derecho a juzgar a los demás, ¿cómo lo tendré para preferirme a uno solo de ellos?»¹.

¡Oh divino Maestro!, haz que penetre en mí esta doctrina, que me llena de pasmo. Juzgar a los demás me parecía tan justo como juzgarme a mí mismo. ¿No hacen esto los hombres corrientemente? Se engañan, y yo me engañaba al par de ellos.

Mi pobre razón apenas osa afirmar una tal humildad. Concédele la voluntad de creer y, sobre todo, valor para

¹ «La humildad tiene como fin principal someternos a Dios; en consecuencia, tiene también como fin rebajarnos ante todo cuanto hay de divino en las criaturas, ante todo cuanto ha puesto Dios de suyo en sus obras.

A este elemento superior debe ceder el paso lo que es puramente humano. En cada hombre hay algo de divino, algún reflejo real, viviente, del Infinito, como la autoridad, el genio, la ciencia, la bondad, la gracia, la virtud, la santidad. Cualesquiera que sean su nombre y su matiz, debemos honrarlo por respeto a Dios, de quien provienen, como debemos amar a nuestro prójimo por amor a Dios.

Dirás: «Si en mí hay también algo de divino, ¿por qué he de tributar a los otros más consideración que a mí?» Te contestaré: «Si estás cierto de que aventajas a tus hermanos; si el elemento divino ha alcanzado en ti un grado de intensidad a que no han llegado los otros, tienes derecho, por respeto a Dios, a elevarte sobre los demás.

Pero ¿tienes esa certidumbre? El fariseo del Evangelio habría quedado estupefacto si hubiese sido permitido decir que lo divino tenía menos perfección en él que en el publicarlo... Los ancianos de Jerusalén se habrían escandalizado si se hubiese insinuado que el patrimonio de las cortesanas era preferible al suyo. Sin embargo, Jesucristo los apostrofa en estos términos: «Las cortesanas os precederán en el reino de los cielos...» Hay en las almas unas grandezas misteriosas, unas grandezas sobrenaturales, que hay que saludar con veneración. Reflexionemos sobre estas realidades; pensemos en nuestras flaquezas, en nuestras faltas, y no nos será difícil hacer de los otros un aprecio superior al que de nosotros hacemos, ni comprender la doctrina que Sto. Tomás resume en esta fórmula: «Por humildad debemos ponernos debajo de todos nuestros hermanos, a causa de Dios» (P. Janvier, Conferencia sobre la humildad, Cuaresma de 1922).

deducir las conclusiones necesarias. En mis hermanos no debo mirar sino lo que proviene de Dios: el bien; en mí puedo considerar, asimismo, el bien, pero ante todo debo juzgar mi obra propia: el mal.

¡Oh sublime punto de vista que esclarece, a la vez, la caridad y la humildad, estas dos virtudes eminentemente cristianas! Él las funde en un mismo principio: Dios visto en el prójimo. La humildad ahí lo descubre y la caridad ahí lo ama.

El abajamiento ante todos es un precepto nuevo: *mandatum novum*. Y no es de maravillar. Desde el momento en que Dios entra en la humanidad, todo cambia, todo es nuevo. Y si por un designio formal y ciertas relaciones misteriosas este Dios encarnado se prolonga en cada hombre, ¿es de extrañar que imponga un respeto sobrenatural?

OCTAVA MEDITACIÓN María, imitadora de Jesús humilde

Preparación para la víspera

Ningún santo ha imitado la humildad de Jesús más perfectamente que María, su Madre, porque nadie como Ella ha calado tan hondo en el conocimiento y el amor de Nuestro Señor. Junto a Jesús veía Ella los motivos de ser humilde con una visión clara, continua y penetrante. Nosotros perdemos de vista las cosas; las olvidamos; María ¡jamás!

Su mirada estaba siempre abierta, siempre atenta a los motivos de la humildad. Contemplaba sin cesar la infinita grandeza de Dios, al mismo tiempo que consideraba su propia pequeñez. El *Magníficat* era el cántico secreto de

todas sus horas: «El Señor se fijó en la pequeñez de su esclava... El Todopoderoso hizo en mí cosas grandes».

Para salvaguardar nuestra humildad Dios guarece su fragilidad bajo flaquezas o, al menos, bajo misteriosas ignorancias. Para María, Dios prescindió, de todas estas precauciones; era inmaculada, perfecta, bendita entre todas las mujeres. Y Ella lo sabía.

María sondeó, mejor que todos los teólogos juntos, las grandezas de su maternidad divina, y conoció todas las prerrogativas anejas a tamaño privilegio; pero el abismo de las gracias recibidas no hizo otra cosa que ensanchar a sus ojos el abismo de su nada. Después de Jesucristo, ninguna criatura ha descendido tanto en punto a humildad¹.

Meditaré, mañana, el heroísmo y la humildad de María, ejercitándose en actos sublimes y arduos y realizando durante toda su vida lo que un hombre no podría sostener por espacio de unos días. Consideraré: 1° a María imitando como Madre la humildad de Jesús; 2° a María imitando como corredentora la humildad de su Hijo; 3° mi deber de imitar con María la humildad de Jesús.

I. María imitó como Madre la humildad de Jesús

Jesús humilde era su Hijo, su propio Hijo, su Hijo amado, su Hijo y su Dios, su todo. ¡Y Ella le amaba tanto! Más dichosa que todas las madres, le adoraba con todo su amor. Todo enmudecía ante este sentimiento sumo y avasallador; todo se fundía en este amor, llama abrasadora.

1

¹ Nulla creatura, post Filium, tantum descendit in abyssum humilitatis (S. Bernardino de Siena).

Y Ella no amaba sino a un Jesús humilde, porque no podía conocer otro. No hay en el mundo otro Jesús que el Jesús encarnado; pero Jesús encarnado es Jesús anonadado. Desde el primer instante se hizo humilde, y seguirá siendo humilde mientras sea hombre, mientras sea su Hijo.

María le estudiaba con sus ojos, con su corazón, con sus intuiciones de madre. Una madre, de su natural, lo adivina todo. Su mente, como en otro tiempo su vida, se adentra en este ser, que nunca deja de pertenecerle como algo suyo.

Del corazón nacen las grandes ideas. El corazón manda, y el entendimiento obedece; le impulsa tan reciamente, que a veces se sale de su órbita. ¿No es el corazón el nido de donde afloran todas las cosas? ¿No brota la Creación del corazón de Dios?

En el corazón de María los hechos evangélicos, las palabras y las actitudes de su Hijo se caldeaban al contacto de sus fervorosas meditaciones. Ella las conservaba en su corazón y reflexionaba sobre ellas» (Luc. 2, 19). Jesús, humilde, iba desarrollándose incesantemente ante los éxtasis del amor de su Madre. ¡Cuáles serían los conceptos de María sobre la humildad de los divinos misterios del Hijo, de su pequeñez sometida, de su flaqueza indigente, del amor con que los amaba!

A medida que Jesús iba creciendo, María espiaba sus más pequeños movimientos y recogía todas sus palabras. Más tarde, le contemplaba en el trabajo: aquí admiraba su recato, su afabilidad, su amor a las ocupaciones humillantes, su ternura para con los pequeños, el milagro continuado de su oscurecimiento.

Cabe afirmar que María se sabía de memoria a Jesús, su Hijo humilde. Por esto, el imitarle fue su ley, su necesidad. Casi sin darse cuenta, se hizo humilde hasta olvidarse en todo de sí misma. Gusta de entrar en la oscuridad donde se oculta su Hijo y en el silencio donde parece esfumarse; goza con rebajarse con Él cada día más.

Pero Él iba tan adelante por esta senda, que Ella, a pesar de sus avances continuados, no lograba darle alcance. Jesús proseguía sin descanso su ruta hacia el Calvario, y gritaba a su Madre: «Allí nos encontraremos.»

II. María imitó, como corredentora, la humildad de su Hijo

Ya sobre la cuna de Jesús soplaban aires de muerte. Las voces lejanas de los Profetas dejaban oír estas palabras: expiación, víctima. Desoladores presentimientos laceraban el corazón de María. ¡Cómo! ¿será abofeteado este dulce rostro, serán traspasados con clavos estas manecitas y estos pies ternísimos? ¿Será enarbolado este inocente en la cruz infamante?

¡Ah! ¡si Ella pudiera tomar el lugar del Hijo! No, no lo tomará; pero lo ocupará con Él, porque Ella no es solamente su Madre, sino también su aliada en la redención del mundo.

Como Madre, tendía a unir toda su vida, toda su alma, a cada intención, a cada sufrimiento, a cada latido del corazón ele su Hijo. Dios secundó este esfuerzo: hízola *Corredentora*. Vedla, pues, armada del derecho a compartir las humillaciones redentoras de Jesús; más aún: del derecho a quererlas con Él. Jesús quiere ser humillado, y María consiente en ello. Sufre con esto horriblemente, pero sigue queriéndolo.

Su Hijo quiere morir, y Ella quiere que muera: junto con Él es inmolada en el Calvario. Cuando Jesús ha expirado, ¡oh sublime oficio! Ella queda sola para sobrellevar las humillaciones que esperan al cuerpo inerte de su Amado. De este modo, merced a Ella, se prolonga aún el sacrificio.

III. Mi deber de imitar con María la humildad de Jesús

Cuando Jesucristo, próximo a morir en la cruz, dijo a San Juan que María sería su Madre, su intención fue erigir a María en Madre espiritual de todos los hombres. En aquella hora, María deseó ardientemente que sus nuevos hijos se sintieran impulsados a imitar, en pos de Ella y con su auxilio, la adorable humildad de su Hijo divino. Esta fue una de las gracias por las que ofreció a Dios sus dolores indecibles. ¿Me haré insensible al deseo de Aquella que, siendo Madre del Salvador, pasó a ser también Madre mía?

Si María imitó tan perfectamente a Jesús humilde, fue por razón de su amor incomparable. Sólo el amor posee la fuerza de imitar hasta tal punto las humillaciones de Jesucristo. ¿No querré, definitivamente, ser humilde por amor?

Ser humilde por amor es hermoso; es dar a esta virtud un móvil más elevado que el suyo propio. Es regular, por cuanto la caridad es la reina de las virtudes, su formadora, la única que les da vida. Es sabio, pues nada es tan poderoso como el amor, nada tan atrayente como lo que éste inspira. Sí, por la vía del amor es por donde podré llegar más holgadamente a ser humilde.

El temor cohíbe. Puede detenernos en la pendiente del mal; llegará tal vez a dar algún impulso hacia el bien; pero sólo el amor abre dilatados espacios, eleva siempre a mayor altura y aleja, así, del mal lo mejor posible.

Con María contemplaré a Jesús, humilde en sus misterios, en sus palabras, en su Corazón sagrado, en su Eucaristía.

Con Ella gustaré de imitarle, saboreando estas inspiradas palabras: «Corramos tras Él al olor de sus perfumes» (Cant. 1, 3).

CUARTA PARTE

El alma verdaderamente humilde

ESTUDIO PREPARATORIO

Humildad verdadera y humildad falsa

Ya estoy convencido y resuelto: quiero ser humilde. Pero este impulso necesita ser dirigido. Las ideas falsas que me envuelven, mis errores personales unidos a los hábitos contraídos, son causas permanentes de desviación. Leyes desconocidas y consecuencias mal deducidas pueden hacerme concebir una humildad incompleta o falsa. De ahí la conveniencia de una serie de meditaciones que me guíen y me ilustren para llevar a la práctica las convicciones adquiridas.

Empezaré por considerar los caracteres y los efectos de la verdadera humildad para apreciar exactamente su esplendor, el cual hará resaltar las imperfecciones de mi humildad y con su hechizo, cautivará mi corazón. Para instar los atractivos de la verdadera humillad es menester que me arme y me fortalezca frente a las insuficiencias, las ilusiones y la falsedad de ciertas formas de humildad. Descartaré, por lo pronto, la que podemos llamar humildad *racionalista*.

Humildad racionalista

1° En qué consiste. Es una humildad que no se apoya en la fe, sino tan sólo en los juicios y puntos de vista de la razón. No estimarse locamente a sí mismo y no menospreciar a

las personas dignas; no emprender nada por encima de las propias fuerzas y no elevarse sobre los propios méritos; no mostrar arrogancia ni vanidad, he aquí lo que llena las exigencias de esta humildad.

La humildad de los Santos la ofusca; la doctrina de los maestros de la vida espiritual choca con sus ideas íntimas y le hace decir: «Hay algo aceptable y algo repudiable», o bien: «Esto es absurdo».

La humildad racionalista no es siempre dogmática; de ordinario se contenta con ser práctica. No es aquí la razón quien se engaña; es la naturaleza, la cual arrastra. Se admite íntegramente la teoría cristiana de la humildad, pero no se piensa en aplicar sus conclusiones, o bien se hurta uno a las exigencias de la misma mediante unas explicaciones tranquilizadoras: ocupar el primer puesto es respetar la propia jerarquía; hablar con elogio de sí mismo es sencillez; aceptar lisonjas y cumplidos es santa libertad.

Esta humildad es falsa en sus principios, al no tener en cuenta los dogmas de la fe. Es insuficiente en su alcance moral, pues no logra su objetivo, que es la perfección espiritual en la imitación de Cristo.

2° Cuánto es de temer. Seduce al presentarse respaldada por la razón: no quiere exageraciones que choquen, ni graves desórdenes, ni fealdad alguna que delate algo malo.

No es contraria a la naturaleza. Nuestras tendencias naturales no van más allá; el sentimiento innato de lo justo y de lo bueno se encuentra ahí satisfecho.

El sentido común de la humanidad se muestra ahí de acuerdo con la razón y la naturaliza: ¿no piensa así todo el mundo? y con esto queda excluida la duda práctica. Víctima ¿el error común, queda uno en trance de carecer de humildad verdadera.

3° Cuán insuficiente es la humildad racionalista. Detiénese en el umbral de lo sobrenatural, y no ve más que el terreno humano. Aquí el error consiste en sacar conclusiones; partiendo de una visión imperfecta y parcial. Los dogmas relativos al pecado original y a la necesidad de la gracia elevan singularmente la perspectiva; horizontes desconocidos de dependencia se revelan entonces a los ojos de la fe; y ante estos descubrimientos superiores la inanidad de la humildad racionalista aparece manifiesta.

Lo rastrero, que hemos convenido en llamar buen sentido, es insuficiente para juzgar las cosas de lo alto. Entre los paganos ese buen sentido calificaba de locura el sublime anonadamiento del Calvario; entre los cristianos, suscitaba a aquellos «enemigos de la Cruz» de que hablaba San Pablo «con lágrimas» (Filip. 3, 18). ¡Cuántas almas tenidas como piadosas están impregnadas de este espíritu humano, en detrimento del sentido cristiano, y despojan de sus exigencias sobrenaturales la humildad de Jesús!

Si mi humildad no es la del Maestro, carecerá de fuerza para sostener el edificio sobrenatural y de valor ante Dios para atraerse sus gracias. Se engaña el que se cree humilde porque no es arrogante, ni vano, ni ambicioso ni susceptible. Hay que volver a la escuela de Belén, de Nazaret y del Calvario para entender mejor las enseñanzas de Jesús; hay que tomar como ideal, no la modestia de los sabios, sino la humildad de los Santos.

Humildad encogida y pusilánime

No es verdadera humildad la que me hace indeciso cuando he de tomar un partido, tímido en dictar una orden, lleno de turbación para realizar un acto de firmeza obligada. La humildad verdadera no achica las ideas ni paraliza la acción.

Omitir un acto de virtud o una obra de celo para no exponerse a la vanidad, es propio de un alma encogida; temblar ante las dificultades, no es humildad, sino pusilanimidad.

La voluntad de Dios ha de ser la única regla de mis actos, y mi seguridad debe fundarse en la gracia. No merece el nombre de virtud la egoísta timidez que, pensando sólo en su seguridad, estrecha el corazón y paraliza el celo.

Complacerse en sí mismo, es un defecto; pero también lo es sentir de sí tristemente hasta llegar al desaliento. Ver como malo lo que uno hace, no es justo ni sabio; el bien que hay en mí es principalmente de Dios.

Despecharse a causa de las propias faltas, es conocerse mal y conocer mal a Dios. La humildad verdadera aviva el pesar, la oración, el esfuerzo; la humildad falsa produce aqueja cobardía que rehúye el pesar, la oración y la lucha.

La humildad encogida es funesta en el ejercicio de la autoridad. Uno no se atreve a dar órdenes, o lo hace con una timidez que priva a los subordinados de una fuerza que es su derecho. Uno se deja criticar y reprender sin pensar que entrega al menosprecio a Dios, presente en el superior; todo esto con grave detrimento del bien.

¿Cómo corregir la humildad encogida?

Al par del racionalismo, la estrechez de espíritu tiene de la humildad un concepto parcial, y aun defectuoso. Supone orgullo donde no lo hay: en tal principio o en tal acto, que ella cree contaminados. No ve el conjunto, que permite determinar el valor de los pormenores; capta vivamente tal o cual punto particular y le presta unas proporciones

exageradas. Tampoco distingue las circunstancias que hacen que otra virtud, la caridad por ejemplo, impida a la humildad, no que exista, sino que aparezca.

El remedio consiste en no fiarse del propio juicio, en leer libros que puedan ilustrarnos, en seguir con confianza los consejos del director espiritual. Una formación deficiente suele ser la causa de esa estrechez; una formación nueva, más sólida, más inteligente, puede conducir a unas ideas más amplias y más justas.

Causa y remedio de la humildad pusilánime

La pusilanimidad proviene del carácter; depende de toda disposición que da acceso a un temor. Este puede emanar de una circunspección demasiado inquieta o de una voluntad demasiado débil. Estos dos defectos determinan la vacilación y la inconstancia: uno no sabe qué partido tomar o no quiere hacerlo resueltamente; no se decide del todo; en el curso de la operación se deja arredrar por el menor incidente.

La elección del remedio depende de la causa que produce el mal. ¿Es uno prudente con exceso o muy meticuloso? Corte por lo sano, decídase a primera vista en las cosas ordinarias, no cavile demasiado en los casos importantes, tome siempre una decisión firme y no afloje en lo que sea cosa resuelta. Si alguna vez se equivoca, bástele recordar que los más sabios no se sustraen a los azares de la influencia humana.

Si uno es de natural poco decidido, fácilmente turbado por los obstáculos y los ataques, guárdese de tomar por humildad su flaqueza y de ceder sin más ni más; antes bien, impóngase el deber de salvaguardar sus derechos y su dignidad, y de mantener sus mandatos y sus advertencias, mientras no sea evidente que se equivoca. En realidad, al igual de la humildad encogida, la humildad pusilánime proviene de una preocupación de sí mismo y de un olvido de Dios. Ambas son contrarias a la prudencia, cuya misión es el gobierno de todas las virtudes; ambas son a propósito para desacreditar la humildad en perjuicio del orden social.

Humildad falsa en su expresión

Pocas almas escapan al error de tener por humildad las manifestaciones puramente externas de esta virtud. Jesús denostaba severamente a los fariseos, los cuales se creían humildes porque se prosternaban en las calles, sin renunciar a la convicción de su propia superioridad ni al menosprecio de los demás. Sin llegar al extremo de semejante hipocresía, se disimula con harta facilidad, mediante gestos y fórmulas, la insuficiencia de la humildad real e interna.

Protestar que no valemos nada, mostrarnos deferentes con el prójimo, adoptar en la iglesia una actitud compungida... a esto llamamos humildad. Pero sondeemos nuestro corazón: ¿de verdad crees que nada vales? Cuando te inclinas, ¿tolerarías que alguien te mirara con altivez? ¿A qué ese enojo, esa rebeldía interior, cuando se te juzga poco apto, cuando te contradicen o, simplemente, prescinden de ti?¹.

^{1 «}Ciertas personas, escribe S. Francisco de Sales, andan diciendo que no son nada, que no son más que abyección, imperfección y miseria; sin embargo, no son capaces de tolerar que se les diga una palabra despectiva sin quejarse de ello enseguida. Si descubrís en ellas alguna imperfección, guardaos de decírselo, pues se molestarían...

[»]Yo no llamo humildad, añade, al ceremonioso conjunto de palabras, gestos, inclinaciones, reverencias, etc., cuando se hacen, como de costumbre, sin ningún sentimiento interno de propia abyección y de justo aprecio del prójimo... Esto más bien debe llamarse fantasma de humildad.»

El origen de este defecto se encuentra en la adopción de fórmulas y actitudes forjadas en ambientes piadosos, las cuales son sinceras a algunas personas, y en otras no pasan de ser un simple eco. La humildad sólo es hermosa y auténtica cuando en ella todo se armoniza en la sinceridad, en el acuerdo entre la palabra y el sentimiento, entre el gesto exterior y la convicción íntima.

Si mi humildad no llega a inspirarme el bajo sentir que los Santos profesaban de sí mismos, no debo expresarlo ni fingirlo con ni actitud; conserve mi humildad la belleza de lo que es inferior, pero verdadero. Siempre habrá defectos que podré confesar, inferioridades de que estaré convencido, desaciertos que no tendré empacho en reconocer. Mi humildad será menos profunda, pero será sincera; no me inspirará una actitud de gran abatimiento, pero me permitirá una postura exenta de pretensión.

San Francisco de Sales afirma que «hablar de sí mismo es tan peligroso como andar sobre asa cuerda». Lo más peligroso es hablar mal de sí. En efecto, ¿quién desea que se le crea esto? Se necesita ser santo para hablar de sí mismo con toda sinceridad.

Ocurre, a veces, que el orgullo saca provecho de los gestos y las fórmulas más humildes. Aparenta uno ocultarse, y no piensa sino en hacerse buscar; habla mal de sí para que los otros hablen bien; ruega que se le corrija, para que le alaben. Cuando se acusa de una falta, es porque ya es muy conocida; cuando exagera sus desaciertos, es para ahogarlos en la humildad de su afirmación. El P. Rodríguez llama a esta humildad «humildad de gancho», porque uno se sirve de ella para atraerse elogios, a la manera que

hay quien se vale de un gancho para hacerse con los objetos que no están al alcance de la mano.

Humildad superficial

La humildad puede ser falsa aun en su mismo sentimiento. Así como se sacan del ambiente espiritual unas fórmulas y unos gestos que no expresan la verdadera virtud que en apariencia se posee, así también se forjan ciertas impresiones que inducen a engaño sobre la humildad real. Una persona piadosa ha leído vidas de Santos, y ha sentido la más viva admiración por el milagro de su humildad. Arde en deseos de imitarlos, lo cual es muy de alabar.

Pero, en breve, se figura esa alma tener la humildad de los Santos, porque la admira y porque se cree obligada a profesar el menosprecio de sí mismo, como lo profesaban ellos. Interrumpid sus gemidos, aparentemente arrancados por la conciencia de su miseria, y decidle: «¿Conque eres tan vil, tan abyecta, tan culpable?» Al punto la veréis sorprendida y enfriada; un ligero pinchazo ha desinflado el globo.

Su humildad es puramente superficial; no brota de una convicción honda, como la de los Santos. Esa alma no tiene el sentimiento real de su bajeza. Comience por ser lo suficientemente humilde para reconocerlo; persuádase de que millares de imperfecciones llenan su vida; de que conserva poco recatados numerosos defectos manifiestos a los ojos ajenos. Guárdese de permitir que su conciencia sea oscurecida o falseada por un hábito de sentimientos convencionales. Sea sincera delante de Dios, que lee en los corazones.

Humildad de ilusión

Si hay ambientes que comunican la impresión superficial de la humildad, hay, también, temperamentos que forjan la ilusión de la misma. Son aquellos en los que señorea la imaginación.

Un alma de artista, de poeta, de músico, puede engañarse a sí misma y engañar a los demás sobre su dureza y su egoísmo, al recorrer toda la gama de la sensibilidad y al exaltar con entusiasmo las más puras abnegaciones. Su fantasía se apodera de una situación, se encierra en ella y con ella se identifica. Ella es quien siente, quien habla, quien obra. El oficio que, merced a su fantasía, desempeña con naturalidad, se le antoja que traduce y expresa su propia persona; tiene dos vidas, y solamente conoce una.

Existen almas así, en punto a humildad. Admiran esta virtud, la desean, la aman y celebran su hermosura. Pero consideran como adquirida una virtud que sólo existe en su imaginación. Viven un ensueño de humildad. La sacudida de una humillación concreta y sensible las arranca de ese ensueño, y tornan en su amor propio. Había en ellas dos personas: un ser convencional y de pura fantasía que tenía la ilusión de la humildad, y un ser real que no ha despojado a su orgullo de su sustancia íntima.

Si mi imaginación es viva, debo ponerme en guardia: ella es capaz de llevar a la humildad, como en todo, su poder de ilusión. Realiza las cosas en sueños; en el terreno práctico carece de alas. Rendida, si no desengañada, se duerme. La imaginación puede ser un precioso auxiliar, pero necesita ser debidamente contrastada.

Humildad sin vida

A las influencias del medio y del temperamento se añade una tercera parte de ilusión: la influencia persistente de las virtudes desaparecidas.

Hállase en ciertas personas orgullosas que practican actos de humildad, confiesan su miseria y algunos de sus desaciertos, se colocan en los últimos puestos y hasta se presentan como responsables de males públicos. ¿Cómo se explica este fenómeno?

Se explica por los vestigios de virtudes extinguidas. Cabe aplicar a la humildad la observación que hace San Francisco de Sales sobre la caridad. Dice así: «Este resto de amor que sobrevive a la caridad en el alma culpable no es la caridad, sino un pliegue o inclinación que la multitud de actos ha impreso en nuestro corazón...; es un simple eco que repite la voz. No es la palabra de un ser viviente, sino la de una roca hendida y vacía».

Sí; cuando el orgulloso profiere contra sí mismo denuestos exagerados, su acento suena a falso; son fórmulas en otro tiempo sinceras que él ha retenido; es una necesidad anteriormente sentida que persiste como de rutina. El hábito es aún lo suficiente recio para provocar, a las veces, alguna emoción; pero la humildad está ausente. Ya no existen ahí el alma y la vida de la humildad.

¿Cómo evitar la ilusión en punto a humildad?

Estamos expuestos a tantas ilusiones, que uno se pregunta dónde mora la verdad. Si siento repugnancia hacia la humildad, no soy humilde; si ésta me inspira admiración, tampoco es esto ser humilde. Hago actos de humildad en la oración; me reprimo cuando hieren mi amor propio; gusto de hablar mal de mí, y la idea de la humildad va acompañada de gozo; ¿soy humilde?

De los actos de humildad que uno multiplica en la oración nada hay que decir, pues son demasiado fáciles para que su testimonio sea fehaciente en favor de la virtud.

Reprimirse cuando es herido el amor propio, tampoco prueba en absoluto que haya humildad. A menudo basta para esto la prudencia, y aun el mismo amor propio puede aconsejar esa regla de conducta: el deseo de no pasar por orgulloso puede dar razón de tal esfuerzo.

Respecto al placer que uno experimenta hablando mal de sí mismo y el gozo sensible que acompaña a la idea de la humildad, no hay que hacer de ello mucho caso. Estos gustos, muy reales en las grandes almas, en las almas ordinarias no suelen ser otra cosa que un cierto contentamiento de sí o, a lo sumo, una admiración platónica de la virtud

Aguardad las ocasiones positivas: un desprecio sin compensación alguna, una preferencia en favor de otros que nos humilla, un fracaso de que se nos hace responsables, una confianza que se nos retira, o, simplemente, un reproche merecido, ¡Ah!, si el gusto persiste, si acoge sin ostentación esas humillaciones, si derrama en el alma un contentamiento profundo y presta a la vida espiritual un aumento de fervor, tranquilizaos: semejante gusto no proviene de la naturaleza; sólo puede inspirarlo Dios.

Es bueno llevar la humildad, como también las otras virtudes, a la mayor perfección posible; pero si se hace esto echando mano de fórmulas poco sinceras, dictadas por la imaginación o por los sentimientos de los Santos, no producen otra cosa que la ilusión de la virtud, y acaso el

orgullo. Por el solo hecho de ser vacías y vanas, ya no son dignas de Dios ni aportan vigor al alma.

Oficio de la voluntad y de la sensibilidad en la virtud

En el decurso de estas meditaciones puede uno sentir desaliento al comprobar que carece de las disposiciones características de la verdadera humildad. Las desea sinceramente y ha decidido ejercitarse en ellas cueste lo que cueste: he aquí el impulso virtuoso, la humildad de voluntad, la única que actualmente es posible para gran número de almas.

La virtud reside en la voluntad, y la inclinación que constituye su esencia es una inclinación de la voluntad, no de la sensibilidad. El gusto se seguirá, tal vez, de un hábito prolongado, o brotará de un gran amor. Él estimulará los actos y prestará mayor atractivo a la virtud; con todo, jamás la constituirá de suyo, y sin él podrá la virtud existir, actuar y desenvolverse.

No hay que confundir la voluntad con la sensibilidad: aquélla es la determinación, la elección; ésta es el gusto o el disgusto, la impresión placentera que atrae, o la impresión penosa que rechaza. La sensibilidad ama lo que es conforme a sus gustos; la voluntad, lo que es conforme al deber.

Es, pues, posible amar y detestar, a la vez, un mismo objeto. Así, la sensibilidad puede complacerse en una satisfacción del amor propio que la voluntad no aprueba.

La voluntad tiene a la sensibilidad bajo su dependencia, por cuanto preside la vida moral entera. Cuanto mayor es su fuerza, mayor es también su imperio sobre la sensibilidad, la cual, a su vez, le presta el concurso de sus gustos y de sus fervores.

Pero la voluntad no ejerce sobre la sensibilidad un dominio directo y absoluto; no puede obligar a esa facultad caprichosa a sentir tales o cuales impresiones, si bien puede presentarle y realzarle los objetos que las determinan. Ciertos obstáculos impiden a menudo el éxito de su acción: el gusto sensible depende del temperamento, de las circunstancias favorables, de la novedad, etc.

También interviene Dios: tan pronto se limita a permitir el juego regular de esas disposiciones contrarias como a actuar por Sí mismo: «Yo aumentaré tu sensibilidad», dijo el Salvador a Santa Margarita María.

Cuando la tentación aporta, a su vez, turbación, disgusto, rebeldía, la prueba es completa; pero la virtud permanece intacta en las alturas de la voluntad.

¡Animo, pues! Dios vela sobre mí. De mis pensamientos de desacierto, de mis repugnancias y de mis terrores suscitados por diversas meditaciones, saldré más decidido, más amado de Dios, más humilde.

PRIMERA MEDITACIÓN Caracteres de la verdadera humildad

Preparación para la víspera

La humildad es una virtud y, por lo mismo, una fuerza permanente. ¿Hacia dónde dirige su esfuerzo? Hacia una tendencia peligrosa que hay que enfrenar: la tendencia a exagerar nuestra propia estima y a destacarnos ante la opinión de los demás. La humildad le opone, primero, la inclinación al simple oscurecimiento y, luego, origina la

inclinación al desprecio de sí mismo que en algunas almas se trueca en verdadero amor.

Semejante disposición, ¿no es contraria a la naturaleza? No; porque, siendo eminentemente pacificadora y benéfica como tendencia, no puede ser antinatural sino en sus actos. Mas, si la tendencia depende de la virtud especial que tiene en ella su impulso, los actos dependen de la prudencia. Esta salvaguarda los derechos de las virtudes, mantiene la dignidad personal y toma iniciativas útiles; por ella, en una palabra, se hace lo que debe hacerse. La humildad no interviene sino para imprimir a toda esa actividad un carácter, en cierto modo impersonal, estableciendo, así, la libertad de Dios en su acción sobre el alma y la fidelidad del alma en su perfecta obediencia a Dios.

I. Inclinación al oscurecimiento

«Desea ser desconocido, *ama nesciri*». Esta frase del libro *Imitación de Cristo* revela el primer carácter de la verdadera humildad. «La humildad, dice San Francisco de Sales, oculta todo lo que es virtud y perfección humana; no lo hace aparecer si no es por caridad... Es sencilla, ante todo; no quiere aparentar que sabe lo que ignora, ni fingir que ignora lo que sabe».

El alma verdaderamente humilde no gusta de elogios, pero tampoco sabe repudiar los que cree merecer. En este caso se ingenia por desviar la atención, lo cual es fácil: habla a los otros de sí mismos, y al punto es olvidada. Una persona poco humilde adoptaría una actitud indignada y negaría la evidencia: actitud falsa, humildad sospechosa. El oscurecimiento humilde no puede prescindir de la verdad y de la sencillez.

La humildad, cuando triunfa, lo hace redundar todo a mayor gloria de Dios; cuando fracasa, se acusa a sí del fracaso. La razón se asombra de esta parcialidad; pero el alma se la explica a maravilla: ¿no es Dios, por ventura, el principio primero e indispensable de todo acto bueno? ¿Acaso el Ser perfecto puede ser parte en una quiebra?

Por lo demás, ella apenas piensa en el bien que hace y, menos aún, en los elogios que recibe. Lava con esmero las vanas complacencias que embadurnan el vaso, porque sabe que los residuos que quedan en las paredes podrían corromper todo el bien que Dios puso en él interior del mismo.

Escoger el empleo menos vistoso, el puesto más oscuro, le parece cosa natural. No ambiciona nada honorífico; y si es llamada a realizar grandes cosas, acude a ello envuelta con el manto de la modestia. Busca doquiera el olvido, como en el estío se busca la sombra, y se encuentra bien ahí.

Por gusto se siente inclinada hacia los pequeñuelos y los pobres. Cuando el orgullo no ciega, Jesús se transparenta en ellos: «Lo que hiciereis al más pequeño, dice, a mí lo habréis hecho».

II. Inclinación al desprecio de sí mismo

En la *Imitación de Jesucristo* se leen estas palabras: «Quien bien se conoce, se desprecia». He aquí la segunda característica del alma verdaderamente humilde. La humildad de oscurecimiento tiene por objeto la estima de los demás, y modera y encauza el deseo innato que de ella tenemos. La humildad relativa al desprecio de sí regula la tendencia a la propia estima cuyos desvíos son muy funestos.

El alma humilde se aplica a conocer lo poco que ella vale. A este efecto, piensa a menudo en lo que la menoscaba en punto a talento, cualidades externas, dones de la gracia; etc.

Viendo sus defectos, sus inclinaciones viles, y sintiendo sus virtudes siempre vacilantes, se sonroja de las pruebas de estima que le es fuerza sobrellevar, y exclama: «¡Si lo supierais todo!».

Si alguna vez comete uno de esos desaciertos que sólo perjudican al amor propio, se aplica a saborearlo, guardándose de atenuar, sin motivo, la mala impresión producida.

Si se trata de una falta, la detesta como ofensa de Dios, pero se goza en la humillación que va aneja a esa manifestación de su flaqueza incurable y que hace resaltar la misericordia del Señor.

Siempre recelosa de sí misma, el alma humilde consulta de buena gana aun a sus inferiores, si la prudencia lo permite, y se huelga de atribuir sus éxitos a los consejos recibidos.

En los medios donde rige la práctica de la amonestación, hace a ésta fácil y suave; incita a que se le diga con toda libertad cuánto hay en ella de defectuoso; encuentra justas las advertencias y las agradece con toda sinceridad.

En el confesonario declara las faltas humillantes del tiempo pasado; manifiesta los móviles bochornosos, y se guarda muy mucho de desvirtuar el efecto de sus acusaciones con hábiles medios que podrían hacerla aparecer humilde en vez de vil.

Cuando se la reprende o se la advierte de un error o de una imprudencia, el desprecio de sí exige, primero, que

reflexione; después, si la advertencia es justa, que la agradezca con franqueza, sin añadir ninguna de esas alegaciones que dejan al descubierto el amor propio herido: «¡Oh!, tiene usted razón. No tengo sino defectos... ¡Ah! ¡si conociese usted el abismo de mí misma!»

Por el contrario, cuando se te hace una advertencia y tú la desdeñas; cuando muestras despecho y exclamas en un rapto de mal humor: «Después de todo, es cosa de usted... Por otra parte, usted sabe más que yo», no hablas bajo el influjo de la humildad. De un acto de caridad haces una cuestión de amor propio, y el celo se detiene, desconcertado. Una humildad profunda, no considerando sino el mayor bien, acaso habría aconsejado suaves insistencias para con un igual, o enérgicas repulsas para con un inferior confiado a nuestro cuidado.

III. Inclinación a estimar a los demás

Léese también en la *Imitación:* «No tener alta opinión de sí y estimar en mucho a los demás, es gran sabiduría y elevada perfección.»

La estima del prójimo no es un acto directo de humildad, pero es su efecto más constante y su prueba más inequívoca. Si yo gusto realmente de oscurecerme, nadie me hace sombra; si siento un sincero menosprecio hacia mi persona, con esto solo ensalzo proporcionalmente a los demás. Es lo contrario del orgullo, el cual, al ensalzarse a sí, rebaja a los otros.

«Ten a los otros por mejores que tú», dice el Apóstol. He aquí la regla del alma humilde: no se prefiere a nadie y nunca piensa mal de los demás.

Sus propios defectos le ocupan bastante para que pueda dedicarse a considerar los ajenos. Si los advierte, los excusa o los mira con indulgencia¹. Es más celosa de esa delicadeza sus pensamientos que en sus palabras, porree con ello adelanta más en la virtud.

El desprecio del prójimo le causa horror; desaprueba todo asomo de tal sentimiento que le asalte el corazón; pugna por reemplazar por una impresión favorable cualquiera impresión ingrata a los ojos de los demás, fijando la mente en las buenas cualidades de aquella persona o en el amor que Dios le dispensa.

En todas sus relaciones con el prójimo la humildad induce al alma a mostrarse justa, parcial y generosa. No es exigente ni raquítica; no se molesta por una preterición o por una falta de miramiento. Es fundamentalmente apacible y con facilidad agradecida, porque cree no merece cosa alguna.

Si por azar es blanco de alguna injusticia o de alguna violencia, empieza por examinar si ha dado lugar a ello; después, pensando en sus propias faltas, reconoce que Dios tiene perfecto derecho a valerse de los otros para castigarla. Nada hay, pues, tan suave como el corazón humilde; parece haber perdido la triste facultad de airarse; ¡se siente tan pobre!².

¹ Esto no significa que se apruebe lo que es malo o imperfecto. Esto no debe impedir que se juzgue para dirigir a los otros o para defenderse uno a sí mismo. Inclinarse a creer que los otros son mejores que yo, no implica el deseo de imitarlos en las obras defectuosas.

² Esta disposición no se opone a la defensa legítima de nuestros derechos e intereses, pero depara un sosiego que permite ver más claro y una benevolencia que conduce a las conciliaciones.

SEGUNDA MEDITACIÓN Efectos de la verdadera humildad

Preparación para la víspera

Una virtud puede ser conocida por sus caracteres o por sus efectos. Los caracteres revelan su esencia; los efectos, su acción. Una humildad que tenga toda su esencia es necesariamente verdadera; una humildad que produzca todos los efectos de que es capaz, lo es igualmente. Estas dos pruebas jamás se contradicen; su examen sucesivo nos adentra más en el conocimiento y el amor de la virtud.

¡Qué alientos para mí si en mis disposiciones encuentro algunos rasgos de la humildad, o en mi vida algunos de sus efectos! ¡Qué amonestación, si compruebo unos caracteres o unos efectos contrarios!

Mañana meditaré los más saludables efectos de la humildad: 1° la paz; 2° el fervor; 3°la fecundidad. La humildad verdadera es la vida espiritual en su pleno desplegamiento; una vida que se posee, que actúa y se difunde.

Dios mío, hazme comprender y gustar estas cosas; haz que saque de ahí mucho valor y algún goce. Si la vista de mi vida, tibia y estéril, me produce desaliento, haz que, como contrapartida, me preste alas para volar en busca de mayor humildad. El acrecentamiento de esta virtud me aportará un remozamiento de paz, de fervor y de fecundidad.

I. La paz

Encontraréis la paz, *invenietis requiem*...»: tal es la promesa de Jesús a los que pongan en práctica la lección propuesta en estos términos: «Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón» (Mt. 2, 29).

«La paz es la tranquilidad del orden», escribe San Agustín. La paz es el orden mantenido. Ahora bien, la humildad es el orden en todos los grados; ella nos hace sumisos a Dios, afables con el prójimo y resignados en medio de nuestras miserias. ¿De dónde puede venir, pues, la inquietud?

La paz es el gran patrimonio del destierro, como la bienaventuranza es el gran patrimonio de la patria, porque ambas son el reino de Dios.

La paz es la más imperiosa necesidad del alma. Para avanzar hacia Dios es menester ser puro, pero también estar en paz.

El orgullo es un desorden que nos disgusta y que aporta inquietud. El orgulloso se queja fácilmente de los hombres, de los acontecimientos y de Dios mismo; se aferra en su voluntad y se enoja frente a las resistencias. Es ambicioso y se despecha; le deprime el fracaso y no le apacigua el éxito. Buscándose a sí mismo en vez de buscar a Dios, jamás está satisfecho.

¡Dichoso él si le sacude una decepción amarga que, haciéndole entrar en sí, le lleve a la humildad! Entonces hallará su puesto junto con la paz. La humildad calma el dolor, repara el mal, nos hace entrar en vereda y nos abre el corazón de Dios. ¡Cuán suavemente se descansa en este acogedor corazón!

Una humildad generosa, pronta a las grandes humillaciones, encuentra allí una paz inmensa y un gozo celestial que la consume como un holocausto de perfume incomparable. Ese gozo sólo invade las alturas del alma, dejando, por lo común, en la sombra la parte inferior. Al alma inmolada le es necesario permanecer humilde a sus propios ojos.

«Hijo mío, dice la *Imitación*, aplícate a cumplir la voluntad ajena con preferencia a la tuya. Elige siempre lo menos y no lo más. Ocupa siempre el último lugar y asume el oficio de la sumisión. Pide que se haga plenamente en ti la voluntad de Dios. Por este camino entra el hombre en la región del reposo.» ¿No es la misma humildad quien ha trazado esta ruta hacia la paz?

Los fracasos, las decepciones humillantes, las faltas cometidas, mi constante miseria, me turban, me desconciertan, me tornan descontento de mí y de los demás. Es que no poseo aún la prontitud y la inclinación propias de la virtud de la humildad.

Envidio la paz de las almas grandes en medio de los oprobios, porque ella es el signo de una fortaleza que hace a uno dueño de sí misino. Dios es quien da esta belleza moral.

II. El fervor

La humildad hace al hombre maleable para la acción de la gracia divina», dice Santo Tomás ¹. El fervor es la actividad espiritual; una vida en la que las virtudes actúan, se entreayudan, se desenvuelven. Este ejercicio se hace, a veces, con facilidad y a veces exige esfuerzos; tan pronto es la primavera con sus flores que nos encantan, como el otoño con sus hojas amarillentas y sus frutos maduros.

Consolación o prueba, primavera u otoño, siempre es hálito de intensidad vital. Pero esa actividad depende de la abundancia de gracias. La gracia es la savia que asciende y

¹ Humilitas... praebet hominem patulum ad suscipiendum influxum divinae gratiae (Sum Th., 2.ª, 2.ªe, q. 161, a. 5)

163

difunde la vida en todo el ser. Si falta la gracia, sobreviene la inercia; con la gracia, todo es impulso y progreso.

Pero las gracias dependen de Dios, que es libre en su distribución. El mejor medio para obtenerla es agradarle; ahora bien, el alma le agrada por su *fisonomía* y le complace por su *actitud*.

La fisonomía del alma humilde es una mezcla de respeto, sumisión y amor; un reflejo del sentimiento profundo de su miseria; una expresión inimitable de verdad y sencillez. ¿Cómo no ha de agradar a Dios?

Su actitud es la del pobre que siente su necesidad y pide. Su más natural propensión es mirar a Dios postrado de rodillas. Como dice la Escritura, «la oración del humilde penetra los cielos» (Eccli. 35, 21).

Las miradas del Todopoderoso son atraídas por el alma humilde y sus oídos ceden al encanto de su plegaria. Abre su corazón, y vierte sobre ella un cúmulo de gracias cuya continuidad y pujanza corren parejas con la constancia de su actitud y la humildad de sus insistencias. Divinamente ilustrada y excitada, el alma avanza con rápido y seguro paso hacia la perfección y la santidad¹.

Por el contrario, el alma orgullosa desagrada a Dios y se aleja de sus misericordias. No siente necesidad de orar; ora mal y poco; por esto permanece lánguida como una planta sin sol. Réstanle, acaso, bastantes gracias para no

¹ «El fruto principal de la humildad consiste en hacernos de tal modo gratos a Dios, que su gracia, al no hallar obstáculos, abunda en nosotros y nos aporta la seguridad de mantenernos unidos a Dios por amor. Es la caridad perfecta» (Dom Marmion, Jesucristo, ideal del monje)

morir, pero no para vivir una vida intensa, para ser fervorosa.

Compruebo mi languidez espiritual, mis sequedades en la oración, mi poco entusiasmo frente a deberes molestos, mi escaso gusto en las cosas de Dios. ¿De dónde viene esta desgana? ¿No hay que atribuirla a insuficiencia de humildad?

No basta con descartar la necia vanidad, toda pretensión exagerada; no basta, si cabe hablar así, con no ser orgulloso. Esta humildad negativa excluye la falta; pero no engendra el fervor. Falta una acción más positiva, una mirada más suplicante, un vivo sentimiento de la propia bajeza, un sincero clamor a Dios.

III. La fecundidad

«Si el grano sembrado muere, lleva mucho fruto» (Juan, 12, 24). El grano de trigo se echa en tierra y toma apariencias de muerto; entonces es cuando lleva abundancia de frutos. La tierra, que oculta; la apariencia de muerte que reduce a nada, he aquí una imagen expresiva de la humildad, he aquí la condición de la fecundidad espiritual.

Dios se complace en escoger a sus auxiliares de entre los pequeños y los débiles, que sólo pueden aportarle una colaboración irrisoria. San Pablo dice que Dios eligió «la necedad, la flaqueza, lo plebeyo, el desecho, lo que es nada...» (I Cor. 27-28). Y añade: «para que nadie pueda gloriarse ante Dios».

Su objetivo consiste en hacer su intervención manifiesta y destacada, consiguiendo, así, toda la gloria en los triunfos. Un instrumento muy valioso podría figurarse que triunfa con sus propios recursos, arrebatando, así, a Dios la gloria

que le corresponde. Cuando Dios suscita hombres selectos, los hace aún más grandes por la humildad; pues no suele solicitar el concurso de los orgullosos, ni prestarles el suyo.

¡Cuántos talentos han quedado infecundos por esta sola razón! ¡Cuántas obras maravillosas, surgidas merced a los esfuerzos de un humilde San Francisco de Asís, de un humilde San Vicente de Paúl! Todo prospera en las manos de un humilde; todo se desvanece en las manos de un orgulloso, sin que él se lo explique. Posee destreza, y se emplea a fondo: ¿por qué, pues, no triunfa? Lea la Escritura: «Ni el que planta ni el que riega da la fecundidad; la da Dios» (I Cor. 3, 7).

Por otra parte, el humilde desconfía de sí mismo, reflexiona y consulta. Y estos actos constituyen la prudencia, contribuyen a los buenos resultados. El orgulloso obra al revés, suscitando oposiciones con su altanería y antipatías con sus aires de suficiencia. De ahí los fracasos.

Si Dios permite que el orgulloso haga algún bien, es por respeto a una misión que le ha confiado, por unas súplicas provenientes de otra parte o tal vez por amor a unas almas que no disponen de otro recurso. Su acción aparecerá manifiesta en el día de las postreras revelaciones. Mas, ya desde acá abajo, la inanidad de los auxiliares orgullosos es, a veces, descubierta. «Su sinrazón se manifestará a los ojos de todos» (II Tim. 3, .9).

¿Cómo se explica mi escasa actividad santificadora entre los que me rodean? ¿Por qué aprovecho tan poco las ocasiones de obrar sobre las almas? Es que no tengo el poder de un alma verdaderamente humilde. Sin humildad el talento no es más que una irradiación fría, y la actividad

no pasa de ser un esfuerzo humano. Atraerse al Dios creador con su gracia, he aquí el secreto del bien¹.

¡Dios mío!, dame esa paz que nada turba, porqué está uno muerto para todo lo que produce inquietud. Concédeme ese fervor que se lanza, que corre hasta alcanzarte, ¡oh Dios mío!, objeto supremo de mis ansias y anhelos.

Dame fecundidad; dame almas nacidas de mi amor y de mi celo desasidos de toda mira personal; esa fecundidad que siembra tu vida en las almas para transformarlas en Ti.

TERCERA MEDITACIÓN La humildad en mis relaciones con Dios

Preparación para la víspera

En otra parte he visto lo que soy delante de Dios. Todo cuanto he meditado me ha hecho sensible el contraste de nuestras situaciones respectivas. Mañana me situaré, más en particular, frente a los deberes que de ahí dimanan.

Estos deberes abarcan toda la vida cristiana. Mi objeto no será comprobarlos, sino más bien aprender a impregnarlos de humildad. Esto será la luz que me permitirá medir en su amplitud, la unción que me hará gustar sus delicias y la maravilla que exaltará la generosidad de mi corazón.

Quiero sumergirme en estas ideas y hacer de ellas mi vida. Quiero que el sentimiento de humildad acompañe todo el impulso de mi alma hacia Dios. Este sentimiento informará mi obediencia para hacerla profunda, resuelta y suave; se fundirá con mis actos religiosos, para

¹ Dios puede permitir que el humilde permanezca estéril. Desconocido en sus intenciones o en sus capacidades, mantenido al margen o paralizado en su celo, acumula unos tesoros de gracia que se difundirán por otras vías.

mantenerlos dignos de Aquel a quien adoramos postrados; me conservará constantemente bajo una vivísima impresión de reconocimiento y de amor.

I. El espíritu de sumisión

Escribe Santo Tomás: «La humildad, como virtud especial, consiste principalmente sumisión a Dios» ¹. Sumisión general: es el vasto campo de sus querencias y de sus deseos; sumisión firme y pronta: es el deber; sumisión dichosa: es mi bien, mi grandeza.

La humildad descarta la voluntad humana en cuanto principio independiente de determinación, reemplazándola por la voluntad divina. El alma muy humilde realiza, así, aquella petición sublime: «Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo»².

Halla sabios y buenos los mandamientos, detesta todo cuanto se opone a ellos. Está muy lejos de decir: «¡Ah!, si tal cosa no estuviera prohibida!» No distingue entre un pecado más o menos grave, porque no tolera ninguno.

Los consejos evangélicos la encuentran fácilmente decidida; los admira todos; y para practicarlos en la primera ocasión, sólo espera una indicación de arriba.

Escucha al Maestro en su propio interior; reconoce su habla por la paz que deja. ¿Cómo resistir a sus inspiraciones? No olvida, con todo, que el discernimiento de las invitaciones divinas compete a su director espiritual, en quien escucha al mismo Dios.

en las manos de Dios» (F. Lavallée, *Beatitudes*, p. 24).

168

¹ Humilitas, secundum quod est specialis virtus, praecipu respicit subiectionem hominis ad Deum (Summa Th., 2^e, q. 161, a. 2; ad 2.^{um}).

² «Yo defino la humildad: la voluntad de no ser otra cosa que un instrumento

El espíritu de fe le dice que la Providencia gobierna los átomos al igual de los astros; que traza las sendas de las vidas humanas como los caminos de los pueblos; que extiende su solicitud paternal, a partir de nuestra existencia, hasta al mínimo de nuestros cabellos¹; que todos los acontecimientos han sido previstos y dispuestos juntamente por todos sus atributos.

Dócil a estas verdades, el alma ignora la maledicencia; se conserva apacible en las aflicciones y sosegada frente a los contratiempos. Le es como connatural la resignación. «Dios lo ha permitido; Dios lo ha querido; Él es quien manda; es un buen Amo», he aquí toda su filosofía, por cierto admirable.

Las tentaciones, aun las más importunas, y las penas interiores, aun las más inexplicables, la encuentran siempre resignada. Es indudable que ella sufre, gime y teme; pero jamás se le ocurre decir: «¿Por qué? ¿Es esto justo?»

Se acuerda de sus faltas, de sus resistencias, de su orgullo, y piensa: «Esto es el castigo merecido; esto será el remedio.»

De este modo vive ella en medio de las tinieblas y de los asaltos, siempre confiada, cuando menos, y siempre humilde. ¡Ah!, ¡si le fuese dado leer en los ojos de su Padre celestial!

¹ «Hasta los cabellos de nuestra cabeza están todos contados (por el Padre)... En Él tenemos la vida, el movimiento y el ser» (Mat. 10, 36; Hechos 17, 28),

II. El espíritu de religión

Uno de los efectos más destacados de la humildad es el espíritu de religión, que es proferido con toda la fuerza de su inclinación propia.

El espíritu de religión corre parejas con el espíritu de humildad; tanto más se siente el espíritu de religión cuanto más se percibe la distancia que se interpone entre la nada y lo infinito. Cuando la luz de esta idea se proyecta sobre una vida, presta unas proporciones y un colorido maravilloso a todo cuanto concierne a Dios.

Todo es espléndido: la naturaleza, la iglesia pobre, el solo nombre de Dios. La vista de una flor, de un insecto, de un nido de pajarillos llena de una respetuosa ternura. El universo es un inmenso templo, donde se impone el recogimiento. La humildad es una voz que repite: «¡Cuán pequeña soy! ¡Cuán grande es Dios!» Y exclama jubilosa: «Aquel que dirige mis pasos inciertos, es el mismo que dirige la evolución de este vasto universo.»

El alma humilde lleva por doquiera el espíritu de religión. San Francisco de Sales, solo en su aposento, se sentía en presencia de la majestad divina y se comportaba con el mismo respeto que en público.

¿Cómo practica el culto el alma humilde? Para ella la iglesia es verdaderamente el palacio de Dios, el trono donde el Eterno recibe los homenajes que se le deben, el altar donde se le ofrecen los sacrificios agradables, el lugar santo de donde fluyen la palabra divina y las gracias de los sacramentos; el lugar consagrado, donde cada piedra merece una veneración emotiva. El espíritu de fe hace comprender estas cosas; el espíritu de humildad las hace sentir.

El humilde, al franquear el umbral sagrado, se considera como un mendigo introducido en el palacio del rey. Esta impresión se echa de ver en la manera de tomar el agua bendita, en andar y buscar sitio en el recinto sagrado. Quisiera poder estar siempre de rodillas. Si la fatiga le obliga a sentarse, pide a Dios filialmente permiso y conserva una postura modesta. No se toma la mínima libertad en las miradas ni consiente en la más pequeña tracción. Se considera indigno de que se le tolere allí.

¿Qué no hará durante, los oficios, los sermones, la Misa? ¿Qué, en la sagrada Mesa? Esa pequeña criatura, hija de la nada y del pecado, que ocupa en el espacio un punto imperceptible, es admitida en la intimidad de Aquel que lo es todo. Ella se maravilla, adora, ama.

Así, doquiera y siempre, el humilde se inclina a tratar a Dios como Dios.

III. El espíritu de reconocimiento y de generosidad

Juzgarse indigno de todo, verse pobre, sentirse enfermo; elevar, luego, los ojos al cielo; contemplar al Dios infinito, bueno, paternal e inclinado hacia esa misma criatura para levantarla, curarla, enriquecerla y amarla, ¿no es dar al sentimiento de gratitud la impresión verdadera y el acicate más poderoso? Pues esto es obra de la humildad.

La ingratitud depende más, acaso, de la irreflexión y del olvido que de falta de corazón. Puesto en presencia de la bondad, el hombre tiende naturalmente a ella; pero muchas veces pasa sin advertirla. Los beneficios divinos son cotidianos, nos envuelven por doquiera, se derraman sobre todos los hombres. Y nos habituamos a gozar de ellos como si se produjeran espontáneamente, sin una inteligencia rectora.

Los beneficios particulares no siempre despiertan nuestra atención soñolienta. Las relaciones sobrenaturales entre Dios y nuestra alma son en cierto modo continuas. Las gracias especiales no son raras, pero nuestros ojos no saben verlas.

A veces, un favor evidente se impone a nuestras miradas y provoca esta exclamación: «¡Cuán bueno es Dios!» Pero pronto, ocupados en sus dones, nos olvidamos de Él. Nos parecemos a los niños, que se dejan colmar de atenciones con el egoísmo de la inconsciencia.

Nada pone tanto de manifiesto los beneficios de Dios, nada obliga tanto al reconocimiento generoso, como el espíritu de humildad. Este dice: «Merecí el abandono, y soy objeto de una solicitud esmerada; merecí el odio, y soy objeto de amor». Este contraste podría prolongarse indefinidamente; su amplitud coincide con la de nuestras miserias y con la de las misericordias divinas. Nos recuerda aquel salmo en cuyos versículos se repite: «Su misericordia es eterna» (Sal. 135).

El alma verdaderamente humilde no teme contemplar en sí los dones de Dios. Las vistas contrapuestas de su miseria y de la bondad divina la mueven a cantar el *Magníficat* o a exclamar con el Salmista: «Cantaré eternamente las misericordias del Señor» (Sal. 88, 2).

Tan peligrosa es la vista del bien que hay en nosotros cuando está aislada, como útil cuando va acompañada de su contrapartida: la vista de la bondad de Dios, manantial de todo beneficio.

Lo que importa es, pues, sentirnos en posesión de la verdad íntegra. La liviandad de espíritu, el atractivo de la vana complacencia, la alabanza sobre todo, pueden conducir insidiosamente al alma fuera de la verdad. He aquí los enemigos que el alma humilde no puede portar.

CUARTA MEDITACIÓN La humildad en nuestras relaciones con el prójimo

Preparación para la víspera

Mañana meditaré sobre el comportamiento del alma humilde con el prójimo: 1° para con los superiores; 2° para con los iguales; 3° para con los inferiores.

Existe, sin duda, una humildad más elevada que la humildad práctica para con el prójimo, pues ésta tiene límites. En cambio, no hay otra más virtuosa, si es lícito hablar así, por cuanto habitualmente es costosa, a veces se subleva y pronto se desmiente.

Sin embargo, ella es el apoyo más sólido de nuestras virtudes. Sólo un alma humilde es justa y razonable, mansa y sufrida; sólo ella ablanda nuestro corazón y el de nuestros hermanos. Toda aspereza, todo descomedimiento, todo egoísmo, dan a entender la ausencia de la humildad.

Dios nos ha dado una señal para conocer si le amamos: es el amor hacia aquellos que naturalmente nos inspirarían indiferencia o aversión. Lo mismo ocurre con la humildad.

Humillarse ante Dios es cosa fácil cuando se tiene fe; ser humilde con el prójimo, quienquiera que sea, es casi heroísmo. En esta piedra de toque se reconoce la verdadera humildad.

I. La humildad para con los superiores

Si soy realmente humilde con respecto a Dios, lo seré también con respecto a mis superiores, porque veré y reverenciaré en ellos el sello de la majestad divina, y evitaré todo aquello que podría interpretarse como un deseo de igualarme a ellos.

«La humildad, dice el P. Janvier, reprime la inclinación a igualarnos con aquellos que legítimamente nos dominan por su autoridad, con aquellos que en la jerarquía de este mundo son más que nosotros. El que sigue los dictados de la humildad, no reclama para sí los honores que únicamente se deben a los jefes de la sociedad religiosa o de la sociedad civil. Consciente de que no es rey ni señor, no exige que se le trate como rey o como señor. Acepta el puesto o el oficio secundario que la Providencia le asigna; no pugna por salir de ahí ni por apoderarse de esas dignidades a las que no tiene derecho»¹.

Viendo en mis superiores el carácter sagrado de representantes de Dios —carácter que irradia sobre toda su persona—, cerraré los ojos a sus miserias individuales y no fijaré mi pensamiento en los defectos que podrían hacer su autoridad penosa, quizá insoportable según las miras humanas; toda mi conducta para con ellos estará impregnada del espíritu de sumisión interna y filial.

II. La humildad para con los iguales

El alma que vive en los dos sentimientos de grandeza de Dios y de su propia bajeza no sólo el afán de igualarse con los superiores, como se ha dicho, sino también el de

¹ Conferencias de Nuestra Señora, Cuaresma de 1922.

ponerse en pie de igualdad con quienquiera que sea. En su concepto los iguales le son siempre superiores bajo algún aspecto, y procura honrar, de todo corazón, esa superioridad relativa.

Su instinto es portentoso en punto a descubrir en los iguales unas ventajas de naturaleza o de espíritu ante las cuales se complace en inclinarse interiormente; unos talentos, unas cualidades, unos méritos, que son otros tantos títulos a su reverencia y a su deseo de esfumarse modestamente.

Gusta del último puesto entre sus iguales, y nunca le faltan razones para obtenerlo. Lejos de porfiar con nadie, se halla siempre pronta a ceder el paso, a ser deferente con todos, a doblegarse a sus juicios, a sus gustos, a su voluntad.

¡Ojalá todos los hombres se sintieran animados de ese espíritu en sus relaciones mutuas! ¡Qué perfecta unión, qué delicada caridad reinaría entre ellos, si realizaran el deseo de San Pablo: «Llevados de la humildad, teneos unos a otros por superiores» (Filip. 2, 3).

III. La humildad para con los inferiores

El que se considera a la luz de la verdad no se atribuye superioridad alguna personal, sobre su prójimo; en este sentido, considera que no tiene inferiores. «No pienses haber aprovechado algo si no te estimas por el más bajo de todos», dice el autor de la *Imitación*.

Si el humilde debe ejercer de parte de Dios alguna autoridad, no se olvide de su nada ni la pierda de vista un solo instante. Por su solicitud, su abnegación y su mansedumbre se hace siervo de todos.

Cuando les presta los servicios que su cargo le impone, se complace especialmente en las funciones menos brillantes; se abaja interiormente ante ellos, se arrodilla en espíritu a sus pies, a ejemplo del divino Maestro que «no vino a ser servido, sino a servir» (Mt. 20, 28).

Su manera de mandar no tiene nada de imperioso, de exigente, de duro, porque resuena incesantemente en sus oídos el dicho de Jesús: «El más grande de vosotros sea vuestro servidor» (Mt. 23, 11).

Se coloca en el puesto de sus subordinados para hacerse cargo de sus dificultades y de sus penas, para compartirlas y aliviarlas. Aspira a conseguir una obediencia espontánea, pidiéndola en nombre de Dios.

Jamás les reprende en público, ni siquiera en privado, cuando el reproche puede herir su susceptibilidad. Se esfuerza en reducir a los díscolos mediante una suave e invencible paciencia¹.

¡Oh!, si yo fuese de veras humilde, ¡cuánto influiría sobre las almas! La grandeza puede inspirar temor; el talento admiración; pero la sencillez y la humildad inspiran confianza en los corazones, los atraen y los subyugan, porque no pueden menos de reconocer ahí la imagen viviente de Aquel que constituye la misma dulzura, la misma humildad.

176

¹ Ciertas circunstancias hacen plausibles los reproches, así privados como públicos. A veces, son necesarios para poner a prueba el carácter y fortalecer la virtud de los subordinados. Algunos Santos recibieron serenamente de sus superiores, inspirados en esto de lo alto, unas reprensiones severas de que no eran en modo alguno merecedores.

QUINTA MEDITACIÓN Cultivo externo de la humildad

Preparación para la víspera

«Los actos externos de humildad, dice San Francisco de Sales, no son la humildad, pero le son muy útiles; son como la cáscara de esta virtud, cuyo fruto conservan».

Los espíritus superficiales no se dan bastante cuenta de la influencia que ejerce lo físico sobre lo moral. La humildad puede hallar en las prácticas externas que ella impone una repercusión favorable a su desarrollo. Al parecer, las cosas entran en nosotros por los sentidos y depositan ahí el germen de su impresión.

Es posible que, no pocas veces, haya mirado yo con desdén, o con indiferencia al menos, esa clase de acción formadora. Sin embargo, está en mi mano, mejor que cualquier otra, y no es, ciertamente, la menos eficaz. El gobernalle no es más que una minúscula pieza del navío y sin embargo, de él depende la dirección. Una actitud constante de humildad puede conducir muy adelante en esta virtud. De ahí que el alma verdaderamente humilde ponga tanto empeño en mantener un comportamiento siempre humilde.

Por lo demás, un exterior desprovisto de humildad ¿no estaría en contradicción con la virtud interior, si ésta es real? Más aún: cabe considerar como virtud activa de humildad la que hace llegar su influjo hasta sus mismas dependencias naturales? Todo principio viviente crea armonía.

Meditaré, pues, mañana sobre el cultivo externo de la humildad en tres cosas: 1ª rodearme de humildad; 2ª impregnarme de humildad; 3ª exhalar humildad.

I. Rodearme de humildad

Mi alojamiento debe ser pobre, sobre todo en la parte destinada a mi persona. Mis vestidos serán lo más modestos posible. En mi trato daré preferencia a los pobres sobre los ricos, a los pequeños sobre los grandes.

Una vivienda pobre, unos vestidos sencillos y remendados, y otras indigencias por el lo influyen sobre nuestras impresiones e inclinan a la humildad. Una morada suntuosa, unos vestidos relativamente ricos, producen efectos contrarios.

Estos efectos se producen connaturalmente, sin que los podamos evitar. El acto bueno o malo depende de nuestra voluntad, pero la impresión depende de las cosas. Es, pues, prudente rodearse de todo aquello que fomenta impresiones de humildad.

Si Nuestro Señor nos puso tan en guardia frente a los peligros de la riqueza, ¿no fue, principalmente, porque su posesión halaga y fomenta el orgullo? Es difícil al rico sustraerse a las tentaciones de vanagloria.

¿Por qué no hacer producir a un exterior humilde todo lo que en él se contiene virtualmente? Procuraré, pues, fijar a menudo mis ojos en lo que es pobre en derredor mío; me esforzaré en amarlo, en holgarme de ello, en pensar que me es muy conveniente y que estoy lejos de merecer tanto. ¡Oh Dios mío!, ¡haz que penetre en mi corazón la humildad de estas cosas!

II. Impregnarme de humildad

Hecha la elección de los objetos que me rodean, la humildad, santamente avasalladora, siente crecer su ambición a la vista de las saludables influencias que ejerce. El exterior de mi persona será también conquista suya: recibirá su ley, será marcado con su sello y se embeberá en sus atractivos.

A su vez, pagará él su tributo a la humildad interior procurándole nuevos incrementos.

Ahí se aplica, en efecto, el principio de correlación entre lo físico y lo moral. De una prudente represión que modere la vivacidad de los movimientos, regule con atuendo demasiado confortable, quite a la voz su acento imperioso y enfrene la libertad de las miradas, puede el alma recibir el sentimiento de humildad. Esa represión ya es un acto positivo de humildad, puesto que de ésta recibe sus órdenes. Además, para hacer su influencia más decisiva, se puede añadir su motivo explícito: no tengo derecho a darme tanta libertad. La fuerza del ejercicio se junta ahí a la fuerza de la impresión.

La persona que es muy humilde tiene un exterior singular, mezcla de candor, de deferencia y de amabilidad. Su continente, su andar, su voz, sus miradas, todo está en ella exento de afectación y sazonado de humildad. Su fisonomía resume en su expresión esta armonía de conjunto.

Formarse una fisonomía afable y humilde qué ayuda para mí, qué edificación en torno mío, qué fuerza para mi acción sobre las almas! ¡Ah! ¡Ojalá me empape así de humillad; ojalá no practique yo un solo acto de esta virtud en lo exterior sin atraer hacia lo interior su perfume!

III. Exhalar humildad

Un sentido impregnado de perfume lo exhala en su derredor; una humildad que penetre en el corazón y en lo exterior, rezuma naturalmente sobre la actitud, los actos y las palabras.

Esta virtud va, del corazón donde reside, al exterior, que ella gobierna. Por ahí pasa, ahí vive, desde ahí irradia, pues vierte en torno suyo un resplandor que fascina.

Una persona verdaderamente humilde trata a sus hermanos, por pequeños que sean, con demostraciones de real respeto. No acertaría a desprenderse de ellas; si varía la forma y la atenúa, es por prudencia y caridad.

Escoger lo más humilde, ceder el paso a los demás, dejarles dirigir la conversación, aparecer contento de todo y de todos, he aquí lo que hace del modo más natural.

No hablando nunca de sí misma, esfumándose lo más posible, no brilla en una sociedad; pero difunde en ella un singular encanto, un perfume tan auténtico, que apenas se le percibe, y tan profundo, que lo impregna todo. Dios permite, a veces, que quienes se regalan con él no piensen en la oculta violeta que lo exhala.

Pero la virtud progresa al amparo de esos constantes abajamientos. Ahí se recata, lo cual es mucho; ahí se ejercita santamente, lo cual es aún más. Cada atención exteriorizada, cada silencio guardado, cada réplica evitada aumentan la fuerza del hábito, el mérito espiritual y la complacencia de Dios.

¡Oh Señor!, es orgullo lo que frecuentemente respiran mis palabras, mis arrebatos, mis desaires, mis réplicas, mis ansias de parecer y aun mis tristezas. ¡Oh Jesús mío, tan tierno y tan amable por la humildad!, despliega en mí la pujanza de tu amor y haz que yo llegue a ser, definitivamente, un alma de veras humilde!

QUINTA PARTE

Humildad transformadora

ESTUDIO PREPARATORIO

Humildad y amor de la propia abyección

Las meditaciones siguientes aspiran a alcanzar los últimos retoques y las cimas de la humildad. Contemplaré en ellas una humildad verdaderamente transformadora.

Una maravillosa transformación obrada por esta virtud consiste en sustituir una inclinación innata, que lleva al hombre a desear y amar con exceso su propia excelencia, por una propensión a desear y amar su propio abajamiento, la desestima y el menosprecio de sí. Reemplazar la vanagloria y el amor propio por lo que los autores, espirituales llaman amor de la propia abyección ¡qué prodigio, en realidad; prodigio del esfuerzo humano, pero sobre todo de la gracia divina!

¿Qué es la abyección, palabra que expresa algo desacostumbrado en la acepción que aquí le damos? San Francisco de Sales, que en su *Introducción a la vida devota* trata de este tema con su habitual acierto, compara así la humildad con la abyección: «Abyección es la pequeñez, bajeza y vileza que hay en nosotros, aunque no hagamos alto en ello; en cambio, la virtud de la humildad es el verdadero conocimiento voluntario de nuestra abyección. Así que, la humildad perfecta no consiste sólo en reconocer voluntariamente nuestra abyección, sino en amarla y complacerse en ella; y no por falta de ánimo y

generosidad, sino por exaltar mucho más a la Majestad divina y tener en más al prójimo que a nosotros mismos.»

Abyección es, pues, todo lo que nos humilla y rebaja a nuestros propios ojos o a los ojos de los demás; nuestra inferioridad, cualquiera que sea: de fortuna, de posición, de ventajas externas, de relaciones, de inteligencia, de ciencia, de virtud; nuestros defectos, sobre todo los que aparecen al exterior, nuestros yerros puestos de manifiesto, nuestros fracasos notorios; y en un orden más íntimo: nuestras tentaciones viles, nuestras claudicaciones, nuestras faltas y, de un modo especial, nuestras recaídas.

Por otra parte, la abyección radica más en la opinión que en el hecho. San Francisco de Sales advierte que un vestido raído no es abyección para un ermitaño y lo es, en cambio, para un religioso; que un reproche severo recibido de un superior no es igual, para un religioso, que el mismo reproche recibido de una persona de mundo; que una persona atacada de cáncer en la cara sufre, a la vez, un mal y una abyección, mientras que una persona atacada de cáncer en el brazo sufre un mal, pero sin abyección.

Según el mismo Doctor, hay actos de virtud que son estimados, y otros que son menospreciados. Los mundanos reputan como viles ciertos actos de paciencia y de simplicidad, y como honrosos ciertos actos de valentía y de prudencia. Hacer limosna les parece laudable; pero perdonar las injurias lo tienen por vituperable. En fin, la abyección puede provenir ora de desaciertos o accidentes, como caerse en la calle a la vista de los viandantes, ora de faltas que se han cometido. Indudablemente, hay que hacer todos los posibles por evitar lo que es ofensa de Dios o del prójimo, aunque se deba a inadvertencia o ignorancia, y por tener pesar de ello y dar la debida

reparación; pero también es bueno gustar la abyección para mayor auge de la virtud de la humildad. San Francisco de Sales dice de estas faltas: «No dejaré de abrazar gustoso la abyección y el desprecio que me resulta, de modo que, si pudiera separarse lo uno de lo otro, detestaría esforzadamente el pecado y escogería humildemente la abyección.»

Si el corazón humilde ama la abyección y en ella se complace, no es por tratarse de una cosa baja y vil; semejante amor y semejante complacencia se referirían entonces al vicio y no a la virtud. Ama la abyección y se complace en ella en cuanto es una cosa buena y justa, destinada a santificar, apta para destruir el orgullo y, según observa el mismo Santo, para lograr que se tribute más gloria a Dios y más aprecio al prójimo.

La verdadera humildad antepone a las humillaciones voluntarias la abyección que proviene de las circunstancias. ¿Por qué? Porque ella entra, así, en el plan de Dios, plan de sabiduría y de bondad, siempre preferible al plan de libre elección. Supuesta la misma generosidad en amor, la humillación aceptada aventaja a la humillación libremente elegida; primero, porque aquélla cuenta con un origen más noble —la voluntad divina—; y, segundo, porque ofrece unas garantías más seguras, por haberla elegido la sabiduría divina, y porque da menos rienda al amor propio, por estar escondida bajo el velo de la necesidad.

Una humildad elevada y serena goza indeciblemente al verse introducida, así, en el plan de Dios; y aunque no esté iniciada en los remotos designios divinos, sabe de antemano que Dios es admirablemente bondadoso y paternal.

Humildad y prudencia

Tal como se la presenta en estas meditaciones, ¿no es la humildad un amasijo de locuras, de exigencias nocivas a las necesidades de la vida y de las relaciones? Más de uno puede formularse esta pregunta. De ahí la utilidad de considerar la concordia existente entre la humildad y la prudencia.

No se trata de la prudencia humana, que, en su ignorancia, encierra la humildad en sus cortos límites, sino de la prudencia sobrenatural, la cual saca su norma de apreciación de las verdades reveladas y de sus decisiones con vistas a la mayor gloria de Dios. Esta deja a la humildad todo el ámbito de los ejemplos del Salvador.

La prudencia es una virtud de discernimiento y de mesura que debe asegurar a la humildad los caracteres de una verdadera virtud. Ahora bien, una virtud tiende a perfeccionar, es decir, a acercarse a Dios —el Ser por esencia—, comunicando la mayor porción de ser posible. Mas la humildad, con su doctrina de oscurecimiento y de amor al desprecio, ¿no es lo contrario de una virtud, por cuanto en vez de engrandecernos nos abaja sin descanso?

No, la humildad no nos disminuye realmente. El oscurecimiento no afecta al ser, sino al parecer; no rebaja nuestro valer sino nuestras pretensiones. La humildad de abyección no aleja de las grandes cosas, antes las hace desear como una compensación de sus profundas miserias; el amor al desprecio templa nuestra alma. Todo esto juntamente asegura a la virtud su belleza, purgándola de toda aleación impura, y su libertad, desasiéndola de toda obsesión personal.

El oficio de la prudencia consiste precisamente en hacer prevalecer y en mantener ese orden, en conducir todo el movimiento de nuestros actos de humildad, en procurar que, a tenor de las circunstancias, predomine tal o cual forma de esa virtud, y en moderar el impulso para equilibrar mejor una naturaleza o para respetar un atractivo.

La prudencia regula los actos de humildad

De suyo, la humildad podría lanzar su activismo hacia unas manifestaciones poco dignas o pararse en pusilánimes titubeos. La prudencia no permite que se omita un acto útil porque pone a uno en evidencia; opónese a aquello que disminuiría el valor moral y atajaría al bien en su expansión.

La prudencia posee el sentido de lo bello y de lo justo. Rechaza lo que es moralmente feo; aleja de la humildad las actitudes y expresiones que llevan el sello de lo ridículo, y la preserva de toda deformación aun interna. Quiérela franca y serena; la mantiene confiada y valerosa; la hace desinteresada y ágil, abandonada a la acción de Dios y ansiosa, ante todo, de su mayor gloria.

No sufre, pues, merma la propia iniciativa. Al contrario: puesta en su lugar, mantenida en su cometido, disfruta de todo su brío para buscar y cumplir los designios divinos, lo cual suscita un sinfín de iniciativas secundarias.

La prudencia demanda que uno no abdique de sus derechos, pero sin exagerarlos en su rigor; no paraliza la acción, pero la subordina. La humildad me impele hacia el oscurecimiento, la humillación y el desprecio; pero la prudencia me somete a una voluntad superior, que me asigna una tarea o me pide un concurso, y hace que le preste la fuerza de mis facultades y de mis virtudes.

Retener la humildad en su ejercicio no es disminuirla en sí misma. Tales actos, tales palabras, tales abajamientos le están prohibidos; pero la inclinación que a ellos tiende el amor que los sugiere, lejos de disminuir no hacen más que acrecentarse por la represión de un deseo insatisfecho y por el mérito de una reserva costosa. Si el ejercicio de la humildad tiene sus límites, no los tiene el amor que lo impulsa. Y la virtud está precisamente en este amor.

La prudencia dice a las almas tímidas y poco generosas: «No temáis abrazar los actos que más os humillan, ni prestéis oídos a las dudas que quizá suscita la cobardía; no os detengáis sino ante el temor de una caída».

A otras almas, demasiado osadas, les enseña a tener en cuenta sus fuerzas actuales; pues si se deprime el que obra por encima de sus posibilidades, tienta a Dios el que se excede sobre la gracia recibida.

La prudencia determina la clase de humildad que conviene

La prudencia no se contenta con espolear o reprimir la humildad de los actos en un momento dado, sino que va más allá en sus consejos, haciendo adoptar la clase de humildad que conviene a cada uno de ellos. Una es la humildad de la religiosa y otra la de una mujer de mundo. En posiciones distintas la actitud y las maneras deben revestir distintas formas. Así lo comprenden todos.

Lo que se comprende menos es que tal actitud y tales palabras, aun al margen de las ocasiones, puedan conservar el mismo tipo. ¿No es preferible, se objetará, prescindir en privado de ciertas formas adecuadas a la función de mandar para asumirlas sólo en público? ¿No es más perfecto ejercitar la humildad exterior cuando nada nos obliga a restringirla?

La prudencia tiene miras de más largo alcance. Sabe que una virtud requiere continuidad y armonía de ideas, sentimientos y actos, tanto internos como externos, y, por lo mismo, aconseja se evite toda manera de ser u obrar que pueda interrumpir el activismo de la virtud. Su objetivo es fortalecer a ésta intrínsecamente. A las personas que han de aparecer y mandar les impondrá una humildad profunda y recia. Les aconsejará toda práctica que rebaje sinceramente a los ojos de Dios y a los propios, pero prohibirá todo cuanto sea capaz de aportar alguna disminución de prestigio y hombría.

Por lo demás, Dios suele añadir a las gracias de estado las gracias de ciertas humillaciones que no habrá por qué buscar. Puesto que vienen de Dios, es bueno no inquietarse por ellas, antes bien, acogerlas como providenciales auxilios contra el orgullo.

La prudencia modera el ejercicio de la humildad para equilibrar una naturaleza

Lo que la prudencia prescribe para salvaguardar una situación lo aconseja, asimismo, para equilibrar una naturaleza. Hay personas que siempre dudan de sí mismas, de sus aptitudes al igual que de sus éxitos. Exceso de confianza en sí mismo, es un defecto; exceso de desconfianza de sí, es otro defecto, y funesto, por cierto: la turbación invade al alma y la deforma; la impotencia invade la vida y la destruye.

La virtud consiste no sólo en la justa apreciación de las cosas y en la voluntad del bien; consiste, además, en las disposiciones de nuestra naturaleza. Esta es el fondo que origina los actos y los sostiene; en ella se establecen los hábitos. Es imposible prescindir de la misma. La conciencia del deber puede imperar una conducta

enérgica; sólo una naturaleza reciamente preparada impone con autoridad las conclusiones, pertinentes y lleva el peso sin doblegarse.

La prudencia pide, por tanto, a las almas demasiado desconfiadas de sí que cultiven poco el sentimiento de su impotencia, que no se inclinen con exceso al abajamiento delante de los demás, pero que se mantengan desasidas del amor y de toda pretensión, que vean a Dios en el bien que hacen y que no manden nada sino en su nombre. Una impresión viva de su insuficiencia, de su ineptitud, de su inferioridad, deprimiría en ellas un carácter cuyos resortes son ya harto flojos. Los que tienen a su cargo almas tímidas, deben, pues, inspirarles confianza en sí mismas mediante oportunas aprobaciones; dejar que obren solas para desenvolver el espíritu de iniciativa; prestigiarlas en ambiente echando mano de diversos medios; tranquilizarlas, espolearlas, conducirlas, en fin, a esa facilidad de palabra y de obra que resulta, sin duda, del sentimiento de Dios, pero también de la justa conciencia de la propia fuerza.

Obrar así, es hacer fructificar el talento recibido, en vez de envolverlo inerte en el lienzo de una humildad mal entendida.

La prudencia modera el ejercicio de la humildad para respetar un atractivo

Algunos Santos sentían un placer inefable rebajándose y prodigándose calificativos humillantes. Pero también hay almas escogidas que encuentran más molestia que atractivo en ese linaje de sentimientos. Conocen toda su miseria, pero se sienten poco inclinadas a cultivar la impresión de la misma.

Distínguense entre éstas ciertas almas puras, por las que no ha pasado el mal ni, tal vez, la tentación, y que se indignarían grandemente contra lo que apenas conocen. Existen otras cuya delicadeza sufre de verdad a la vista de cualquier mancha y otras cuyo sentido de lo bello está desarrollado al extremo de rehuir por instinto todo asomo de fealdad.

Al contacto de lo abyecto en su mente, tales almas se figuran sufrir una especie de agostamiento; ciérrese su corazón y decrece su impulso hacia lo alto. ¿Sería justo condenar tales repugnancias? ¿Sería prudente violentarlas?

La prudencia hace respetar la disposición providencial existente en tales naturalezas. Da a entender que no le es esencial a la humildad practicar toda clase de abajamientos; que si los móviles de la abyección no están muy en armonía con su carácter, el móvil que lo refiere todo a Dios puede conducir muy adelante la humildad.

Lo que interesa, es que esta virtud sea práctica y generosa; que lo sea bajo tal o cual influencia, tiene poca importancia. Puesta de cara a Dios, el alma se siente muy pequeña; no concibe vanidad alguna por el éxito de sus actuaciones o de sus progresos espirituales; no desprecia a su prójimo por miserable que sea; se hace constantemente mansa, indulgente y bondadosa. Cuando le sobreviene la humillación, la mira con ojos habituados a contemplar el Calvario y la acoge como si abrazara a Jesús y su cruz.

Al par de las otras virtudes, la humildad merece un culto general, pero no más que sus hermanas; no tiene derecho a tener un altar especial en cada templo. Las almas son atraídas y adaptadas a tal o cual virtud con preferencia a otra. Cada una tiene su camino: anda por él libremente; así

llegará más lejos que violentando una disposición providencial.

La humildad transforma la propia estima y el deseo de la estima ajena

Llegada a estas cimas, no se contenta la humildad con reprimir y moderar las tendencias cuyo exceso constituye el orgullo: la estima propia, el ansia de aprecio y alabanza; sino que las transforma, como veremos en nuestras últimas meditaciones.

Sin la humildad, esas dos tendencias llevarían demasiado lejos la salvaguarda o, más bien, la exaltación del yo; convertirían nuestra personalidad altiva en principio y fin, lo cual sería grave desorden, una injusticia y una injuria contra Dios, principio y fin de todas las cosas y a quien se debe exclusivamente toda gloria. La humildad no soporta este desorden y este ultraje; con San Miguel exclama: ¿Quién como Dios?» ¿Quién es el verdadero autor de todo bien? ¿Quién merece preferentemente toda alabanza?

Por la humildad hete aquí a Dios sentado de nuevo en su trono. Todas las virtudes pasan a reconocerle como el primer principio de donde emanan, y todos sus actos se enderezan hacia Él como a su fin necesario. Haciendo respetar estos dos deberes, la humildad justifica su título de fundamento y custodia de las virtudes.

Pero ella merece otro título más hermoso todavía: es el coronamiento de las virtudes por la transformación de las dos tendencias que domeñó al principio. Ella dirige hacia el cielo esas fuerzas, dóciles en lo sucesivo; de la estima de sí ha hecho la admiración de lo divino en nosotros; y el ansia de estima busca por ella la mirada misma de Dios. Estas disposiciones transformadas disponen de una más vasta esfera para difundirse; descansan en objetos más

seguros; su hermosura se despoja de aleaciones nocivas; en fin, su acción se proyecta de Dios hacia el prójimo por una extensión de orden sobrenatural.

La humildad transformada, al reemplazar a la humildad defensiva, se establece en las regiones superiores donde vivía Jesús, donde vivieron su divina Madre y los Santos. Aseméjase a la humildad que reina en el cielo. ¿No querrás conducirme hasta allí, Dios mío ? Te lo pido con toda mi alma.

PRIMERA MEDITACIÓN El amor al desprecio

Preparación para la víspera

¿Puedo útilmente meditar sobre el amor al desprecio de mí mismo? ¿Puedo elevarme a la cumbre donde uno exclama: «¡Cuán bueno es ser humillado y despreciado!»? ¿Soy capaz de agradecer de algún modo a las criaturas las humillaciones que ellas me deparan y de salir al encuentro, si algún bien no se opone, de los mismos oprobios? ¿Soy capaz de esto yo, que ni siquiera sé aceptar las sombras inevitables?

Sin embargo, Jesucristo me invita a contemplar esas cimas, a hacer lo posible por enderezar allá mis pasos. Avergüénzome de permitir que Él camine solo hacia los abajamientos que me corresponden a mí. ¿Me haré sordo a su llamamiento?

La serena contemplación de una humildad elevada suscitará en mí pesares, pero también bríos. Lo bello emociona y estimula; ciertas almas sólo se lanzan de verdad por las sendas de la humildad el día en que esta virtud les revela su ideal.

Sin duda, mis meditaciones entrarán en una región harto elevada para que la alcancen mis actos; en todo, esas ideas ejercerán sobre mí una acción real, suscitarán aspiraciones, determinarán ensayos. La conciencia de lo verdadero se elevará, y con todas sus fuerzas tenderá a elevar con ella la vida práctica.

Meditaré mañana: 1° la naturaleza del amor al desprecio; 2° los móviles de este sentimiento; 3° el cultivo de este sentimiento.

I. Naturaleza del amor al desprecio

El sincero desprecio de sí lleva ya muy adelante a la humildad, pero no hasta sus últimos límites. Supone, desde luego, unas miras de fe elevadas y una lógica intrépida, pero se detiene en una convicción, diríase platónica: somos los únicos espectadores de nuestra bajeza, el único auditorio de nuestras humillantes declaraciones.

El amor al desprecio va más lejos: desea el desprecio bien manifiesto; el que se lee en el semblante de los demás. De la idea pasa al hecho; a la nubecilla que corre por el aire sucede la fronda que azota las frentes. El desprecio de sí sólo ataca una tendencia: la estima personal; el amor al desprecio inmola, además, el deseo de la estima ajena.

Como este amor extraño es el acto supremo de humildad, es naturalmente su prueba más certera. Por mucho que uno se hunda en el desprecio de sí, no podrá abrigar la seguridad de poseer una humildad completa mientras no entre en contacto con el desprecio de los demás. Ahí solamente se mantiene alerta toda nuestra capacidad de orgullo, y para amar tal sacrificio, es menester que la virtud, por decirlo así, haya pasado a nuestra sangre.

Si la rebeldía ruge en el interior, a pesar de la aceptación, ello es indicio de que la humildad es aún imperfecta, de que no ha penetrado suficientemente en la naturaleza para transformar las impresiones; pero ya tiene el suficiente dominio de la voluntad para domeñarlas o, al menos, para desaprobarlas.

Si, por el contrario, nada violento insurge en la naturaleza para reaccionar contra la humillación, ello es indicio de que la naturaleza está domeñada: la virtud ha establecido firmemente su reino, y produce la paz. Si esta paz está embebida de dulcedumbre y de gozo, la virtud es perfecta. Ella sale al encuentro de la humillación y la abraza como amiga; gózase en los abajamientos y transforma en amor las amarguras.

Algunos autores consideran la aceptación del desprecio como un grado de humildad superior al deseo del desprecio. Ciertamente, el acto tiene la ventaja de probar el sentimiento; pero la prueba no es la medida: ésta se encuentra en la solidez del hábito, en la intensidad de la inclinación y en la elevación de las intenciones que la animan.

Ciertas almas santas que no se han visto sometidas a humillaciones reales pueden, por la fuerza del deseo, escalar las cimas de la humildad. Para Dios, que lee en los corazones, los deseos son verdaderos actos que cuentan con la ventaja de poder renovarse a menudo. El deseo y el hecho se equiparan; su valor depende del amor de que está animada el alma.

Con todo, la realidad provoca una reacción más vigorosa. Impónese al alma más violentamente y se apodera hasta de los sentidos. Es un asalto contra el cual la virtud reúne sus fuerzas; por la intensidad de acción que demanda, la lucha es más enardecida y lleva a una victoria más hermosa y más decisiva.

II. Móviles de este sentimiento

El amor al desprecio puede resultar de una vista impresionante de nuestra miseria y del doloroso recuerdo de nuestras faltas. El sentimiento de lo verdadero despierta el de lo justo: soy despreciable; merezco ser despreciado; debo amar el desprecio. A esta disposición se une el anhelo de rehabilitarse y de reparar; la humillación será mi rescate.

Pero el amor al desprecio nace, de ordinario, del amor a Dios. En realidad, sin él, apenas se concibe tamaño rigor contra sí mismo. Una ofensa a Dios hace sufrir de tal modo al amor, que éste encuentra alivio en la humildad vengadora y se avergüenza de sus miserias, frente a la hermosura divina, al extremo de querer huir y esconderse. La humillación es entonces su refugio; desde este abismo parécele ver la grandeza de Dios armonizándose con su pequeñez y dejándose amar de él.

La mayoría de las almas llegan al amor del desprecio por el amor al Salvador humillado y despreciado. El deseo de ir en pos de Él, no dejándole sufrir solo tantos oprobios, antes bien, compartiendo sus afrentas o aportándole algún consuelo, arde en ellas lo suficiente para que su humildad se supere a sí misma y escale las cumbres, tomando de la amistad su nobleza y su constancia fuerte como la muerte.

«Jesús se encuentra en la humillación, se dice el alma; yo me arrojo a ella; con Él la quiero complacida. Jesús guardó silencio en medio de los improperios; lo guardaré yo también; sufrió las más negras ingratitudes; también sufriré yo, sin queja, las ingratitudes que me dejan desolado. Cuando apeló a la amistad de los Apóstoles y al confortamiento de los Ángeles, vio, por presciencia, cómo acudían legiones de almas consoladoras brindando a sus abrasados labios el cáliz confortador de las propias humillaciones que Él inspira. ¿No gustaría yo de ser una de esas almas, acogiendo y deseando las dichosas ocasiones que me hicieron presente en el Calvario?

Y el alma prosigue: «¡Oh Jesús!, las humillaciones de mi pobre vida son tuyas; no sólo porque te son ofrecidas y porque las aceptaste de antemano, sino también porque tu gracia me da la resignación para acogerlas y el deseo que las invita. Cuando yo amo el abajamiento y el desprecio, eres Tú quien los ama por mí; Tú haces por mi voluntad y mi corazón lo que por tu voluntad y tu corazón hacías en la tierra. ¡Qué honor y qué dicha es para mí el enriquecerte con mis humillaciones y el prolongar y acrecer tu vida!»

III. Cultivo del amor al desprecio

Desear y amar el desprecio es una cosa sobrenatural que Dios sólo enseña y revela a los pequeños y a los humildes y la mantiene oculta a los soberbios (Mt. 2, 25). Hacerme pequeño y humilde delante de Dios y de las personas que me rodean, será el primer paso hacia esas alturas.

Que el temor de no poder escalar tales cumbres no impida el ensayo y el ejercicio; una acción gradual y perseverante, sostenida por continuadas y crecientes gracias de Dios, suprime toda imposibilidad. Comenzaré por aceptar con corazón más amante las humillaciones inevitables; no buscaré medios extremos para rehuirlas; me abstendré de todo despecho; me obligaré, alguna vez, a dar gracias a Dios por ellas; me mostraré afable con los que me humillen, o al menos rogaré a Dios por ellos.

A medida que yo avance, el misterio de la humildad me irá revelando sus secretos, y sentiré que una mano omnipotente me conduce siempre adelante, por encima de todos los obstáculos cuya sola idea me pondría despavorido.

El amor que desee seguir a Cristo en la senda de las humillaciones manténgase desconfiado de sí mismo y cuente, ante todo, con la gracia. Pero aguardar y desear sosegadamente el abajamiento y el desprecio, sin adelantarse a ellos, puede ser, asimismo, cosa perfecta, siempre y cuando un amor igual deje a Dios, por delicadeza, el cuidado de deparármelas según su agrado. Toda la generosidad de alma parece volcarse entonces sobre sí misma, pronta a la primera señal. Es la espera filial de la que San Francisco de Sales hace muy justo elogio.

Aquí se presenta una objeción: semejante sentimiento ¿no es contrario a todos mis instintos personales, al sentir común de los hombres, a la misma razón? ¿Contrario a mis instintos? Evidentemente. ¿Al sentir de los hombres? Conforme. ¿A la razón? Conforme también, si la razón está abandonada a sus solas fuerzas.

Es menester que los dogmas de la fe vengan a ensanchar las miras de la razón excesivamente cortas. La razón informada por la fe saca conclusiones nuevas, las cuales imponen un ideal nuevo, extraño a la naturaleza humana.

Por sus exigencias esenciales la humildad cristiana es ya sobrenatural; por su impulso hacia el amor al desprecio pasa a ser, en lo sobrenatural, una virtud eminente que sólo es de consejo; pero únicamente ella nos establece en las condiciones perfectas que dejan a Dios, primer principio de los actos humanos, la plena libertad de sus iniciativas.

SEGUNDA MEDITACIÓN La abyección al servicio de la humildad

Preparación para la víspera

Mi próxima meditación me demostrará por qué he de amar la abyección. Dios me la permite para que sea preservación y remedio de la humildad; para disipar los humos de amor propio que naturalmente se elevan de nuestro fondo de orgullo, y para contrarrestar, por sus abajamientos externos, la admiración siempre peligrosa con que los hombres rodean la virtud.

La abyección es también un estimulante. La pobre naturaleza humana, sometida al sueño, necesita de alguna sacudida que despierte su ardor, como hace la espuela en los flancos del corcel. Así se aviva la necesidad de Dios y se intensifica la oración.

El beneficio de la abyección le es común con el del dolor; pero la abyección tiene la propiedad de dejar una impresión de abajamiento que, si es profunda y suave, conserva el corazón tierno para con Dios y apacible para con el prójimo.

Además, por el desasimiento a que da lugar, el amor a la abyección da al alma su libertad plena: es el aletazo que libera de la ley de atracción hacia la tierra y que le franquea la vía aérea hacia las alturas espirituales.

Tales pensamientos serán objeto de esta meditación, en la que voy a considerar: 1° a Dios velando mi humildad por

la abyección, y 2° mi deber de corresponder a esta solicitud divina.

I. Dios velando mi humildad por la abyección

La humildad me es tan necesaria, que Dios permite la abyección en todo y doquiera. En mí, y en derredor mío, la humillación no deja de prestar sus servicios a la humildad.

Mis cualidades van acompañadas de defectos, y éstos, de ordinario, nacen cabalmente de las mismas cualidades. Si fuesen perfectas, es posible que no me las reconocieran o que me atrajeran malevolencia y envidia.

Quiero el bien, pero la imperfección suele pegarse a mi voluntad, tornándola presurosa o desalentada. A veces, la hacen desviar la imprudencia y la ineptitud. Desearía airarme contra mí mismo, pero me lo prohíbe la sabiduría divina en pro de la humildad. ¡Lejos de mí la cólera!

Con frecuencia, lo que me sale bien es discutido, contrarrestado, destruido, y en cambio se me imputan fracasos. Todo esto me beneficia

Mi vida interior está llena también de humillaciones: frialdad y avidez en la oración, abatimiento en el trabajo, insensibilidad desalentadora, desgano en todas las cosas. Tal es el patrimonio de ciertas almas amadas de Dios. En su desolación exclaman: «¿Por qué, Padre, por qué?» Y la voz divina responde: «Hija mía, te falta comprobar que no eres nada, que no puedes nada. Este conocimiento experimental equivale a muchos años de consolación; hunde tus raíces en lo profundo de tu nada y, cansada de ti, mira más hacia Mí».

Mas, ¿a qué esas tentaciones que amenazan la vida misma de mi alma? ¿A qué esos bajos cálculos que yo no quiero? ¿A qué esas imágenes ignominiosas que mi voluntad repudia, pero que saborea mi naturaleza? Esto es necesario para hacerme humilde. «En la flaqueza llega al colmo el poder (de Dios)» (II Cor. 12, 9).

¡Ay!, mi orgullo es tan fuerte, que, para vencerlo, se requieren faltas verdaderamente humillantes. Dios retira su brazo, mal de su grado, y yo caigo. ¿Por qué, Dios mío? Como el ciego no fue curado sino con el lodo que hizo Jesús con saliva, así el orgullo profundo no se cura, a veces, sino con el lodo del pecado. Haz, Dios mío, que yo sea humilde sin tener que recurrir a tan extremo remedio.

II. Mi deber de corresponder a esta solicitud divina

Esta acción de la sabiduría divina reclama mi correspondencia. Mi primer deber será reconocerla, estudiando los motivos de humillación que ella se ha dignado situar en mí y alrededor de mí. Son numerosos.

Debo esforzarme, asimismo, en mostrarme sensible a ella. Si soy reacio a sus impresiones, se malograrán algunas gracias, y algunos medios carecerán de eficacia. Dios se verá obligado a dar nuevo empuje a la dura lección.

He de guardarme de las tretas del amor propio. Es muy propenso a alejar la vista de los defectos y muy hábil para ahorrar una humillación exterior. No me he de excusar cuando Dios lo exija, y he de dejar en mi virtud las espinas que la protegen.

Procuraré amar la abyección en todo: esto equivaldrá a amar la humildad y a alimentarla sustancialmente.

Amar la humildad sin amar la abyección, es engañarse a sí mismo. La abyección consiste en tener defectos aparentes, en no triunfar, en verse impotente, en ser tentado en cosas bajas. Amar la abyección consiste en contentarse con ella, salvo siempre el pecado; en cultivar su recuerdo saludable.

¡Oh Sabiduría de Dios!, entreveo, por fin, tu voluntad de hacerme humilde por toda clase de medios. Con renovado acento diré con el Salmista: «Para mi bien me has hecho pasar por la humillación» (Sal. 118, 71).

¿A que no te he forzado con mi ceguera? ¿Dónde estoy al presente? ¿Profeso algún amor a esas abyecciones que Tú amas y cultivas para proveer a mi humildad, salvaguardarla y acrecentarla?

¡Espléndido espectáculo el que se ofrecerá a mis ojos cuando, llegado al término, me sea dado contemplar la sabiduría del Padre velando por mi frágil humildad! Entonces se explicarán esos reparos que me atosigan frente a unas contradicciones de las que no se libraron los mismos Santos; entonces mis persistentes imperfecciones, mis desmayos inconcebibles, mis mismas faltas, en una palabra, ese cúmulo de lamentables miserias que engendra mis alarmas, me arrancarán gritos de admiración; la sabiduría brillará ahí de por todo y se justificará a sí misma.

A partir de ahora, Dios mío, pondré buena cara a todas las humillaciones; acogeré serenamente las abyecciones, repitiéndome: «¡Cuán bueno es Dios en su sabiduría!»

TERCERA MEDITACIÓN La humildad transformando la propia estima

Preparación para la víspera

Si quiero hacer de mí un aprecio a fondo, debo buscar en mí ser aquello que proviene de Dios, especialmente en el orden sobrenatural. Al descubrir en mí cosas maravillosas, cosas verdaderamente grandes, comprenderé la alta dignidad del cristiano. Este conocimiento será el impulso supremo de la tendencia que llamamos estima propia.

Esta propensión, cuyas orgullosas desviaciones ha vencido la humildad por lo pronto, tras luchas constantes, será transformada por ella. En adelante, sugerirá al alma que, sin escrúpulo ni exageración, contemple fijamente todo cuanto hay de divino en ella: las cualidades que emanan de Dios, los actos que Él sostiene, la hermosura sobrenatural que refleja la hermosura divina..., en otras palabras, la humildad hará que el alma no se vea ya a sí misma. ¡Hasta tal punto se sentirá invadida por lo divino!

En esta meditación consideraré: 1° los dones de Dios en mí; 2° la humildad que los hace resplandecer.

Aportaré a estas reflexiones un espíritu desprendido de ideas vulgares y dispuesto a una admiración justa; un espíritu amplio, que no se arredre frente a las objeciones mezquinas, y, sobre todo, un gran espíritu de fe.

I. Los dones de Dios en mí

Es don de Dios todo cuanto yo soy como hombre: obra maestra de la Creación terrestre; soberano dominador de la materia; pequeño mundo, en el que se refleja el universo mediante los sentidos y se transforma en ideas por el esfuerzo de la inteligencia; especie de cielo, donde Dios se da a conocer como Hacedor de todas las cosas y se deja presentir como infinito; ser dotado de una voluntad libre que me erige en dueño de mis actos y de mi destino.

¿Por qué no me son familiares tamañas magnificencias? ¡Ah!, ¡si yo pensara que un fulgor de inteligencia es superior a la inmensidad del cielo estrellado; que un acto de voluntad es una fuerza superior al movimiento de todos los océanos; que el admirable instinto de todos los animales juntos no tiene el valor de un solo pensamiento

El brillo de estos dones naturales palidece ante los dones de la gracia, los cuales son de tal condición, que la omnipotencia no podría producir una criatura en la que fuesen puramente naturales. La gracia es una transformación de nuestro ser: es la naturaleza divina participada, con su anhelo de infinito y su aptitud para contemplarlo cara a cara.

Es, en el seno de mi pequeñez, una vida divina, una vida que sólo Dios desenvuelve en mi ser. Cada uno de mis actos sobrenaturales necesita de Él para nacer y para durar. ¡Ah!, si de repente se abrieran mis ojos, le vería puesto a mi servicio, trabajando incesantemente para divinizarme. Esto es cierto, pero me está escondido. Al menos, ¡créalo yo con esforzado entusiasmo! Esto será como entreverle y empezar a conocerme a fondo.

Un lazo más tierno me une a Jesús. Él es mi amigo, Él me da su corazón y sus bienes. Es mi hermano, pues asumió mi naturaleza; es algo de mí, es mi mayor gloria. Más que esto: yo soy algo de Él, y Él es mi suma felicidad.

Pertenezco a Él, como el hilo de sangre proveniente del corazón, merced a una misión vital que acá abajo es misteriosa y será radiante en el cielo. Pertenezco a Él como el sarmiento a la vid (Juan 15, 5). Soy miembro de su cuerpo místico, que puedo disminuir o acrecer. Soy algo necesario para su dicha, y puedo ser un desengaño para sus esperanzas. Me es dado dejarle vivir plenamente en mí, o preferir a Él la menguada expansión de mi propia vida con la desordenada prosecución de los goces y los aplausos de este mundo.

¿No te parece, alma mía, que estas grandezas bastan para llenar satisfactoriamente el sentido de la estima de sí y para edificar tu nobleza? ¡Rancia nobleza la que proviene del Eterno! ¿Existe alguna más ilustre que la que desciende del Altísimo? Por Jesús nací de la sangre de un Dios, y mi vida se nutre de un alimento divino. ¿Aguardaré el cielo para ufanarme de estos honores? El cielo los hará resplandecer, ciertamente; pero la gracia ya me enriquece aquí con ellos.

II. La humildad hace resplandecer los dones de Dios

El orgulloso ve, quizás, a Dios en la naturaleza, pero no le ve en sí mismo. Lo que hace, se lo atribuye; lo que es, aun en el fondo de su ser, lo considera como propio y personal. Esto, por inconsciencia más que por presunción. Más que descartar a Dios, le ignora.

A medida que la humildad difunde su hermosa luz sobre ese ciego, va apareciendo la evidencia de la acción divina, la cual se amplía y acaba por invadir todo el terreno humano. La grandeza del hombre consiste, aquí abajo, en buscar a Dios. Si le busca en la naturaleza, le encuentra doquiera, hasta en el más diminuto grano de arena; si le busca en sí mismo, le encuentra en todo su ser, hasta en su más veloz pensamiento. Síguese de esto que el humilde no se prefiere a nadie y que, si se admira, lo hace, en cierto modo, de rodillas.

Antiguamente, detrás de la carroza de un vencedor, la prudencia de un gran pueblo situaba a un heraldo, encargado de repetirle este aviso: «Recuerda que eres hombre». Aquí es la humildad quien pronuncia tales palabras. Acuérdate, dice, que, bajo todas estas grandezas, no eres más que un hombre, una nada. Ocupa tu puesto, defiende tu honor, toma iniciativas, insiste y lucha, si ello

es necesario; pero, al realizar todos estos actos legítimos, acuérdate de lo que eres. No pierdas jamás de vista el origen de tus dones; no dejes nunca de considerar el fin último de tus actos».

Si la estima de sí fuese simplemente la estima de los dones de Dios, no sería nunca un sentimiento personal: ella considera esos dones en cuanto nos pertenecen por haberlos recibido de la largueza divina. Ahí la humildad necesita mantenerme los ojos abiertos para mostrarme esos dones siempre limitados y frágiles, moderando, así, la inclinación natural que me impulsa a engrandecerlos. Al mismo tiempo se opone a la vana complacencia a que me sentiría tentado; la humildad prohíbe, como una injusticia, cualquier preferencia que entrañe el menor asomo de desdén hacia otros.

Sin duda, la estima de sí no deja de ser una virtud delicada, y, sin la gracia, sería una tentativa imprudente. Cerrar los ojos no es prudencia, sino timidez excesiva. Los peligros pueden ser conjurados; y el sentimiento intenso de la dignidad personal no podría hallar en otra parte unos móviles tan pujantes. Este sentimiento es una especie de realeza que, en sus dominios firmemente establecidos, proscribe el mal con un desdén instintivo e invencible.

Penetremos en el alma de los Santos, y hallaremos en ella espléndidamente acrecida la estima de sí. Se saben hijos de Dios, partícipes de su naturaleza y futuros herederos de su gloria; están altamente orgullosos de la amistad de Jesús, de la semejanza que Él les imprime en el alma, de la acción constante que ejerce en lo más íntimo de su ser. Este sentimiento les impele hacia una perfección que siempre los irá engrandeciendo, y su noble anhelo, tomando un impulso sobrehumano, concibe el designio de engrandecer al mismo Dios trabajando para su gloria. No

hay en ellos incertidumbre ni miedo alguno ante las empresas difíciles y los riesgos manifiestos. ¡Con qué mirada de horror descartan el mal supremo, el pecado! En ninguna otra parte me sería dado encontrar una parecida exaltación del sentimiento de la dignidad personal, exaltación llena de grandeza y de vigor y, al mismo tiempo completamente dulce y apacible, por cuanto se desenvuelve en el ambiente puro y sosegado de lo que es bueno, verdadero y bello por excelencia.

CUARTA MEDITACIÓN Deseo de la estima y del agrado de Dios

Preparación para la víspera

Mañana meditaré sobre la transformación de la tendencia a buscar la estima ajena y a agradar a los demás en un alma fundamentalmente humilde. Esta transformación lleva a tres cosas, que consideraré por separado: 1ª a desear la estima de Dios; 2ª a desear agradar a Dios; 3ª a desear complacerle.

El deseo de ser estimado y el deseo de agradar son tan afines, que más bien parecen constituir dos manifestaciones de una misma tendencia. Con todo, son distintos: el deseo de la estima busca la aprobación y aspira a un juicio favorable; se dirige preferentemente al espíritu. El deseo de agradar indica una tentativa hacia el corazón: se anhela una estima afectuosa.

El deseo de agradar y el deseo de complacer son aún más distintos. El primero, muy personal de suyo, considera el bien anejo a la estima; el segundo busca ante todo el bien de los demás. Lo que los asemeja, es que el segundo brota

del primero como el efecto de su causa: el que quiere agradar procura, de ordinario, complacer.

Este triple deseo de ser estimado de Dios, de agradarle y de complacerle ha ardido en el alma de los Santos. Lo avivaba y lo alimentaba la vista constante de las transcendentes perspectivas del mundo sobrenatural. Ellos percibían doquiera a Dios; veían, de un modo especial, a Jesús, a su Jesús; y en Jesús todo cuanto se enlaza en Él: los ángeles y los hombres.

I. El deseo de la estima de Dios

Si yo tuviera con Dios relaciones familiares, desearía vivamente su estima. Buscamos el aprecio de las personas que nos rodean, en especial de los grandes. Obtenerlo, es aproximarse a ellos y participar de su superioridad. Pero Dios es un ser invisible y aparentemente lejano. Su estima sólo puede serme conocida por una voz que hiera mis oídos o por una mirada que sobre mí se pose.

A falta de una palabra o de una mirada directas, ¿no cuento yo con las santas conjeturas que nacen de sus afirmaciones positivas? ¿No sé, acaso, con certidumbre que Él estima todo bien, tanto el de un acto pasajero como el de una cualidad permanente? Realizando un acto virtuoso, perfeccionando mis cualidades, estoy seguro de granjearme su estima, la cual crece con la magnitud de mis actos y la excelencia de mis virtudes.

Sólo la fe comprende estas cosas, sólo la caridad puede hacer de ellas su vida. ¡Ay! ¡Que mi fe es flaca y mi caridad es frágil! Dios mío, autor de toda luz y creador de todo buen sentimiento: ilústrame, ámame. Pon a mi alcance las verdades que están al alcance de los Santos; abrasa mi corazón con las llamas que mueven a los Santos a agradarte en todas las cosas.

II. El deseo de agradar a Dios

Es el deseo de atraer su atención de una manera singular, de vivir bajo su mirada benévola, de hacerse amar de Él más y más. El deseo de agradar, aun en el orden humano, desemboca en el deseo de ser amado.

Es, desde luego, el deseo de obtener alguna admiración. La admiración es necesaria a un gran amor. ¿Cómo hacerse admirar de Dios? Mediante esfuerzos generosos, actos relevantes, sentimientos elevados. Nadie admira lo que es ordinario. Lo que hay de más noble en las actividades humanas es la abnegación y el sacrificio. Ambos imponen la admiración.

Atraeré la admiración de Dios consagrándome a su causa e inmolándome por ella si es preciso. Sacrificaré mis gustos cuando representen un obstáculo; aceptaré las penas con mansedumbre y las amenazas del porvenir con valerosa confianza.

El deseo de agradar a Dios es el deseo de cautivarle; esto es más que atraer su atención y merecer su estima: es empezar a ganar su corazón. ¡Cuán estimulante es el deseo de ser para Él un objeto que cautiva su mirada y hace latir su corazón! En esta naciente persuasión ¡qué desenvolvimiento para el alma! Sus facultades se animan, viven, crecen.

¡Qué gran principio de perfeccionamiento! Para agradar y fascinar se requiere belleza, se requieren virtudes amables, actitudes perfectas. ¡Qué interés por ellas descubrimos en las personas que desean cautivar! Dios mío, si quiero ser grato a tus ojos y cautivar tu corazón, no puedo contentarme con una vida interior mediocre, sino que debo cultivar la más delicada pureza de alma e intensificar mi espíritu de oración y mi vida de caridad.

Agradar a Jesús, Hombre-Dios, mi hermano y mi amigo; conseguir de sus labios un dulce elogio o esperarlo en el cielo, ¡qué campo abierto a mi deseo de agradar! Ningún límite lo restringe. La atención de Cristo se fija en mí de noche y de día; su alma es sensible a todas las delicadezas y previsiones; lee distintamente en mi corazón lo que yo siento y no puedo expresar. Los hombres otorgan su estima raras veces y por poco tiempo; Jesús, en cambio, llevará al cielo, para hacerlos eternos, los sentimientos que acá abajo haya suscitado yo en su corazón.

III. El deseo de complacer a Dios

El deseo, un poco personal, de atraer las miradas de Dios y de agradarle se eleva insensiblemente al deseo desinteresado de complacerle. Darle alguna alegría, alguna gloria; consagrarse, inmolarse, para que le honren nuestros actos; engalanarse con virtudes para que esta vista le contente... ¿no es ese el anhelo del alma humilde? A fuerza de querer cautivar a Dios se prenda de los divinos encantos; a fuerza de despojarse de todo cuanto podría alejarle de Él, no ve más que la suma Bondad, amable por encima de todas las cosas. El deseo de agradar engendra el deseo de complacer.

El alma entra en una vida nueva. Las cualidades puestas en juego para agradar se desarrollan aquí en una forma más bella, más tierna, más perfecta. Llega al punto de repetir sin cesar: «¡Con tal que Dios esté contento...». Vive de la alegría que da a Dios, no porque ella la da, sino porque la siente en Él. Consuélase de sus propias penas pensando que Él es dichoso.

El desasimiento de sí mismo se realiza de una manera tan suave, que el alma tiene conciencia de ello; y de manera tan completa, que Dios reina de por todo. De este modo asegura a su virtud un fundamento más inquebrantable y un coronamiento más alto. El capricho y la inconstancia no encuentran ahí asidero, y el mismo orgullo parece desaparecer perdiéndose en el seno de Dios.

¡Oh Dios, tan amable y tan amado!, puesto que existen bellas almas que, al parecer, no tienen otra vida que la tuya, otro deseo que el de tu bien, otros goces que los tuyos, dígnate hacer descender hasta mi bajeza algún impulso de esos atractivos. Si no puedo cernerme constantemente en esas alturas, haz que al menos me eleve a ellas en mis ratos de meditación. Así conservaré de las mismas, en mi vida, recuerdos e impresiones saludables.

Hoy, Jesús mío, me esforzaré por agradarte en todas las cosas. Buscaré tu mirada, pero una mirada que pueda decirme: «Me agradas». ¿Qué no debería hacer yo para conseguirla?

QUINTA MEDITACIÓN Deseo de agradar al prójimo

Preparación para la víspera

Mostrarse indulgente, fácil y bondadoso con los demás; procurar complacerles y testimoniar a cada uno ese cariñoso afecto que dilata, he aquí un ideal que la pobre naturaleza humana no puede realizar con sólo sus fuerzas. Un exceso de cálculos interesados y de inconstancia dominan sus sentimientos; por otra parte, demasiadas ruindades afean su objeto. Es menester que una hermosura venida de fuera lo ilumine.

El hombre no dará al hombre ese amor ideal sino revistiéndolo del ideal divino, viendo a Dios en el prójimo,

contemplando al prójimo en el pecho del Salvador, según el consejo que es el alma de la Ley nueva.

¿He comprendido siempre este consejo? ¿Penetra mis sentimientos y resplandece en mis actos? ¡Ay!, apenas sí entra en mis convicciones.

¡Oh divino Maestro!, abre mis ojos, los ojos de la fe, que es la única que te descubre. Haz que mañana, al encontrarte en el prójimo, por quien no sentía, a menudo, otra cosa que indiferencia o antipatía, comience a amarle con el amor que por Ti siento.

Mi meditación me mostrará: 1° a Dios en el prójimo; 2° a Jesús en el prójimo; 3° cómo debo regular el deseo de agradar a los demás.

I. Dios visto en el prójimo

Dirigir hacia Dios el deseo de agradar y complacer, es elevarlo espléndidamente y darle un objeto que no dejará burlada la esperanza. Pero aquí abajo Dios no me muestra su rostro y, por tanto, no recibiré de Él una mirada, una sonrisa, una manifestación cierta del gozo que le procuro. Mis relaciones con lo sobrenatural no se basan en la sensibilidad sino en la voluntad. Ciertas almas sienten, a veces, en la oración la dulcedumbre del amor compartido, al paso que otras se ven privadas de ella. Unas y otras tienen siempre hambre de Dios, ora porque no lo han gustado, ora porque, habiéndolo gustado, se han vuelto insaciables. Entonces esas almas se dirigen hacia el prójimo, a quien Dios hizo a su imagen y a quien comunicó en cierto modo su naturaleza: ver al prójimo, amar al prójimo, es ver un poco a Dios y es amar algo de ÉΙ

Evocando el episodio bíblico del encuentro del joven Tobías con su pariente Raguel escribe San Francisco de Sales: «¿No reparáis cómo Raguel, sin conocer al joven Tobías, le abraza, le acaricia, le besa y llora de amor sobre él? ¿De dónde viene este amor, sino del que profesaba al anciano Tobías, el padre, a quien este joven se asemejaba tanto?... Cuando vemos al prójimo, creado a imagen y semejanza de Dios, ¿no deberíamos decirnos unos a otros: —¡Ved cuánto se parece esta criatura a su Creador!— ¿No deberíamos cubrirle de besos, acariciarle y llorar de amor por él ? ¿No deberíamos echarle miles de bendiciones? ¿Y por qué? ¿Por amor a él? No, ciertamente, pues ignoramos si es digno de amor o de odio. Entonces, ¿por qué, oh Teótimo? Por amor a Dios, quien le formó a su imagen y semejanza y, por lo tanto, capaz de participar de su bondad en la gracia y en la gloria; por amor a Dios, repito, de quien él es, por quien él es, en quien él es y para quien él es, y por parecerse a su Hacedor de una manera singular. Por esto, el amor divino, no sólo manda amar muchas veces, sino que produce y difunde este amor en el corazón humano, como semejanza e imagen suya, puesto que, como el hombre es imagen de Dios, así el santo amor del hombre hacia el hombre es la verdadera imagen del amor celeste del hombre hacia Dios»¹.

Así, el alma humilde saca de su amor a Dios un gran amor para su prójimo. Ve en las cualidades y los méritos de éste la obra de Dios, el reflejo de sus perfecciones, el don que ella pone cerca de sí para socorrerle o cautivarle. Doquiera aparece Dios, y se hace amar en los que yo amo; en lo más íntimo de mi ser se deja sentir como nuevo principio de mis afectos, vivos como antes, pero santamente sublimados.

¹ Tratado del amor de Dios, 1. X, cap. II.

II. Jesús en el prójimo

Tras habernos dado su semejanza, Dios toma la nuestra y se hace uno de nosotros. ¿Lo hace únicamente para rescatarnos? Para esto basta que dé su sangre. ¿A qué esos treinta años de una existencia oscura, muy parecida a la nuestra? ¿A qué esos tres años de vida pública, en la que se da a conocer al mundo? ¿A qué, sino para presentarnos un modelo de lo que debe ser el hombre para con el hombre; modelo tan perfecto y tan bello que, de momento, nos desconcierta; tan manso y tan humilde, que al punto parece imitable; tan fuerte y tan tierno, que se apodera de nuestro corazón?

De ahí que, al dar Él a los hombres el que llama su mandamiento: «Amaos los unos a los otros como yo os he amado» (Juan 15, 12), busquemos en derredor nuestro los seres sobre quienes nuestro corazón difundirá su amor, a imitación del amor de Cristo. Y citando El añade: Lo «que hiciereis al más pequeño de entre los míos, lo haréis conmigo», captamos la iniciación en ese hecho trascendental que es la vida de Jesús en nosotros, su presencia y su acción en los miembros de su Cuerpo místico.

¡Oh Maestro adorado!, Tú me exhortas a profesar a mi prójimo los sentimientos que en mí suscita tu divino encanto y que traduzca en actos esos sentimientos que acercan a los hombres, alentándolos y mejorándolos. No esfumas, no, la persona humana; antes bien le prestas el realce de tu nombre, la hermoseas y la proteges. La luz de tu imagen atenúa las sombras de sus defectos; tu acción sobre ella la eleva; y esto para provocar en favor suyo una abnegación incansable, una compasión sin desdén, un amor intenso que se remonta hasta Ti.

¿Cómo no desear agradar a quienes son honrados por Cristo? ¿Cómo no he de esforzarme por complacer a quienes son por Él tan amados? Los Santos se aplicaron a realizar tamaño deseo, que supone todas las delicadezas del afecto, todas las trazas de la amabilidad, las suavidades de la indulgencia, la condescendencia de la tolerancia recíproca, los servicios prestados alegremente y hasta aquella ternura en las palabras y aquel aire acogedor que revelan un corazón en el cual reina y obra el mismo Dios.

III. Cómo regular el deseo de complacer al prójimo

El deseo de agradar a Dios y de complacerle referido al prójimo comunica al alma una inclinación pletórica de la delicadeza, la elevación y la constancia que adquirió en su trato con la amabilidad infinita. Pero el deseo de agradar pierde seguridad frente a ciertos escollos: el exceso; la nimia preocupación personal, atenta al propio interés más que al propio bien; los riesgos de la afabilidad, la cual puede trocarse en adulación y falsear la mente.

Hay que remediar esto con una gran pureza de intención frecuentemente renovada: «¡Dios mío!, quiero ser bueno, para realmente serlo y para agradarte». En un alma humilde y pura la desviación se acusa enseguida; si en el deseo de agradar hay preocupación e inquietud, la intención se resiente de su pureza. Esto se hace aún más manifiesto si la preocupación degenera en tristeza y amargura. El examen de conciencia, la oración y el amor a la perfección darán a conocer el peligro y lo eliminarán.

Esta norma defensiva podrá completarse con una norma de prudente libertad. Para evitar un escollo, ¿es necesario afrontar otro? Para sustraerse a los peligros que puede llevar consigo el deseo de agradar, ¿hay que atajar toda, manifestación lisonjera y mostrarse esquivo ante el menor elogio? Esto equivaldría a mutilar inútilmente la propia

naturaleza, a empobrecer la vida, a desatar los lazos más sagrados. No está ahí el ideal, no está ahí la verdad.

Sea el deseo de agradar conforme a lo que exige la posición de cada uno; sea sano, franco, dócil a la influencia divina y ejecutado bajo la mirada de Dios; difunda ese especial encanto que es la gloria de la virtud cristiana; tienda siempre a hacer amar y glorificar al Padre que está en los cielos¹.

¡Ah!, ¡cómo se transformaría la humanidad si en todos los hombres anidase este deseo sobrenatural! ¡Qué paz, qué consuelo en las desdichas insoslayables! Por desgracia, el egoísmo, casi universal, impide aún la edificación de la ciudad ideal de la caridad. Al menos, ahí está el heroico ejemplo de los Santos para hacer brillar el ideal cristiano, para suscitar generosidades y renunciamientos, sostenidos y animados por el amor de Dios. ¿Me decidiré a imitarlos?

Elevación sobre las relaciones entre la humildad y la caridad

Estas dos virtudes tienen un objetivo común: la gloria de Dios

Al final de las meditaciones que he consagrado a la humildad comprendo la importancia de esta virtud para la santificación. ¿No es ella, en cierto modo, la reina de las virtudes, el alma de la perfección espiritual? Sin ella, es imposible hacerse uno santo; con ella florecen infaliblemente todas las demás virtudes, entre las que descuella la caridad. Esta es, de suyo, superior a toda otra

214

¹ «Brille así vuestra luz. ante los hombres, de manera que vean vuestras obras buenas y glorifiquen a vuestro Padre, que está en los cielos» (Mat. 5, 16).

virtud; todo el mundo reconoce su primacía¹. Pero ella encuentra en la humildad su mejor servidora, su protección, su salud, por cuanto una caridad no humilde sería incapaz de vivir, de subsistir. Por esto no aparecen nunca separadas en un alma ambas virtudes².

Nacidas de las mismas ideas, ambas buscan por igual la gloria de Dios, dan a ésta la misma preferencia sobre todas las cosas, hablan el mismo lenguaje —el de la adoración—. La caridad quiere el bien de Dios, ese bien que acá bajo se llama su gloria. Todo por la gloria de Dios: lo que anida en mi corazón, lo que mi actividad puede conseguir, lo que sueñan mis deseos. La gloria de Dios debe reinar sola en el universo, donde el menor de los átomos posee una voz para proclamarlo.

Pero esta caridad tiene un rival peligroso en el orgullo, en la exaltación del yo. Si me elevo en mi propia estima, si me formo un pedestal con la estima ajena, dejo de pensar en Dios y descuido su gloria. Mi alma se complace en sí misma, tiende a elevarse sobre los demás y echa mano de sus recursos en las luchas de la ambición y la envidia. Entonces es cuando la humildad salva la caridad.

¹ Acerca de las relaciones entre la caridad y las demás virtudes pueden leerse atinadas y precisas consideraciones en la obra *La charité envers Dieu*, del P. A. Pepin.

² «Está fuera de duda que la caridad es la reina de las virtudes; pero la caridad no puede existir en un alma sin la humildad. Esta, a causa de nuestra naturaleza caída, es la condición sine qua non del ejercicio de la caridad... La caridad es superior a la humildad, como la perfección de un estado es superior a la disposición a él; pero la humildad, por su misión de allanar los obstáculos opuestos a la unión divina, obtiene desde este punto de vista, el primer puesto» (Dom Marmion, *Jesucristo, ideal del monje*).

Ella rechaza el orgullo diciendo: «Si tú eres el mal y la nada, depón tus pretensiones. El hombre no tiene derecho a rebajarse buscándose a sí mismo; debe aspirar a una grandeza, a una bondad, a una perfección que imiten las perfecciones divinas; su necesario objetivo es la gloria de Dios, no la suya». En sustitución del pobre yo, a quien me prohíbe servir, la humildad hace reinar a Dios; si se desprecia, es para liberarse; si se abaja, es para cernerse sobre las alturas.

Inseparables compañeras en las luchas, la humildad y la caridad no pueden triunfar la una sin la otra. Sin humildad, la caridad se desvanece en la ilusión; sin caridad, la humildad se hunde en la bajeza. La muerte de la una trae aparejada la ruina de la otra. Unidas, ambas virtudes tributan a Dios la mayor gloria con el sacrificio de todo aquello que sobreeleva la personalidad humana.

Ambas inmolan la estima de los hombres y lo que de ordinario la atrae: talento, éxito, el mismo honor. La humildad suministra la materia del sacrificio; la caridad aporta el fuego; la humildad es la justicia que pronuncia la sentencia; la caridad es la cuchilla que la ejecuta. Si, a veces, el Señor detiene desde arriba la cuchilla y sustrae la víctima, como hizo con Abraham, y deja al alma —en atención a algún bien— la aureola de la estima y de la admiración, el alma la considera como objeto meramente prestado.

De este modo la humildad, merced a la caridad, lleva su acción hasta los últimos confines de su propio ideal: el anonadamiento. De este modo la caridad, merced a la humildad, puede ofrecer a Dios una víctima digna, dentro de lo posible, del Ser infinito.

La humildad y la caridad tienen un origen común: la vista de Dios

La caridad tiene como motivo la suma amabilidad de Dios. Dios infinitamente amable, he aquí su anhelo, he aquí su encanto. Hacia Él se lanza, y su vuelo se va remontando a medida que se le hacen más manifiestos los atractivos divinos. Este amor, bien sea una santa pasión que arrebata, bien sea, simplemente, un amor de voluntad que se determina con la elección, es siempre un sentimiento desinteresado, que sólo tiene en cuenta la amabilidad divina.

También la humildad perfecta encuentra en las perfecciones divinas el motivo principal de su inclinación. Ante la grandeza de Dios el alma se siente achicada hasta el infinito; ante la suprema autoridad del Altísimo se prosterna con una dependencia absoluta. Reconociendo en la acción de Dios el principio misterioso y real de todo bien, no encuentra ningún soporte para sus pretensiones ni cosa alguna que pertenezca a la criatura, por cuanto la nada y el mal no tienen nada de positivo.

No puedo, pues, contemplarte, Dios mío, en tus adorables atributos sin sentir afectos de caridad y de humildad. Estos brotan de unas mismas consideraciones, palpitan por un mismo asombro, se acrecientan recíprocamente y recíprocamente se completan. La ascensión de uno lleva al otro más arriba. La caridad dice: «¡Cuán bello es Dios!». La humildad clama: «¡Cuán vil soy junto a él!». La caridad repara: «Él nos ama». Y la humildad contesta asombrada: «¿Es posible?».

Entonces la caridad discurre así: «Mira: es tan bueno como bello. Conoce nuestra poquedad y se contenta de lo poco que podemos darle.» La humildad alza la frente y exclama: «Entonces hay que amarle más. Esta bajeza en

que me veo sumida, esas faltas que llenan mi vida, esas miserias que forman mi ser son otros tantos motivos para amarle. ¿No me ama Él tal como soy? Amar lo que es bello y puro es la inclinación natural de la bondad; ¿qué bondad es, pues, esa que ama a pesar de las fealdades y de las ingratitudes?»

Dícele la caridad: «¡Oh humildad!, hay abismos de bondad que sin ti me serían desconocidos. Tú ensanchas mi vista, y lo que por ti descubro enciende en mí el deseo de amar con más ardor.

Replica la humildad: «¡Oh caridad!, tú quieres transformarme en ti; sigo siendo humildad y, con todo, soy trocada en amor. Bajo los ricos atavíos con que me revistes, deja que contemple mis andrajos; éstos preservarán en mí el sentimiento de mi miseria nativa y transmitirán a mi conducta los rasgos de algo singularmente tierno y suave.»

Y he aquí que la caridad quiere adoptar las actitudes de la humildad, quiere ocultarse de algún modo bajo sus andrajos para no agradar sino a Dios, para perder toda complacencia en sí misma, para hurtarse a la admiración de los hombres y conservar, así, intacto el tesoro de sus merecimientos.

La humildad dice, en fin, a la caridad: «En el cielo tú me rechazarás como el viandante rechaza el manto que le cubrió durante el camino.»

«No, replica la caridad; te transformaré en la adoración beatífica y te revestiré con el manto de oro que allá arriba cubre la nada.»

Examen sobre la práctica de la humildad

¿Cuál es mi estima y cuál mi deseo respecto a la humildad? ¿Comprendo hasta qué punto es necesaria la humildad para todas las virtudes? ¿Es ella uno de los objetos más familiares en mis oraciones, un tema frecuente de mis meditaciones, lecturas y exámenes?

Entre los medios de adquirir la humildad ¿hay al menos uno del cual eche mano con perseverancia? Cuando estoy ante el Sagrario, cuando comulgo, ¿procuro atraer hacia mí la humildad de Jesús-Hostia?

¿Considero las humillaciones que me sobrevienen, de parte del prójimo o de mí mismo, como unas preciosas coyunturas para adelantar en la ciencia de la humildad? ¿Estoy persuadido de que mis mejores acciones son a menudo, menoscabadas por algún pensamiento de vanagloria? ¿Cómo me porto frente a los fracasos infligidos a mi amor propio? ¿No se turba o se pierde mi paz cuando se llega a descubrir lo poco que valgo? ¿No pongo asimismo, gran recaudo en disimular mis defectos y mis faltas?

¿Se dirigen mis simpatías a las almas sencillas y modestas o a los espíritus audaces y seguros de sí mismos? ¿Converso gustosamente con personas de condición inferior a la mía? ¿No gusto, por ventura, de lo distinguido, precisamente porque resalta entre lo vulgar que desdeño? Mi manera de hablar y de obrar ¿no adopta

el aire de grandeza que consideraría ridículo en los demás? ¿Soy fiel al espíritu del Evangelio que reclama sencillez en la conducta, en el vestido, en la comida y en la vivienda?

¿Gusto de hacer mis obras buenas secretamente, conforme al consejo de Nuestro Señor? Me resisto a aceptar elogios y, menos aún, falaces adulaciones? ¿No incurro en el error, tan generalizado, de hablar de mis obras de celo con tanta satisfacción como prolijidad?

¿Conservo la humildad en mis consuelos y progresos espirituales y en los éxitos de mis empresas? ¿Soy capaz de contentarme con el buen testimonio de mi conciencia y de prescindir de toda muestra de aprobación ajena? ¿No he combatido mis tristezas y mis desalientos con miradas de complacencia sobre ciertos aspectos relevantes de mi personalidad?

La falta de confianza en mí mismo ¿es el preludio de una dilatada confianza en Dios? ¿No hago servir la humildad de pretexto para mi pereza, perdiendo el tiempo en quejarme de mis miserias en vez de resarcirlas con el trabajo y el sacrificio? ¿No degenera mi humildad en negra desazón, en enojo contra mí mismo y contra mis ocupaciones?

¿No es falsa humildad el temor de aparecer cuando es necesario y el amor al aislamiento frente a las molestias del mundo? ¿No es mi timidez un verdadero disfraz del amor propio? Cuando la utilidad o la caridad requieren que hable de lo que me incumbe, ¿hay alguna afectación en mi modestia?

¿Es bastante sobrenatural mi humildad para conservarme sufrido y resignado frente a mis miserias, para aceptar los trances en que se revelan mis defectos y mis yerros y que pueden constituir un tema de crítica, de burla, de denigración? ¿No se siente fácilmente herido mi amor propio por una falta de miramiento o por una frase mordaz?

El dolor de mis pecados ¿no lo causa, en gran parte, la vergüenza o el despecho? ¿No es por falta de humildad el no saber levantarme en cuanto he caído, el no utilizar provechosamente mis faltas, el empeño que pongo en disminuirlas pretextando unas circunstancias atenuantes?

Si temo la presunción, ¿no es porque es resultado de mi costumbre de mandar y de tener oficialmente razón? La opinión que acerca de mí tengo ¿no es opuesta a la que hacía exclamar a San Pablo: «Yo soy el primero de los pecadores» (I Tim. 1, 15), y a San Vicente de Paúl: «Soy peor que las demonios»?

¿Siento profundamente la necesidad de orar antes de obrar y de dar gracias después de haber obrado? ¿Es mi única ambición cumplir lo mejor posible mis deberes actuales? ¿Hago de mis funciones un aprecio superior a mi propia valía? ¿Me es fácil o penoso trabajar como subalterno, reservarme las tareas ingratas, atribuir a los otros el mérito de los éxitos?

¿Conservo la serenidad cuando un superior hace de mí poco caso, cuando me avisa sobre algo? ¿No opongo réplicas o excusas a los reproches, en vez de prometer sinceramente corregirme? ¿No soy excesivamente celoso de mi independencia personal?

¿Me esfuerzo por tener al prójimo en buen concepto, por hablar de él elogiosamente, por no hacer caso de sus imperfecciones, por no juzgar de él, por evitar el espíritu de contradicción y el afán de discusión? ¿Sé callar a tiempo y no interrumpir al que habla? ¿Procuro dejar para los demás aquello que es mejor y más codiciado, y dispensar al prójimo unas atenciones inspiradas en el sentimiento de mi inferioridad? ¿No hay en mí nada que rezume espíritu de suficiencia y afán de dominio?

A ejemplo del divino Maestro, ¿soporto apaciblemente que no se me escuche, que me contradigan, que se desvirtúen mis intenciones, que se rechacen mis demandas, que se desestimen mis consejos, que se me trate sin ningún miramiento y aun con desdén? Cuando me considero víctima de la malevolencia o de la injusticia, ¿no rechazo airado lo que me hiere?

Nuestro Señor guardó silencio frente al odio y la calumnia; yo, en cambio, ¿no me siento impulsado a la venganza con palabras despectivas y mortificantes, a alimentar contra mis agresores un rencor persistente, o a permitir que mi ánimo sucumba a la tristeza? Por crueles que sean mis penas, ¿sé reconocer que, a fuer de pecador, merezco peores tratos? ¿Ruego por los que me humillan y desprecian? ¿Estoy resuelto a abandonar para siempre mi causa en manos de mi Padre celestial, a fin de poder vivir y morir en su paz bienaventurada?

Consejos para la conclusión de estos ejercicios

Debo fijar mis resoluciones, en vista de lo que he de reformar o añadir, y escoger los medios que he de emplear para conseguir un buen resultado.

Elegiré una idea que ocupe de continuo mi mente y que me impresione; por ejemplo: lo infinito de Dios frente a mi nada, la vida íntima de Jesús en mí, el recuerdo de ciertas faltas humillantes, la comprobación de una inferioridad sensible, etc.

Concentraré mi esfuerzo en una práctica muy eficaz; por ejemplo: adorar a Dios profundamente antes de la oración, imponerme un semblante humilde y sereno en toda coyuntura, moderar mis movimientos y mi tono de voz, aplicarme a escuchar a los demás, etc.

Señalaré una sanción a toda clase de infracciones: una súplica especial, una privación, una acusación detallada en la confesión. Cuando menos, anotaré cada día el número de mis faltas, para humillarme por ellas.

Es útil tomar nota de las meditaciones: lecturas que provechosamente pueden repetirse a razón de una por semana o por mes. De lo contrario, se pierden los pormenores, se esfuman las impresiones, y el movimiento se retarda. Formarse en la humildad es obra de prolongado empuje; releer con frecuencia las enseñanzas de este libro ayudará a ello.

Para cerrar dignamente este mes de ejercicios convendría llevar a la realidad diversas prácticas un poco excepcionales. Este sería el momento indicado para hacer una confesión más dolorosa y más completa, dando minuciosa cuenta de las faltas que, más o menos directamente, lesionan la virtud de la humildad y acusando los pecados más humillantes de la vida pasada.

Que la Comunión del último día sea preparada con singular esmero; que la acción de gracias sea más ferviente y más prolongada. Aduéñese el alma de Jesús tan fuertemente, que lo lleve consigo a dondequiera que vaya; imprégnese por entero la actividad cotidiana del perfume de la humildad eucarística.

Pondré en mi semblante y en mi continente algún rasgo de singular modestia y dulcedumbre. Hablaré y escucharé de tal suerte, que todos se sientan complacidos.

Daré a mi visita al Santísimo una mayor solemnidad. Mi andar será más reposado y mi exterior más mortificado. Permaneceré arrodillado el mayor tiempo posible; avanzaré hacia el altar para acercarme a Jesús cuanto me sea dado y luego me pondré en estado de honda y sensible intimidad con Él. De todo corazón, con toda la sinceridad de mi alma impresionada por las numerosas reflexiones llevadas a cabo durante un mes, platicaré con Jesús sobre la humildad, de la que Él es dechado incomparable. Le diré cuánto admiro sus abajamientos y sus humillaciones, su paciencia y su bondad. Le testimoniaré mi amor, suplicándole que me lo aumente y me lo enardezca. Le pediré ardientemente me conceda la gracia de emprender

siempre mejor la humildad y de llegar a ser un alma verdaderamente humilde.

Después iré a postrarme ante la imagen de la Virgen Santísima, para suplicarle que bendiga mis resoluciones e interceda cerca de su Hijo divino a fin de que, con la mayor rapidez, emprenda la senda de santa humildad por donde Ella caminó con perfección tan acabada.